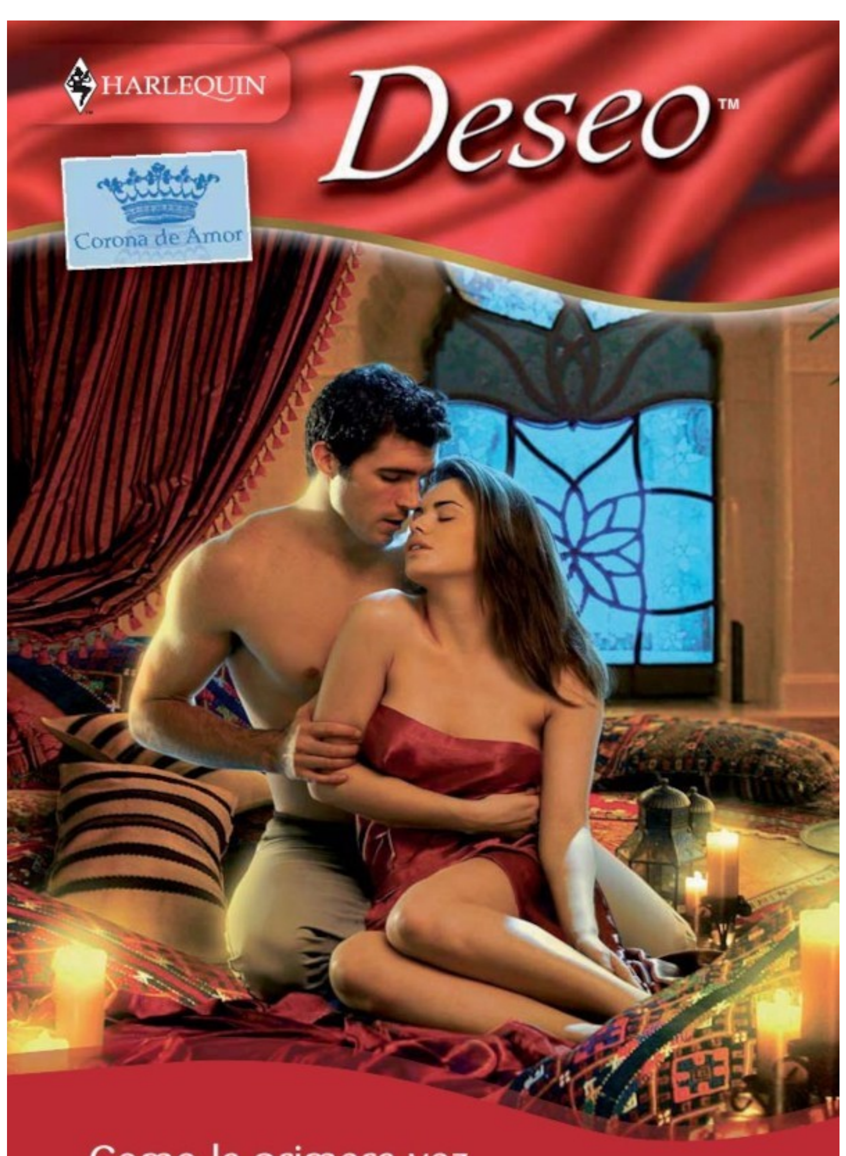


Como la primera vez

OLIVIA GATES

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

COMO LA PRIMERA VEZ, N.º 1764 - enero 2011
Título original: The Once and Future Prince
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-671-9728-0
Editor responsable: Luis Pugni
ePub X Publidisa



Como la primera vez

OLIVIA GATES



Nota previa

Hace ochocientos años, Antonio D'Agostino fundó el reino de Castaldini en la cuenca del mar Mediterráneo. Era un país único, con una cultura que mezclaba influencias moriscas e italianas. Pero lo que lo diferenciaba de las demás monarquías del mundo era la ley de sucesión dictada por Antonio D'Agostino. Él sabía que ninguno de sus hijos era apto para heredar la corona, así que decretó que la sucesión no estaría basada en el vínculo de sangre, sino en los méritos de los candidatos. Cualquiera del extenso clan D'Agostino, que se consideraba la familia real, podía demostrar ser merecedor de la corona. Estableció, también, reglas estrictas que debían satisfacerse antes de que alguien pudiera subir al trono. El futuro rey debía tener una reputación impecable, una salud de hierro y ningún vicio. Además, su linaje debía proceder del clan D'Agostino por ambas partes. Debía ser un líder al que el pueblo siguiera por su carisma y su carácter y, sobre todo, un hombre que hubiera labrado su propio éxito.

Los hombres del clan D'Agostino siempre habían intentando ser merecedores de la corona. A lo largo de la historia, siempre había uno de ellos que se erigía sobre los demás competidores y se hacía con el trono. Siempre elegía a su consejo entre la familia real y, durante su reinado, elegía al príncipe que lo sucedería, para que la transición fuera suave y sin problemas cuando llegara el momento.

Y el lema de aquel reinado era: *Dejad que gane el mejor.*

Prólogo

–Acércate más, Phoebe, que no voy a morderte. Al menos, no muy fuerte.

Ella se atragantó cuando quiso responder y se quedó sin respiración.

Leandro estaba quieto, como una escultura tallada en piedra, delante de las ventanas de su ático con vistas a los rascacielos de Manhattan. Su físico era imponente, su cabello de seda, moreno con reflejos color caoba y cobre. Ella apretó las manos al recordar cómo había acariciado ese pelo mientras él le había proporcionado el más exquisito de los placeres.

El aroma de Leandro era un afrodisíaco para ella, incluso en la distancia que los separaba en aquella habitación. Una distancia que no era nada comparada con los quinientos mil kilómetros que él le había hecho recorrer para estar a su lado.

Hacía ocho horas, Phoebe había recibido un mensaje de Ernesto, el consejero de Leandro y su mensajero secreto. Ella había pensado que él quería invitarla a otro encuentro clandestino, pero lo que había estado esperándola había sido el avión privado de su amante, no él en persona.

Phoebe no había sabido nada de él durante cuatro meses. Había temido que su silencio fuera una prueba de que su relación hubiera terminado. Pero no era así…

–Hace dos meses, cumplí treinta años.

Phoebe se estremeció al escuchar su voz ronca y sensual. Ya sabía que había sido su cumpleaños. Ese día, había tenido tentaciones de llamarlo, pero había conseguido contenerse. Las órdenes de Leandro habían sido claras: él sería quien contactaría con ella.

Entonces, Leandro la miró. Phoebe se habría tambaleado si hubiera sido capaz de moverse. Pero estaba paralizada.

–¿No tienes nada que decir, *bella malaki*?

Mi hermoso ángel. Así solía llamarla Leandro. Y ella siempre se

estremecía al escucharlo.

Él se acercó. Cada uno de sus movimientos irradiaban poder y autoridad.

–¿Quieres que te lo ponga más fácil? ¿Te doy una pista? –preguntó Leandro, deteniéndose a unos milímetros–. ¿Me has echado de menos?

Eso había creído Phoebe, pero había sido más que eso. Se había muerto de hambre sin él.

Leandro alargó los brazos y posó en ella sus manos cálidas y grandes.

–¿Lo averiguo por mí mismo?

Sí, gritaron todas las células del cuerpo de Phoebe. Sin embargo, Leandro no hizo nada. Se quedó quieto, mirando. Y ella empezó a temblar.

En cuanto él se dio cuenta, sus pupilas se dilataron como dos agujeros negros. Ella se acercó, igual que un satélite atraído por la órbita de un planeta inexorable.

Entonces, fue como si una presa estallara. Violento. Imparable. Sus bocas se encontraron, se fundieron, inundando a Phoebe con lo que sólo había podido encontrar en ese hombre. La sensación de formar parte de un todo, de una unidad. Un deseo imposible de controlar.

El mundo desapareció alrededor de Phoebe mientras se sumergía en las delicias de la pasión.

–La próxima vez… la próxima vez, me tomaré horas… días para adorarte… pero esta vez… esta vez…

Leandro la depositó sobre la cama y ella no pudo contener un gemido al sentirse envuelta en su masculino aroma. Sus ropas desaparecieron en cuestión de segundos, tanta era la impaciencia de él.

Phoebe se estremeció, rogando ser poseída. Él obedeció, la penetró con la fuerza que ella pedía, sin preliminares, no había tiempo para ellos, y la llenó de placer de un solo golpe, provocándole un orgasmo desde el centro de su ser. Él le devoró la boca al mismo tiempo que ella gritaba de placer y siguió moviéndose al ritmo de sus convulsiones hasta que ella quedó tendida debajo de él, inerte.

Leandro. Su hombre león. Había vuelto a su vida. ¿Ya no

tendrían que verse en secreto…?

Él siguió cabalgando sobre ella, borrando todas las preguntas de su mente. Phoebe se arqueó, dándolo todo, tomándolo todo. Él se estremeció y susurró algo. Ella escuchó sus palabras sin entenderlas, tras la niebla de la pasión.

Hasta que comprendió lo que él había dicho.

–Nunca volveré a Castaldini.

El mundo se paró para Phoebe. Ella sabía que Leandro había vivido una situación muy tensa en Castaldini. ¿Pero tanto como para que no quisiera regresar nunca? Nada podía ser tan malo como para eso. Sería el final de su relación.

–¿Qué quieres… decir con que… nunca vas a… volver? Tienes que…

Leandro se echó hacia atrás y la miró durante un largo instante con gesto de incredulidad.

–¿Es que no lo sabes?

–¿Saber qué?

–¿Cómo puede ser? ¿Han mantenido en secreto el decreto en Castaldini? Es mucho peor de lo que pensé. No sólo están aislando Castaldini cultural y económicamente, sino que se lo están ocultando todo a su pueblo.

–Por favor, Leandro… no te entiendo.

–¿Quieres saber de lo que han estado hablando todos los medios de comunicación del mundo durante semanas? Todo el mundo conoce la noticia. Yo, el príncipe Leandro D'Agostino, quien se esperaba que fuera coronado nuevo rey de Castaldini por mis méritos y mis logros, desafié al rey actual y a sus hombres y, por eso, he sido declarado renegado y despojado de todos mis títulos.

–Oh, no…

–Y aún hay más. También me han quitado la nacionalidad castaldina.

–No… no puede ser verdad –balbuceó ella, petrificada.

–Sí puede. Aquí me han ofrecido la nacionalidad americana y la he aceptado. No pienso volver a pisar Castaldini nunca más.

De pronto, Leandro la acercó contra su cuerpo, enredó los dedos en el pelo de ella y la besó con fuerza, con urgencia. Todo lo demás desapareció para ella.

–Y tú tampoco vas a volver –susurró él contra sus labios.

La determinación de sus palabras hizo que Phoebe se incorporara un poco.

–Tengo que volver.

–No, no volverás. Éste es tu país y ahora, también, es el mío. Te quedarás conmigo.

–Tengo que volver con Julia –repuso ella, haciendo un esfuerzo para hablar.

–Sí, claro, tu pobre hermana dependiente. Una princesa que tiene todo un reino a su disposición.

–Tú sabes que no es así. Me necesita.

–Yo sí que te necesito.

Aquella confesión le llegó al alma a Phoebe. Conmocionada, intentó digerir sus palabras.

Poco a poco, un atisbo de esperanza comenzó a brillar en el corazón de Phoebe, pronto apagado por el frío abrazo de… la sospecha. ¿Cómo que la necesitaba? ¿Por qué? Leandro no la había necesitado antes, aparte de para acostarse con ella. Él no sabía el significado de necesitar. Su única necesidad había sido convertirse en rey de Castaldini y no le había importado nada más que hacerse con la corona. Y, mucho menos, ella.

Leandro la había mantenido en secreto. Había salido con otras mujeres. En numerosas ocasiones, había asistido a los actos oficiales llevando del brazo a Stella, su prima segunda, y había saludado a Phoebe con una mera inclinación de la cabeza, como si ella no fuera para él nada más que la cuñada de su primo Paolo.

Él le había explicado a Phoebe que lo había hecho para borrar las sospechas sobre su relación, que podrían perjudicarlo en su candidatura al trono y que, también, podrían dañar la reputación de ella. Al principio, ella lo había creído cuando él había dicho que eran sólo medidas temporales para protegerlos a ambos «en aquellos tiempos difíciles». Ella había pensado que eso significaba que, más adelante, Leandro planeaba compartir su futuro con ella.

Sin embargo, él no había dicho ni hecho nada para apoyar esa teoría. Hasta que Stella le había contado a Phoebe lo que todo el mundo parecía saber. Algo que todos habían dado por sentado: para subir al trono, Leandro debía casarse con una mujer apropiada. Y, sin duda, ella era mucho menos apropiada que Stella D'Agostino, una mujer de sangre azul. De hecho, la misma Stella no era la mejor

opción y todo el mundo sabía que la más apropiada para el puesto era Clarissa D'Agostino, la hija del rey.

Al fin, Phoebe había aceptado lo evidente. Leandro la mantenía en la sombra no para proteger su futuro juntos, sino para asegurarse el éxito de su candidatura al trono. Clarissa, o incluso Stella, tenían muchas más posibilidades de convertirse en su mujer. Ella nunca había estado en la lista de posibles esposas.

Pero Phoebe se había comportado con cobardía, temiendo que, si le revelaba a Leandro sus sospechas y sus miedos, él la dejaría. Sin embargo, su autoengaño no había conseguido sofocar su angustia. Se había sentido más destrozada cuanto más cerca había estado Leandro de acceder al trono. De forma subconsciente, había deseado que él no lo consiguiera, para poder ser su mujer.

Al fin, Phoebe había visto realizado su deseo más íntimo. Leandro ya no iba a subir al trono. Y la deseaba a ella. Le había dicho lo que ella nunca había creído posible, que la necesitaba.

Sí. Claro. ¿Después de haberla tratado como un sucio secreto durante más de un año y después de haberse alejado de ella, sin llamarla durante cuatro meses?

–¿Para qué me necesitas, Leandro? ¿Para que sea tu amante cuando te convenga, como antes? ¿O, tal vez, para algo más permanente, ahora que te has quedado sin las otras opciones? ¿Qué sería yo para ti ahora? ¿Un cuerpo a mano para satisfacerte sexualmente? ¿Sería la única en darse eso o tampoco? ¿Alguna vez he sido la única?

Leandro la miró con tanta furia que Phoebe se encogió y estuvo casi a punto de disculparse.

Casi. Pero no lo hizo. Tenía que mantenerse firme, se dijo ella. Ya estaba cansada de tantas humillaciones.

–¿Por qué no eres sincera respecto a lo que está pasando aquí? ¿Qué crees que he pensando yo durante estos cuatro meses en los que no te has molestado siquiera en descolgar el teléfono para saber si estaba vivo o muerto? Merecía tu atención mientras era candidato al trono. Hace unos minutos te has derretido en mis brazos, cuando todavía no sabías que ya no aspiraba a ser rey. Ahora, de pronto, parece que he dejado de resultarte apetecible.

Sus palabras agresivas y sus injustas acusaciones tomaron a Phoebe por sorpresa. Pero no hicieron más que afirmar su

determinación y encender su furia.

–Puedes pensar lo que quieras.

Leandro se inclinó y la tomó entre sus brazos con rabia.

–No voy a dejar que tú también me des la espalda.

Él la necesitaba… No, se recordó Phoebe. Leandro no la necesitaba. Nunca la había necesitado. Sólo necesitaba imponer su voluntad para aplacar su orgullo herido.

De pronto, todo el dolor que ella había estado acumulando en su corazón desde hacía un año y medio estalló. Se apartó con brusquedad de sus brazos y se puso la ropa.

–Espero que seas muy feliz en tu nuevo país con tu mezquina visión de los demás y con tu egocentrismo.

–Así que, primero, me acusas sin ningún fundamento y, cuando te digo algo importante, en vez de demostrarme que me equivoco, lo único que haces es usarlo como excusa para hacer lo que pensabas hacer de todos modos. Dejarme –replicó él, furioso.

–¿Dejarte? ¿Cuándo he sido tu pareja? Yo sólo era una tonta enamorada que alimentaba tu ego cuando tenías un poco de tiempo de sobra para dedicarme. Tu gigantesco ego se siente herido y lo que necesitas es que te idolatren constantemente –le espetó ella y paró un momento, jadeando, llena de amargura–. No me necesitas, Leandro. Sólo necesitas saber que yo te necesito. Pero, mi vida no gira a tu alrededor. Tengo responsabilidades y aspiraciones… No soy un juguete que puedes usar cada vez que te viene en gana.

Leandro la apresó entre sus brazos, respirando con fuerza en el cuello de ella. Con gesto posesivo, deslizó una mano debajo de su ropa y la posó en uno de sus pechos, colocando la otra sobre su parte más íntima.

–Tu cuerpo es mío, acabas de retorcerte de placer debajo de mí. Y sigue deseándome a pesar de que digas lo contrario.

La cruel manipulación que hacía de sus sentimientos y de su cuerpo hizo que Phoebe se reafirmara en lo que pensaba.

Era evidente que sólo había sido para él un instrumento. Y, cuando se había negado a seguir siendo utilizada, él se había quitado la máscara. Al fin, se había mostrado tal cual era.

Phoebe se apartó de sus brazos. Salió de su casa. Y no dejó de correr hasta que hubo puesto medio mundo entre ellos. Allí, rezó por no volver a saber nada de él nunca más.

Capítulo 1

Ocho años después…

–El futuro de Castaldini depende de ti.

Sobrecogida por sus palabras, Phoebe Alexander miró al hombre que se acercaba hacia ella con lentitud y decisión en la imponente sala de palacio. Su bastón iba golpeando en el suelo al ritmo del corazón de ella.

¿Cómo podía el fututo de Castaldini depender de ella? Phoebe lo miró a los ojos, intentando comprender. Tenía esa mirada que ella había visto en tantos otros momentos de crisis. Esa mirada que sólo podía significar una cosa: el rey había tomado una decisión.

Benedetto se había convertido en el rey más duradero y más querido desde el rey Antonio por buenas razones. En opinión de Phoebe, era el gobernante más inteligente y eficaz del siglo. También era el más polémico, pues su política había segregado a Castaldini del resto del mundo durante sus cuarenta años de reinado. Pero, por otra parte, así había protegido su país de los altibajos que habían sacudido al mundo durante esas décadas. Además, al desmarcarse de la escena política mundial, Castaldini había ganado un atractivo especial y tenía una floreciente industria turística.

Sin embargo, el viejo rey no parecía estar tan preparado para el siglo XXI y todo estaba tambaleándose en Castaldini. Para colmo de problemas, Benedetto también había cumplido otro récord. Era el rey que más había reinado sin elegir un sucesor. Su buena salud había hecho pensar al pueblo que era capaz de reinar otros cuarenta años más. Hasta que había sufrido un infarto hacía cuatro meses. Entonces, la falta de un heredero había empezado a cobrar un significado catastrófico.

El rey Benedetto se detuvo a una docena de pasos de Phoebe y se apoyó en el bastón.

–Nunca me recuperaré lo bastante como para poder seguir gobernando.

–Majestad, está mejorando –fue lo único que pudo decir Phoebe.

–No, *figlia mia* –señaló él–. Casi no puedo andar, apenas siento el lado izquierdo del cuerpo y cualquier pequeña dolencia me deja postrado, me cuesta incluso respirar.

–Pero tampoco hace falta que esté en plena forma física.

La mirada de Benedetto se suavizó, apreciando sus esfuerzos por animarlo.

–Sí, sí hace falta. Además, mis facultades mentales…

–¡Está tan lúcido como siempre! –protestó ella con vehemencia.

–No es verdad, por mucho que yo, el consejo o tú queramos creerlo. Me olvido de cosas. No… me concentro. Pero, aunque ocurriera un milagro y pudiera recuperar mi salud en el futuro, Castaldini no puede seguir esperando. Encontrar un sucesor se ha convertido en una emergencia. Ya he perdido bastante tiempo. Esto no puede seguir así.

Phoebe no pudo soportar escucharlo tan desesperado y desanimado.

–No ha perdido el tiempo. No ha podido elegir a ningún candidato que cumpliera todos los requisitos.

Benedetto meneó la cabeza y se acercó cojeando a la silla más cercana.

–Podía haberlo hecho. Al menos, hace una década. Siempre ha habido tres candidatos que merecían la pena. Los tres pueden guiar Castaldini en el siglo XXI y proteger al país de los peligros que lo rodean. Sin embargo, ninguno de esos tres hombres está dispuesto a presentarse para la tarea.

¿Así que había tres hombres D'Agostino que tenían lo necesario para convertirse en el siguiente rey?, se preguntó Phoebe. No podía tratarse del hombre que, una vez, había presentado su candidatura. ¿O sí?

–Cada uno cumple todos los requisitos menos uno –continuó el rey–. Por algo diferente en cada caso, ninguno es apropiado del todo según la ley de Castaldini.

–Entonces, no es culpa suya que no pueda elegir a ninguno.

–Oh, eso he intentando decirme durante mucho tiempo. Ahora no puedo seguir haciéndolo. Castaldini no puede permitírselo. He

hablado de ello con el consejo. Ellos defienden que, si rompemos las leyes en las que se basa Castaldini, perderemos nuestra identidad. Yo les he dicho que igual deberíamos saltarnos la ley por motivos de supervivencia, si no, la monarquía se tambaleará y Castaldini será absorbido por uno de los países que nos rodean. Es urgente. Ayer perdí el conocimiento durante diez minutos durante una sesión del consejo.

Phoebe soltó un grito sofocado. Él le tendió la mano y ella se la apretó, como si quisiera calmarla.

–No podía haber pasado nada mejor. Parece que, al fin, el consejo está asumiendo mi verdadero estado de salud. Cuando recuperé la conciencia, habían cambiado de idea. Ahora han aceptado que la única manera de proteger Castaldini es elegir a uno de los tres hombres capaces de mantener nuestra soberanía en pie.

Phoebe retiró la mano. No quería que el rey la notara temblar.

–Entonces, problema resuelto, ¿no es así?

–En absoluto –dijo el rey con gesto de desesperación–. Los tres hombres son muy poderosos y todos tienen buenas razones para darnos la espalda a mí y a Castaldini. Estarían justificados si decidieran no ayudar y dejarnos a nuestra suerte.

–Un hombre que no quiere usar su poder para salvar su país, por la razón que sea, no merece la corona.

–Oh, no me entiendas mal, los tres la merecen. Incluso más de lo que yo la merecía.

–No puedo creerlo.

–Gracias por tu fe en mí, *figlia mia*. En los cuarenta años que he estado en el trono, por suerte, he hecho más cosas bien que mal. Pero también me he equivocado muchas veces. Con esos tres hombres, por ejemplo. Me equivoqué al rechazarlos y cometí el error de no poder elegir entre ellos. Ahora Castaldini está pagando las consecuencias. Al fin, el consejo ha tomado una decisión. Quieren optar por el hombre que supone el mal menor… Tú lo conoces bien. El hijo de mi difunto primo Osvaldo. El príncipe… El antiguo príncipe Leandro D’Agostino.

Phoebe apretó los puños. Se había pasado los últimos ocho años intentando no pensar en él, centrando su atención en cualquier cosa que le ayudara a olvidarlo, sin éxito.

Leandro. El hombre para el que ella no había sido nada más que

un juguete. ¿Y era el más indicado de los tres candidatos? ¿Quiénes serían los otros dos? ¿Demonios?

–El chico no pudo hacer nada más. Había construido un imperio financiero y había sido el mejor embajador que Castaldini había tenido en Estados Unidos, con sólo veintiocho años –continuó el rey, con una mezcla de arrepentimiento y afecto–. Debes recordar que dejó su puesto de embajador por diferencias políticas y su antagonismo con el consejo fue creciendo hasta que ya no pude seguir defendiéndolo. Sus acciones y la unanimidad del consejo me forzaron a despojarle de la nacionalidad castaldina.

Claro que Phoebe lo recordaba. Y recordaba cómo Leandro se lo había contado.

–Ahora es un gran magnate de los negocios. Cuando le ofrecimos que volviera para convertirse en príncipe heredero, se burló de nuestro mensajero y de nuestra oferta.

–Habrá sido por despecho –opinó ella, intentando calmar las inquietudes del monarca–. Seguro que cambia de idea si le ofrecen algunas concesiones que alimenten su ego.

–Oh, sí, eso pensó el consejo también. Les dije que no conocían a Leandro. Leandro nos dijo lo que podíamos… hacer… con nuestros intentos de comprarlo.

Phoebe sintió que cada palabra la acercaba más a un abismo insondable.

–Si Leandro rechaza la oferta con tanta decisión, ¿por qué no recurrir a las otras opciones?

–Porque la objeción que pesa contra la segunda opción es mayor y él me odia todavía más. En cuanto al tercer hombre, es el menos indicado. Y sospecho que nos odia a mí y a Castaldini. Leandro, por imposible que parezca, es el menos problemático de todos. Y aquí es donde tú entras en juego.

Phoebe se tambaleó. Rezó porque el rey no se lo pidiera…

–Voy a enviarte a ti, la única persona que creo que puede convencer a Leandro, para que negocies con él.

–Yo… yo… no…

–Eres la mejor negociadora de Castaldini. Nos has sacado de situaciones en las que mis hombres y yo no sabíamos qué hacer. Y éste es nuestro momento más crítico. Cuento con tu habilidad y con tus técnicas diplomáticas para que convenzas a Leandro después de

que todo lo demás nos ha fallado. Eres mi última esperanza.

–Vamos a aterrizar, *signorina* Alexander.

Phoebe cerró los ojos.

Todo había empezado con el vuelo que había hecho hacía diez años, cuando su hermana menor, Julia, había aceptado la propuesta de matrimonio de Paolo, hijo del rey de Castaldini.

Phoebe no podía dejar a su hermana de dieciocho años, que tenía necesidades especiales, sola en un país extranjero y ante un futuro incierto. Por eso, había dejado la carrera de Derecho para acompañar a Julia. Junto a su hermana, se había dirigido a un futuro descocido.

Aunque era sólo dos años y medio mayor que Julia, Phoebe había sido siempre como una madre para ella, después de que su verdadera madre muriera cuando Phoebe había cumplido trece. Cuando Julia había enfermado de paraplejia espástica hereditaria, una extraña forma de parálisis parcial, ella se había vuelto mucho más protectora. A los catorce años, Julia había empezado a sufrir debilidad, rigidez y pérdida parcial de la sensibilidad en sus miembros inferiores. Al cumplir diecisiete, había estado en una silla de ruedas. Entonces, había conocido a Paolo.

Sin echarse atrás por la situación de Julia, Paolo la había enamorado. No había tardado mucho en proponerle matrimonio. Y Julia había aceptado después de que Paolo se pasara casi un año insistiendo en que su salud física no era un impedimento para él. Sin embargo, Julia se había sentido frágil y todavía más dependiente de su hermana ante la inesperada situación de convertirse en princesa de la noche a la mañana.

Igual que la de su hermana, la vida de Phoebe había cambiado para siempre. ¿Qué habría pasado si, la primera vez que había puesto los ojos en Leandro, hubiera tenido el sentido común de alejarse de él? Ella siempre había sido cerebral y firme, ¿cómo no se había dado cuenta de que algo tan incontrolable como su relación con Leandro no le traería nada bueno? Debió haber intuido que un hombre tan voraz en su ambición y en su pasión terminaría consumiéndola, sin darle nada a cambio. ¿Qué habría pasado si no se hubiera dejado llevar por ese primer beso, apenas una hora después de conocerse y si no se hubiera acostado con él una semana

después?

Phoebe siempre llegaba a la misma conclusión. Si hubiera actuado de forma diferente, no se habría visto tan hundida y no habría tenido que pasarse años intentando recomponer su vida. Habría podido vivir una vida plena y feliz, con una familia propia.

Y el rey pensaba que era la persona mejor preparada para convencer a Leandro de que regresara. Ella, que no había conseguido tener ni una sola conversación racional con él en los catorce meses que habían sido amantes.

Pero debía ser justa, se dijo Phoebe. Nadie sabía nada de su aventura pasada, gracias a los esfuerzos que Leandro había hecho para mantenerla oculta. El rey le había pedido que hiciera su trabajo como diplomática de Castaldini, pues ella había llevado a cabo con éxito numerosas negociaciones en momentos delicados. Si conseguía dejar de lado sus sentimientos y su historia personal, tal vez, podría verlo como una simple misión.

Leandro debía de querer castigar al rey y al consejo, debía de querer que le suplicaran para que volviera, después de que lo habían expulsado del país.

Pero ella no tenía duda de que, cuando su orgullo fuera aplacado y sus condiciones aceptadas, él aceptaría regresar a la familia D'Agostino y convertirse en príncipe heredero y futuro rey.

Entonces, Phoebe tendría que irse de Castaldini. En cuanto él regresara, ella se iría.

Sólo faltaba una hora para que Phoebe se encontrara con el hombre que le había hecho imposible volver a amar a nadie. Estaba a punto de negociar con él un trato que debía cerrar a cualquier precio, un trato que supondría un cambio para siempre en su vida.

Leandro D'Agostino intentó controlar la ansiedad que lo consumía. Sintió que los huesos de su mano crujían por la fuerza con que estaba apretando algo. Se miró la mano, absorto en sus pensamientos, y tardó unas fracciones de segundo en comprender que era su móvil lo que crujía. El móvil que apretaba con fuerza entre los dedos.

Maldijo y tiró el teléfono. El aparato rebotó sobre la superficie de su escritorio, resbaló y cayó al suelo.

Maldición. ¿Cuántos teléfonos había roto en los últimos ocho

años para no usarlos para llamarla?

Aunque, en ese momento, había querido llamarla justo para lo contrario, para cancelar su reunión con ella. Bien, pues no iba a llamar a Phoebe Alexander. No iba a cancelar su reunión.

¿Ella quería verlo? Lo vería.

Phoebe se había atrevido a llamarlo después de ocho años. Le ofrecían el poder y el máximo puesto de responsabilidad en su país natal. Después de que lo habían expulsado y deshonrado.

Cuanto más cerca había estado de la corona, más miedo había tenido el consejo, pensó Leandro. Ellos habían querido acaparar el poder para siempre y habían temido, con razón, que su primera actuación como rey hubiera sido reemplazarlos. Por eso, lo habían echado mientras habían podido. Lo habían visto como una amenaza y se habían librado de él. Después de todo, el consejo seguía ostentando el poder. Y el rey Benedetto los escuchaba.

El rey Benedetto. Su rey. Su héroe. El mismo rey que no se había quedado al margen, dejando que los perros rabiosos del consejo lo despedazaran, sino que además había dictado un decreto que a Leandro le había roto el alma en pedazos.

Pero haber perdido el título real y la nacionalidad de Castaldini no habían sido las peores heridas que había sufrido. Lo peor había sido la traición de Phoebe.

Y ella estaba a punto de llegar, para negociar en nombre del rey. ¿O iría por cuenta propia?

Lo más probable era que ella fuera por razones personales y fingiera ir en misión diplomática, caviló Leandro.

Sin embargo, fuera cual fuera el propósito que la traía allí, él no iba a dejarse convencer. De ningún modo.

La dejaría verlo, eso sí. Estaba de humor para provocaciones. Su recuerdo le había roto el corazón durante demasiado tiempo. Tal vez, al verla en carne y hueso, podría superar su dolor. Debía deshacerse del hechizo que no había podido romper todavía. Era hora de hacer un exorcismo…

A Leandro se le puso el vello de punta como si estuviera caminando sobre un campo de electricidad estática. Su reacción ante la presencia de ella era inconfundible, incluso después de tantos años.

Phoebe estaba allí.

Su intuición le dijo que era mejor no decir nada, dejar que ella hiciera el primer movimiento. Tuvo deseos de girarse, sin embargo, de comprobar qué reacción tenía ella al verlo de nuevo después de tanto tiempo.

Al oírla hablar, Leandro recordó al instante sus labios de color rosado que en el pasado le habían hecho perder la cordura con sus besos y sus gemidos. Se giró.

Una sensación de *déjà vu* lo envolvió.

De pronto, se sintió transportado en el tiempo al momento en que la había visto por primera vez. Y por la última vez. Y, como siempre que la había visto, todo en ella le llamó la atención.

Pero había algo diferente, pensó Leandro. Tenía el pelo negro azabache, cuando lo había tenido color caramelo en el pasado, estaba pálida en vez de bronceada y su cuerpo tenía más curvas que antes. La mujer que estaba parada a unos metros de él tenía poco que ver con la joven a la que nunca había podido olvidar.

Pero no necesitaba identificar todos esos cambios para saber el efecto que le producían. No hacían falta palabras para nombrar aquella atracción incendiaria e irrepetible que seguía habiendo entre ellos.

Durante un instante que pareció alargarse al infinito, Leandro sintió que lo único que podía hacer era correr hacia ella y que ella haría lo mismo.

Pero Phoebe se quedó paralizada, igual que él. Conmocionada.

Entonces, Leandro se estrelló de golpe contra la dura realidad: no podía correr hacia ella. Y era imposible que ella estuviera conmocionada, se dijo. Phoebe había ido con un propósito claro en mente…

No. Parecía conmocionada. No podía ser fingido, reflexionó Leandro. ¿Pero por qué?

Leandro exhaló y admitió para sus adentros que, probablemente, nunca entendería la razón de nada en lo que a ella se refería. Sin embargo, intentó mantener la situación bajo control. Empezó controlando sus propios impulsos.

Se giró hacia ella y esperó a que ella reaccionara. En cuestión de segundos, Phoebe pareció salir de su ensimismamiento.

–Para que lo sepas, le he dicho al rey Benedetto lo que pienso de un hombre que se niega a cumplir con su deber dejándose llevar por

el orgullo.

Leandro parpadeó. ¿Qué diablos…?

–Pero mi trabajo consiste en negociar en nombre del rey. Incluso aunque sea para conseguir algo que yo creo que no merece la pena.

Capítulo 2

Leandro se preguntó si había oído bien.

«Algo que yo creo que no merece la pena». ¿Se estaba refiriendo… a él?

Él se quedó mirando a la mujer en que se había convertido Phoebe Alexander. Con cada paso, ella había dejado claro que era una persona segura de su valía, de su poder. Lleno de confusión, observó cómo la exuberancia de su sinuosa figura se ocultaba tras un atuendo serio y formal, apropiado para su profesión de diplomática. Le recorrió con los ojos cada curva, fijándose en las áreas que el traje dejaba al descubierto: ese cuello suave y cremoso, esas piernas tan bien moldeadas… Él casi podía saborear lo cremoso de su piel. ¿Sabría a miel, igual que en el pasado?

«Para el carro, estúpido», se dijo a sí mismo. Debía centrar la atención en sus ojos. Adivinar cuál era su táctica.

Así que lo hizo, aunque se arrepintió, demasiado tarde. Las facciones de la mujer que tenía delante habían sido esculpidas con sumo gusto y elegancia, lo que no hizo más que disparar sus hormonas masculinas.

Phoebe caminó hasta la mesita baja de roble que había ante los sofás y se inclinó para depositar el maletín encima con gran precisión. La trenza que llevaba le cayó hacia delante por encima del hombro, ante la mirada embelesada de Leandro. Entonces, un mar de fantasías se apoderó de él. Quiso quitarle la trenza, escuchar sus gemidos de deseo, soltarle el pelo en una cascada de ondas color azabache. Sintió cómo la sangre se le agolpaba entre las piernas.

Entonces, ella se enderezó y lo miró directamente a los ojos, como si estuviera mirando a través de un cristal transparente. Entrelazó sus manos con la pose de una vendedora esperando a que su cliente se decidiera. Y en lo único que Leandro pudo pensar fue que aquellas manos lo habían acariciado con frenesí en el pasado, llevándolo al éxtasis…

Cielos. ¿Qué le pasaba?, se reprendió a sí mismo. ¿Es que no

podía dejar de imaginársela entre sus brazos? No debía haberse pasado tanto tiempo de abstinencia, se dijo. Aunque no hubiera sentido la urgencia de tener compañía femenina, ni satisfacción sexual, debía haberse procurado ambas. Igual que se procuraba el alimento. No debía haberse convencido de que no necesitaba tener relaciones. Al parecer, en ese momento estaba claro que se moría de ganas de hacerlo.

–¿Empezamos la negociación?

Leandro se encogió. La voz de ella seguía siendo igual, aterciopelada y rica como el vino tinto y el chocolate. Pero, incluso cuando le había espetado sus últimas palabras de despedida hacía ocho años, nunca había sonado tan… gélida. Y aquella frialdad no era nada comparada con la forma en que ella lo miraba, como si estuviera examinando un insecto repelente.

–Quieres acabar cuanto antes para continuar con tus obligaciones, ¿no es así?

Lo que Leandro quería era preguntarle quién era y qué había hecho con la Phoebe que él había conocido. ¿Acaso el cambio operado en ella era mucho más profundo de lo aparente? ¿Había desaparecido la mujer que lo había inundado de pasión y cariño?

Pero los cambios sólo podían ser superficiales, pensó él. Sin duda, su vieja espontaneidad y calidez habían sido fingidas. Se había enamorado de una persona ficticia.

¿Por qué se habría quitado la máscara ella en ese momento, justo cuando pretendía convencerlo de algo?, pensó Leandro e intentó reprimir una mueca de burla. ¿Es que esperaba convencerlo diciéndole lo indigno que le parecía?

Era una declaración muy extraña, de todas maneras, reflexionó Leandro. Él era uno de los hombres más poderosos del mundo y no tenía nada de indigno. Ella misma había planeado cazarlo cuando había creído que iba a ser rey.

Aquella mujer lo había manipulado, había jugado con él. Había representado el papel de hermana caritativa, de joven inocente y apasionada. Había fingido todas las cualidades que lo habían cautivado en el pasado.

Pero Phoebe había seguido con su vida después de deshacerse de él. Había encontrado a otro príncipe y lo había perdido, su primo el príncipe Armando D'Agostino.

Y ella quería «empezar la negociación». Quería terminar cuanto antes para dejarle «seguir con sus obligaciones».

No eran las palabras de alguien con particular interés en el resultado de la negociación, pensó Leandro. Entonces, ¿qué se proponía?

Phoebe debía de tener un plan. Debía de ser todo una farsa, otra vez, caviló Leandro. Debía de haber decidido, por alguna razón, entrar allí mostrando antipatía y condescendencia para confundirlo. Quizá, su estrategia fuera hacerle perder el equilibrio intentando adivinar cuál iba a ser el siguiente movimiento de su adversaria. Una estrategia maquiavélica en toda regla.

¿Por qué no?, se dijo Leandro. La dejaría actuar a sus anchas. Observarla podía ser muy terapéutico.

Leandro avanzó hacia ella y se detuvo a dos pasos de distancia.

–Yo también me alegro de verte, Phoebe.

Ella lo miró a los ojos. A él se le aceleró el pulso todavía más.

–No hay necesidad de fingir que nos alegramos –repuso ella, dando un paso atrás.

Su tono de voz, lleno de seguridad, le resultó a Leandro aún más estimulante. No pudo evitar una erección. Y dio otro paso hacia ella.

–¿Ah, no? No dejan de sorprenderme tus comentarios.

–Sólo digo las cosas como son. Ahora, ¿podemos ir al grano?

–Bueno, así que no te parezco digno de ser objeto de negociación y no hay necesidad de fingir que nos alegramos de vernos.

Ella bajó la vista. Él sintió cómo le recorría el cuerpo con la mirada. ¿Pero qué mostraban sus ojos?, se preguntó Leandro. ¿Estaba furiosa? ¿Con él o consigo misma? ¿Estaba furiosa porque no había sido su intención mirarlo? ¿Acaso se sentiría tan excitada como él?

Antes de que Leandro consiguiera encontrar respuestas, ella levantó la vista de nuevo.

–Príncipe D'Agostino…

El título, que Leandro no había escuchado en ocho años, y la formalidad del tono de Phoebe fueron para él como la caricia de unas garras en carne abierta.

–Leandro –le corrigió él, sin poder camuflar su enfado–.

Recuerdas mi nombre, ¿no es así, Phoebe? En el pasado solías decirlo gimiendo, gritando.

–No veo razón para ello. Príncipe D'Agostino me parece más apropiado a la situación –repuso ella y apretó los labios–. Y te exijo que no vuelvas a mencionar nuestra relación pasada.

–Es mejor que te des cuenta cuanto antes de que no reacciono bien ante las exigencias, Phoebe –rugió él, furioso–. También, todos saben que soy imposible de manipular.

Phoebe se quedó callada. Quieta.

Leandro arqueó una ceja.

–¿No vas a reprenderme más? ¿Debo esperar a que se te ocurra algún otro comentario conciso y aniquilador? ¿Estás pensando en alguna forma de hacerme pasar de indigno a inexistente?

Ella siguió mirándolo con firmeza. Sin decir nada.

Leandro dio un paso más hacia ella y se obligó a no respirar hondo, a no dejarse embaucar por su aroma. El silencio y la quietud de ella le excitaban todavía más.

Entonces, Leandro abrió la boca, sin saber qué decir. Ella era la única persona que había sido capaz de dejarlo sin palabras.

–¿No tienes nada más que decir? –consiguió articular él.

Leandro recordó cuando le había hecho la misma pregunta, hacía ocho años, en esa misma habitación. Y recordó también lo que ella había respondido. Y… cielos…

Phoebe exhaló el aire que había estado conteniendo y sus ojos se llenaron de vulnerabilidad. ¿Acaso se había acordado ella de lo mismo?, se preguntó Leandro. ¿Por qué iba a acordarse, si ella nunca se había implicado de veras en su relación, si él nunca la había importado? ¿O, tal vez, había otra explicación?

Leandro tuvo la tentación de pedirle que lo sacara de dudas de una vez por todas. Pero se controló. Señaló hacia los sofás, invitándola a sentarse.

Phoebe no se movió. Tras unos segundos, Leandro pasó de largo junto a ella. Se contuvo para no rozarla. Aun así, sintió cómo su aroma lo envolvía, cómo su dulzura le llenaba los pulmones, disparando la atracción que sentía. Apretando los dientes, él se sentó, tomó un mando a distancia de la mesa y apretó un botón.

Ernesto apareció por la puerta en cuestión de segundos.

Su viejo ayudante comprendió la situación al instante, de un

solo vistazo, y posó una mirada desaprobatoria en… ¿él? ¿Qué diablos…? Leandro tuvo la ridícula tentación de explicarle que aquella tensa escena era sólo culpa de Phoebe y se sintió furioso porque lo pusiera en duda el hombre que prácticamente lo había criado y que sabía lo mal que lo había pasado después de que ella lo dejara.

–Pregúntale a Phoebe qué quiere, Ernesto –indicó Leandro–. Parece que tiene problemas de comunicación conmigo.

El rostro de Ernesto mostró todavía más decepción, mientras le mandaba puñales con la mirada a Leandro. Al instante siguiente, su actitud se dulcificó y se llenó de indulgencia, cuando se dirigió a Phoebe.

–¿Qué te apetece, cariño?

¿Desde cuándo ella era su cariño? ¿Qué estaba pasando? Antes de que su mente pudiera hacerse más preguntas, Leandro se quedó con la boca abierta cuando vio el rostro de Phoebe, transformado por el afecto, sonriendo a Ernesto con una sonrisa capaz de sacudir los cimientos de una ciudad.

–Gracias, Ernesto. Cualquier cosa. Tú siempre sabes lo que es mejor para mí.

Después de que las dos personas que habían sido más cercanas a él intercambiaran una mirada más, haciendo que Leandro se sintiera un apestado, Ernesto se fue.

En cuanto la puerta se hubo cerrado, Leandro miró a Phoebe, ansioso por encontrar en ella la misma dulzura que le había dedicado a su ayudante. Sin embargo, sus rasgos volvieron a mostrar una máscara impasible.

–Muy entrañable –comentó Leandro, decepcionado–. Parece que vuestro afecto se mantiene vivo. ¿Vas a contarme lo que ha estado pasando a mis espaldas? ¿O quieres que hable con Ernesto?

Ella y no respondió y él se inclinó hacia delante, mirándola con resentimiento y obteniendo, a cambio, sólo su desdén.

–Ven aquí , Phoebe.

Leandro contó hasta tres en silencio. Ella no se movió.

–Si insistes en probar los límites de mi paciencia, sigue ahí de pie. Y, si insistes en actuar como una emisaria profesional, puedes llamarme ex príncipe D’Agostino. Es el título que merezco, después de todo.

–¿Y quieres que te quiten lo de ex?

–Ah, ya hablas. Sabía que tenías mucho más que decir.

–No, a no ser que empieces a comportarte de forma civilizada y profesional –murmuró ella.

Leandro apretó los labios con una mezcla de irritación y excitación.

–Tengo alergia severa a las condiciones y a los ultimátum.

Entonces, justo cuando Leandro creyó que iba a darse media vuelta e irse, Phoebe se movió. Hacia él. Más cerca. Un paso detrás de otro.

Cuando Phoebe se detuvo a dos pasos de distancia, Leandro estaba sumido en un mar de pensamientos deliciosos, soñando con tomarla en sus brazos y sentarla sobre sus piernas, con dejarle sentir la dureza de su erección…

–Siéntate, Phoebe –ordenó él, conteniéndose de tocarla.

Al final, Phoebe se sentó en el extremo opuesto del sofá. Como si estuviera preparada para salir corriendo al menor movimiento en falso de él.

–Recuéstate, Phoebe, relájate. Cualquiera diría que tienes miedo a que me eche encima de ti. Lo cual es bastante extraño, si lo piensas bien, ya que en el pasado lo único que querías era que me echara encima de ti…

Phoebe se giró hacia él con la fuerza de una tigresa. Leandro la observó maravillado.

–De acuerdo –dijo ella–. Hablemos claro de esto y terminemos con todas estas alusiones lascivas y de mal gusto. Tuvimos una relación sexual hace años. Terminó. Ocho años después, somos personas diferentes. Y lo que tenemos que hablar, no sólo no tiene nada que ver con el pasado, sino que no tiene nada que ver con nuestra vida personal. Ahora no somos Leandro y Phoebe. Yo soy la señorita Alexander, consejera de derecho internacional y diplomática al servicio del reino de Castaldini, y estoy aquí para negociar con el ex príncipe D'Agostino para que acepte el trono.

Leandro se quedó mirándola. Era imposible imaginar nada más excitante que aquella mujer. Su erección era tan enorme que casi no le cabía en los pantalones.

Fingiera ella o no, Leandro lo tenía claro. Ella se había vuelto cien veces más poderosa con los años.

Pero era muy extraño, pensó Leandro. En el pasado, había creído que la maleable y temperamental Phoebe había sido su mujer ideal. Entonces, ¿por qué aquella Phoebe que tenía delante, con lengua tan afilada, le resultaba mucho más atractiva? Nunca antes le habían parecido excitantes las mujeres frías y cortantes. ¿Por qué, sin embargo, ella le parecía el epítome de la feminidad?

Pero Phoebe no había terminado.

Leandro observó cómo ella tomaba aliento, preparándose para el siguiente asalto.

Phoebe sintió que el corazón le latía como un caballo asustado galopando sobre el hielo.

Y el causante de su desazón, aquel majestuoso e imponente… cerdo, estaba mirándola encantado, como si ella estuviera dedicándole los más agradables cumplidos.

Aquello era mucho peor de lo que Phoebe había esperado. Y había esperado lo peor cuando había llegado al mismo edificio donde había visto a Leandro por última vez. Luego, Ernesto la había llevado a la misma habitación. Había tenido una sensación de *déjà vu* cuando había visto a Leandro dándole la espalda, como aquella vez. Y, cuando él se había dado la vuelta…

Al verlo ante ella, en carne y hueso, su mente había dejado de funcionar, su instinto sexual la había poseído. Se había imaginado corriendo a sus brazos, estrechándose contra su cuerpo, contra su erección.

Le había costado reponerse de su embelesamiento y sus labios habían dejado escapar lo primero que se le había ocurrido. Con la única intención de sobrevivir.

Entonces, él la había acosado. Había caminado hacia ella y ella sólo había podido refugiarse en su interior. Pero, maldición, él había seguido acercándose, invadiendo sus sentidos, haciendo que se tambaleara su autocontrol.

Y Leandro había hablado, provocándola, presionándola. Hasta que ella no había podido seguir controlándose. Y había explotado.

Phoebe tuvo la sensación, entonces, de que le estaba dando justo lo que él había deseado. La expresión de placer de él resonó dentro de ella, junto con la excitación de su cuerpo. Tuvo la sensación de que, con sus palabras, le estaba arrascando justo donde a él le

picaba, de que lo estaba estimulando como más le gustaba.

Al parecer, a Leandro le gustaba el sadomasoquismo. Del tipo verbal. No era de extrañar que, en el pasado, su forma de ser tan complaciente le hubiera resultado tan… prescindible, se dijo ella.

Phoebe creyó haber derrochado toda su furia en aquel asalto. Pero al ver que Leandro se humedecía los labios esperando más, continuó:

–Ahora, para que comprendas lo que te he dicho nada más entrar… –comenzó a decir Phoebe y se interrumpió. Su voz sonaba jadeante, igual que después de haber hecho el amor con él. Tragó saliva–. Incluso aunque te redimas de alguna manera milagrosa, creo que no tienes excusa para estos jueguecitos cuando el futuro de tu país está en peligro…

–Mi antiguo país –puntualizó él con tono provocativo.

–¿Qué?

Leandro se inclinó hacia ella. A Phoebe le pareció que la habitación se quedaba sin oxígeno.

–Ahora soy americano.

–Oh, por favor… –repuso ella, haciendo una mueca.

–¿Quieres ver mi pasaporte? ofreció él con gesto burlón.

–Siempre serás de Castaldini.

–¿De veras? Un país entero lleva ocho años pensando lo contrario. Nada me ata a ese lugar.

–Te guste o no, es tu país.

–¿Y yo no tengo nada que decir al respecto? –replicó él con tono petulante.

–No.

–Me pregunto cómo se te ha ocurrido todo esto.

–No tienes nada que decir al respecto de tus genes, ¿verdad? Pues es lo mismo.

–Oh, pero podemos hacer con nuestra vida lo que queramos, a pesar de la programación de los genes.

–¿Es que puedes borrar tus orígenes castaldinos?

–Me expulsaron de la especie castaldina. Pero me he adaptado bien a vivir dentro de otra especie. Gracias por tu interés.

–Oh, por favor.

Leandro se recostó en el asiento, que cedió ante su peso e hizo que ella perdiera un poco el equilibrio. Él extendió los miembros,

fingiendo relajación. Y exponiendo la erección que tenía.

–Sabes… el modo en que me dices «por favor»… cualquiera pensaría que me estás invitando a hacer algo lascivo y de mal gusto.

–De acuerdo. Parece que no vamos a llegar a ninguna parte hasta que no demos rienda suelta a tu necesidad de hablar del pasado y comentar los detalles sórdidos. Bien. Adelante. Sácalo todo.

Leandro le quemó el cuerpo con los ojos, desnudándola con la mirada.

–Hay… cosas que no puedo sacarme del todo. Al menos, no… hablando. En cuanto a los detalles de esa fase de mi vida, no te preocupes por ello. He canalizado mi resentimiento en mi trabajo. Y en los deportes de riesgo. Y en el boxeo.

–Y dando la espalda a tu país cuando te necesita.

Leandro soltó una carcajada, cargada de incredulidad y diversión. Y virilidad.

–Eso sería una buena idea. Si yo fuera de los que se cobran ojo por ojo. Pero soy mucho más magnánimo que todo eso.

Leandro siguió observándola, mientras se tocaba el pecho con la mano. Phoebe se sintió furiosa por las respuestas que él provocaba en su cuerpo y porque no podía dejar de admirar la belleza de aquella mano y la fuerza de su ancho pecho. Se esforzó por mirarlo con gesto de indiferencia.

–Debes de tener la cabeza hinchada de tantos halagos que recibes. Considera mi opinión de ti como un agente equilibrador.

–Ah, Phoebe, voy a hacer que me midan la cabeza mañana a primera hora –bromeó él y sonrió con una sonrisa muy peligrosa–. ¿Por qué quieres convencer a un egocéntrico incorregible como yo para que gobierne un país?

–Yo soy sólo la emisaria. No he venido por convicción propia, sino para cumplir con mi trabajo.

–¿Aunque sospeches que el rey está senil y que quiere entregarle el trono a alguien que llevará el país a la ruina?

–El rey Benedetto no tiene nada de senil.

–¿Cómo explicas su cambio de opinión, si no?

–Estoy segura de que tiene sus razones.

–¿No te las ha confiado?

–Lo único que sé es que siempre te ha tenido en su corazón.

Creo que, al tener que expulsarte, se le rompió en pedazos.

–No me esperaba eso –comentó Leandro, disfrutando de la situación.

Phoebe sintió un nudo en la garganta, mirando hipnotizada cómo el sedoso pelo negro de él le caía sobre la frente.

–¿Qué?

–No me esperaba que intentaras apelar al niño inseguro que hay dentro de mí, el niño que busca la aceptación de su héroe.

–El día en que yo crea que hay un niño inseguro dentro de ti, será el día en que me salgan alas.

Las carcajadas de Leandro resonaron con más fuerza.

–Ah, Phoebe, me conoces demasiado bien. ¿Qué me dices del niño vengativo que llevo dentro, el que quiere ver a su héroe admitiendo que se equivocó?

Phoebe se quedó callada. Los ojos de él perdieron la mirada divertida que habían tenido antes. Entonces, comprendió.

–No creí que pudiera decir esto, pero tampoco creo que haya un niño vengativo dentro de ti. Tengas lo que tengas en tu interior, creo que es sólo… es sólo…

–¿Rabia? ¿Indignación? –sugirió él con tono burlón.

–Conmoción.

Leandro se quedó en silencio. La miró a los ojos sin parpadear. Y, de pronto, se acercó a ella. Phoebe se recostó en el sofá. Él la siguió, sin tocarla. Ella sintió como si la lamiera todo el cuerpo con una lengua de fuego. Entonces, él se detuvo a unos milímetros de sus labios.

–¿No te has dado cuenta de que, por el momento, no hemos negociado nada?

El aroma de Leandro la envolvió, y su poder.

–Si… si he aprendido algo como negociadora… es cómo saber cuándo mi oponente no tiene intención ninguna… de negociar.

–¿Yo soy tu oponente? –preguntó él, acercándose un centímetro más.

–Eres peor que eso. Yo puedo enfrentarme a un oponente. Pero tú eres… tú eres…

–Soy… ¿qué? –preguntó él, haciendo que desapareciera el último milímetro que los separaba.

Phoebe levantó una mano. ¿Para apartarlo? Lo único que hizo

fue posar la mano sobre la piel ardiente de él y dejarla ahí, como un imán pegado al hierro.

–Phoebe…

Ella le escuchó pronunciar su nombre lleno de deseo y todo desapareció a su alrededor. Todo, menos los labios de él. Casi estaban sobre los suyos. Al fin. Por favor…

Phoebe no tenía aire, así que cuando respiró sus pulmones se llenaron del aroma de él. Leandro olía mucho mejor que el aire. En ese instante, le pareció mucho más necesario que el oxígeno…

No. No. No podía ser. Ella se había rendido en el pasado y… no. Phoebe se apartó, sintiéndose como si hubiera estado a punto de caerse por un precipicio. El corazón le latía con fuerza, los pulmones le quemaban. Encontró fuerzas para ponerse en pie y se dirigió hacia la puerta.

–¿No olvidas algo, Phoebe? Tu misión…

Su murmullo la sacudió con la fuerza de un huracán.

–Mañana por la noche podemos vernos de nuevo. Esto depende de ti.

–¿De… de qué estás hablando? –preguntó ella y empezó a temblar.

–Depende de ti si me convences o no de darle… a cualquiera… una segunda oportunidad.

Capítulo 3

Phoebe miró a su alrededor impresionada: las ventanas con vistas a Central Park, el suelo de mármol, las paredes tapizadas en seda, la decoración al estilo francés… En el mismo piso, que ocupaba toda la planta octava del hotel, había cinco dormitorios, cinco baños y un aseo, dos salones, un comedor, un tocador y una sauna, además de una terraza y una bodega con dos mil botellas. En resumen, todas las extravagancias que quince mil dólares al día podían pagar.

Leandro había insistido en que Phoebe se quedara allí en vez de en la suite que el gobierno de Castaldini había reservado para ella. Ella no había conseguido hacerle comprender que prefería alojarse en un lugar pensado para un ser humano normal, es decir, para alguien que sólo necesitara una cama y un baño.

Pero aquél no era el mayor problema. Ella, Phoebe Alexander, excelente negociadora, se había metido en una situación que podía cambiar el rumbo de la historia de un país entero y se había comportado con la delicadeza de un toro en una tienda de porcelana.

En vez de exponer argumentos lógicos, se había dejado provocar y manipular. Sus misiles verbales no habían hecho más que divertir a Leandro.

Quizá para seguir divirtiéndose, él le había dado otra oportunidad. Debía aprovecharla y jugar bien sus cartas en esa ocasión, se dijo Phoebe.

El campo de juego para el partido final no iba a ser neutral, por supuesto. Leandro había elegido el lugar donde cenarían y ella tendría que bailarle el agua una vez más.

Ernesto había ido a verla al hotel por la mañana, para ofrecerle su consejo y llevarle vestidos. Le había recomendado seguir haciendo lo que había hecho hasta ese momento. Eso sería fácil, pensó Phoebe. Probablemente, no sería capaz de hacer nada más. Volver a ver a Leandro hacía que se le estropeara algo dentro de la

cabeza equivalente a los frenos de un coche.

Con lo que sí había tenido problema había sido con los vestidos. Y Ernesto le había ofrecido su segundo consejo: arreglarse mucho.

–Te aseguro que no voy a dejar que Leandro vuelva a tomarse más libertades conmigo, Ernesto –había protestado ella–. Y él pensará que lo estoy deseando si me pongo cualquiera de estos vestidos… –había dicho, señalando a un montón de creaciones de alta costura–. Me mirará y pensará que estoy usando tretas femeninas para conseguir lo que no he podido de otra manera.

–Yo soy la persona más experta del mundo en Leandro –había respondido Ernesto con paciencia–. Él mostrará una reacción muy favorable.

–¿Favorable en qué sentido? –había rugido ella–. Quiero sólo un tipo de favor de él y no lo conseguiré vistiéndome como Mata Hari. En caso de que de veras quiera dar una segunda oportunidad a mi misión diplomática, puede que se sienta insultado si cree que pretendo engatusarlo con mi vestido.

–No necesitas engatusarlo –había declarado Ernesto–. Necesitas sólo ser tú misma. El vestido debería combinar con el escenario donde se va a celebrar la próxima sesión de… negociaciones. Confía en mí esta vez, *cara mia.*

A lo largo de los años, Phoebe no había perdido la estima de Ernesto. A pesar de que ella no le había contado nunca por qué se había separado de Leandro, Ernesto la había seguido tratando con cariño y amabilidad. La había llamado de forma regular y siempre había intentando visitarla cuando ella había tenido que ir por asuntos de trabajo a Estados Unidos. Incluso la había felicitado por su compromiso con Armando, que había sido anunciado un día que Ernesto había estado en Castaldini.

Al ver que ella no hablaba, Ernesto había suspirado.

–Está bien, Phoebe. No sé qué pensar sobre lo que pasó entre Leandro y tú en el pasado. Y lo único que puedo hacer es seguir siendo neutral, como su mano derecha y como tu amigo –había señalado Ernesto–. Pero, como amigo, tengo que decirte unas cuantas cosas. Pienses lo que pienses de tu primer encuentro con Leandro, has llegado mucho más lejos que nadie antes. Has obtenido una respuesta que no es una completa negativa. Has tenido suerte y ha sido por quién eres y por lo que Leandro y tú

compartisteis en el pasado. No importa lo que pienses sobre él o lo que sientas por él, es un hombre más poderoso de lo que crees. Y Castaldini lo necesita sin lugar a dudas.

¿Ernesto creía que ella tenía la oportunidad de hacer cambiar de idea a Leandro? Pues ella tenía la sensación de estar hundiéndose en arenas movedizas.

Pero no lograría nada estresándose. Cuanto antes se hubiera sumergido hasta el cuello y hubiera terminado su misión, mucho mejor.

Con aire decidido, Phoebe se levantó del asiento y caminó hacia el dormitorio que había elegido al azar. Entró en el baño de mármol, adornado con figuras de oro, y se duchó. Luego, entró en el vestidor que había al otro lado de la habitación, mirando la colección de vestidos de diseño que había sobre la cama.

Después de ponerse el vestido elegido, uno de los más discretos, se inspeccionó delante del espejo. Hmm. No estaba tan espléndida como Ernesto le había aconsejado, pero podía valer.

Media hora después, Phoebe estaba esperando a Ernesto para que la llevara con su jefe, intentando ignorar el nerviosismo que la recorría.

Leandro podía estar… diablos, *estaba* jugando con ella y lo más probable era que quisiera lograr algo que no tenía nada que ver con Castaldini y sí con la abrumadora atracción que bullía entre los dos, caviló Phoebe mientras esperaba.

Algo en su interior le dijo que estaba deseando que Leandro hiciera con ella lo que quisiera, pero reprimió ese pensamiento. Ya había caído en ese error una vez. Y no quería volver a hacerlo nunca más.

Leandro se miró el reloj. Ella llegaba tarde. Tres… cuatro minutos.

Phoebe sabía muy bien lo que había estado haciendo con él la noche anterior, se dijo Leandro mientras esperaba. Ella lo había atacado y había dado en el blanco.

Lo cierto era que seguía conmocionado, admitió él. No porque su rey y su pueblo hubieran llegado tan lejos como para exiliarlo, sino porque las cosas hubieran terminado tan mal entre Phoebe y él.

Hacía ocho años, Leandro había tenido el objetivo de ser

nombrado el príncipe heredero. Después, había pensado ofrecérselo todo a ella: su nombre, su vida y la llave de su corazón.

Ernesto, el único hombre en que Leandro había confiado, quien le había criado después de la muerte de sus padres, le había aconsejado no distraerse con ella y concentrarse sólo en llegar al trono. Pero él no había sido capaz de escucharlo, se había retorcido de impaciencia contando los segundos para poder volver a estar con ella. Sus enemigos habían tomado provecho de su distracción y lo habían atacado por sorpresa, arrinconándolo poco a poco, hasta que había sido demasiado tarde.

Entonces, después de su exilio, el persistente silencio de Phoebe había comenzado a resultarle preocupante. Sin poder evitarlo, Leandro había empezado a sospechar. ¿Había dejado Phoebe de estar interesada en él al saber que ya no se convertiría en rey?

Corroído por la duda, Leandro había sucumbido a la tentación de llamarla. Pero había estado tan molesto porque ella no hubiera dado noticias que, tal vez, él había sido responsable de que su relación hubiera llegado a tan desgraciado final.

Por eso, Leandro se había pasado los cinco años siguientes a su encuentro torturado por el recuerdo de la última vez que se habían visto, diseccionando cada palabra y cada expresión hasta llegar al borde de la locura. En infinitas ocasiones, había llegado a marcar la mitad del número de ella, para luego lanzar el aparato contra el suelo.

Lo único que le había ayudado a no perder la cabeza había sido volcarse en el trabajo como un poseso, catapultándose a la cima de los negocios.

Y, a cada paso del camino, Leandro se había sentido como si le faltara la mitad de su ser. Se había dicho una y otra vez que Phoebe no había sido su media naranja. Pero no había conseguido convencerse. Se había pasado los años buscando noticias de ella como quien buscaba el alimento. Había recabando información sobre los resultados de sus exámenes de Derecho, sobre los informes médicos de su hermana. Y había llegado a un trato consigo mismo. En caso de que Phoebe lo hubiera rechazado porque él le había pedido que renunciara a responsabilidades y aspiraciones importantes para ella, esperaría a que satisficiera esas aspiraciones para reunirse con ella en el exilio.

Cuando la salud y el matrimonio de la hermana de Phoebe se habían estabilizado y ella había obtenido la licenciatura de Derecho y había estado a punto de empezar una nueva etapa de su vida, Leandro le había enviado una nota con Ernesto:

Te necesito. Todavía.

Con esas tres palabras había dejado su alma al descubierto, sin ninguna garantía de no estar poniéndola en peligro.

Pero no había habido respuesta. Sin comunicarse para nada con Leandro, Phoebe había anunciado entonces su compromiso con su primo Armando. Y él había tenido que aceptar la verdad de una vez por todas. Lo que Phoebe había buscado había sido un título real. Él había sido su mejor apuesta en una ocasión. Y, luego, le había tocado el turno a Armando.

Las esperanzas de Leandro se habían hecho pedazos, sumiéndolo en la más completa miseria. Hasta que, hacía casi un año, Phoebe había roto con Armando. Entonces, había deseado que ella se comunicara con él de nuevo.

Al fin, Phoebe había vuelto a su vida la noche anterior. Al verla, Leandro había tenido que admitirlo: el vínculo que siempre le había unido a ella permanecía intacto.

Por eso, Leandro había sucumbido, se había lanzado sobre ella. Phoebe había parecido a punto de rendirse, pero se había apartado, dejándole claro que esperaba no volver a verlo nunca.

Tenía que ser una estrategia, se dijo Leandro. ¿Qué otra cosa podía ser? Phoebe se había ido sin conseguir ningún resultado en lo relativo a su misión. ¿Por qué se había presentado ante él, para luego salir huyendo? ¿Acaso ella esperaba que le diera caza?

Entonces, cuando ella se había ido, a Leandro se le había ocurrido un plan…

–Eres un derrochador despreciable y no sabes separar tus venganzas personales de los negocios. No entiendo cómo has podido convertirte en millonario.

De espaldas a la puerta, Leandro cerró los ojos al escuchar sus palabras desafiantes. Phoebe había llegado. Aceptó con resignación la reacción de su cuerpo. Y contuvo un gemido cuando se giró para

mirarla.

Ella estaba parada en la entrada del restaurante y sala de fiestas donde habían quedado, bajo la luz de los focos. Vestida con un vestido gris plata que parecía diseñado para hacer que a él se le saltaran los fusibles, parecía sacada de una película clásica en blanco y negro. El único toque de color estaba en sus elegantes mejillas y en sus labios jugosos. Parecía… parecía…

Leandro no lo sabía. No era capaz de ponerle palabras a sus pensamientos.

Como en una coreografía aprendida de memoria, se acercaron y se detuvieron a diez pasos uno de otro, moviéndose en paralelo, copiando los movimientos del otro. Siempre se habían movido al mismo ritmo interno, como si fueran conscientes de los impulsos que vivían en el cuerpo del otro. Los dos llegaron a la mesa al mismo tiempo.

–¿Me puedes explicar qué he hecho para merecer que me digas que, además de indigno, soy un derrochador despreciable y un negociador poco profesional?

–¿Qué *no* has hecho? Primero, me haces quedarme en esa suite de quince mil dólares la noche, ahora me traes aquí, un salón de lujo para socios exclusivos que pagan una cuota de cien mil dólares. No me atrevo ni a pensar cuánto habrás pagado para que el lugar sea sólo para nosotros esta noche. Supongo que será el equivalente al producto nacional bruto de un país en desarrollo. Eso me pone enferma.

–Estoy impresionado. Conoces muy bien los detalles de este nivel de vida.

–Me alegro de que estés impresionado. A mí, más bien, me parece deprimente.

A Leandro no le costaba creerlo. En el pasado, Phoebe había mostrado siempre un profundo desinterés por los bienes materiales. Y ésa había sido otras de las cualidades que él había admirado en ella.

Pero, claro, podía ser fácil fingir desinterés cuando ella ya tenía toda la riqueza que tenía gracias a su hermana. Tal vez, simplemente había estado esperando para cazar a otro millonario, pero con título real incluido.

–Perdona que te corrija, pero la suite cuesta veinte mil la noche.

–Deberían arrestarme por hacer un gasto tan exagerado durmiendo allí. Y a ti primero, claro –repuso ella con ojos como platos.

Leandro se acercó, dando la vuelta a la mesa, conteniendo el aliento. Su muslo se rozó con la cadera de Phoebe y sintió cómo ella se estremecía mientras le ponía la mano en la parte baja de la espalda. Para su satisfacción, Phoebe tembló un poco al sentarse, mientras él le acercaba la silla.

–Ya que parece que sabes mucho, ¿conoces el tamaño de mi riqueza?

–Claro. Cien mil dólares es para ti calderilla. Sin embargo, incluso para ti es mucho dinero lo que pagas por la suite y por este sitio… De eso estoy hablando precisamente. ¿Sueles derrochar siempre así o lo haces sólo para impresionarme? Espero que no fuera ése tu objetivo porque, si era así, te ha salido el tiro por la culata. Lo único que has conseguido es hacerme pensar que eres un presuntuoso detestable.

Leandro no pudo contener una carcajada. Si Phoebe había sido siempre así de impertinente y desagradable y, en el pasado, lo había engañado fingiendo ser un ángel de amabilidad, sin duda, era una excelente actriz.

–Es un alivio que no intentara impresionarte, entonces. Mis verdaderas intenciones son… mimarte. ¿Tampoco lo he conseguido?

Phoebe inclinó la cabeza y a Leandro se le aceleró el corazón al ver cómo la cascada de su cabello se le deslizaba hacia el rostro, por encima del hombro.

–Me pregunto por qué habías creído que esto me iba a gustar.

–A todo el mundo le gusta el lujo.

–El lujo desmedido es…

–Un acto criminal, ya lo sé. A tus ojos no hago nada bien, ¿verdad? Qué raro. Recuerdo que hubo un tiempo en que te parecía que no hacía nada mal –dijo él y soltó un suspiró burlón–. Bueno. Ahora puedo inundarte con excesos, sabiendo por adelantado que eso sólo me envilecerá a tus ojos –añadió y, antes de darle tiempo a contraatacar, continuó–: Pero en cuanto a lo que has dicho, tengo que decirte que te equivocas. No he llegado donde estoy gastando dinero, sino ganándolo. Lo hago en todas partes, en lugares que conoces y en otros que no puedes ni imaginar. Todo lo que ves me

pertenece, desde el edificio del hotel donde te alojas a otros muchos, incluido este sitio. Tener acceso a la mejor suite del hotel y poder reservarme en exclusiva la sala de fiestas son las ventajas de ser el socio mayoritario.

Phoebe lo miró con ojos muy abiertos. Leandro se esforzó para no levantarse y tomarla entre sus brazos. Sonrió con gesto burlón.

–¿Te sientes decepcionada porque no haya gastado una cantidad obscena de dinero para impresionarte?

–Me decepcionaba pensar que lo habías hecho –repuso ella, torciendo la boca.

–Y ahora que sabes que no es así, ¿ya no estás decepcionada?

–Ahora no me pareces un derrochador, sino un chovinista. ¿Eres de los que siguen creyendo que una mujer dice «no» cuando quiere decir «sí»?

–No creo que sea sólo cosa de mujeres. Me parece humano que la lógica y los valores morales entren, a veces, en conflicto con nuestra necesidad de sentirnos valorados. Los excesos extravagantes pueden ser detestables desde el punto de vista ético, pero son un buen alimento para el ego.

Entonces, Phoebe sonrió. Maldición, pensó Leandro, cautivado por su sonrisa.

–Te has convertido en quien eres gracias a lo que sabes sobre la naturaleza humana, parece. De acuerdo, me disculpo.

Leandro se llevó una mano al pecho. Aquella mujer era demasiado peligrosa para él.

–Había sacado una conclusión apresurada, ignorando las explicaciones obvias, porque estaba muy resentida contigo y prefería pensar lo peor. Lo único que tú has hecho ha sido dejarme disfrutar de las cosas por las que tanto has trabajado, cuando no era necesario. Yo te había dado buenas razones para que no te importara si pasaba la noche en una pensión llena de pulgas. Puede que no me resulte fácil disfrutar de tu hospitalidad sin sentir un poco de cargo de conciencia, pero aprecio tu amabilidad.

Leandro se recostó en el asiento, fingiendo alivio. Necesitaba el respaldo de algo sólido, eso era cierto, pues los sentidos estaban comenzando a darle vueltas.

–Menos mal. Así que ya me he quitado de encima la acusación de presuntuoso detestable. ¿Y qué pasa con la de ser poco

profesional?

–Eso digo yo. ¿Qué pasa con eso? –preguntó ella a su vez, mostrando un hoyuelo en la mejilla.

Leandro meneó la cabeza. En ese momento, se le ocurrieron las palabras para describir lo que parecía ella: la suma de todos sus deseos.

Y eran, sin duda, unos deseos que lo consumían como el fuego.

Por eso, debía seguir el plan que había trazado, se recordó a sí mismo. Leandro se proponía reclamar el trono que en el pasado le había sido negado si le podían convencer de que formaba parte de su destino.

Pero no había nada condicional respecto a ella. La haría suya, pasara lo que pasara. Pero sería según sus propias reglas.

Leandro había quedado prendado de Phoebe desde la primera vez que la había visto y siempre había acudido a ella como un hambriento busca el alimento. En esa ocasión, la obligaría a ser ella quien suplicara. Luego, la tomaría. Y, cuando considerara llegado el momento, la dejaría.

Leandro hizo una seña a los camareros para que empezaran a servir la cena, se apoyó en la mesa y agarró la mano de la mujer que le robaba el sueño.

–Está bien, Phoebe. Desbanquemos el mito de mi falta de profesionalidad, también. Hablemos de negocios. Tienes toda la noche para trabajar… conmigo.

Capítulo 4

En el momento en que Leandro le tomó la mano, Phoebe se sintió como si le hubiera privado de voluntad propia. Intentó forcejear con su mirada hipnotizadora antes de conseguir apartar la mano como si la hubiera puesto sobre una parrilla caliente, mientras fingía mirar a su alrededor.

Sin duda, el entorno merecía ser admirado, pensó Phoebe. Como había dicho él, se trataba de un colosal alimento para el ego. Leandro podía tener fácil acceso a todo ese lujo, pero era obvio también que había puesto mucho esfuerzo e interés en planear un escenario que era desconcertante y excitante como pocos. No había duda de qué escenario se trataba.

Un escenario de seducción.

Phoebe había intentando convencerse de que aquello no tenía nada de especial, que era normal que los hombres de negocios alardearan de su estatus y de su poder celebrando sus reuniones en recintos exquisitos y exclusivos. Y, como hombre de negocios muy especial, Leandro había ido más allá que la mayoría.

Aquellos pensamientos duraron sólo tres segundos, hasta que Phoebe se fijó bien en el lugar en el que estaban.

La sala de fiestas tenía tres pisos, con espacios para albergar a los que buscaban privacidad y, también, a los que querían socializarse. Habría separaciones entre la zona del restaurante, en el piso de arriba, el bar del piso medio y la sala de baile del nivel inferior. En una noche normal, cada espacio estaría rebosante con una clase de clientela, cada uno con su propio menú, servicio de bar y pinchadiscos. Sin embargo, esa noche, el sitio parecía haber sido diseñado para una sola pareja, ambientado para un encuentro inolvidable.

La decoración era, al mismo tiempo, elegante y decadente, mezclando estilos con un toque de calor latino en los colores puros y en sus diseños. Era un ambiente que combinaba el ultramodernismo, el clasicismo y reminiscencias de la antigüedad.

Parecía el refugio del ángel caído, donde los mortales sufrían esclavitud sexual y exceso carnal. Muy apropiado, pensó ella.

Y ella había entrado por su propio pie en la trampa del Príncipe de la Oscura Tentación, se dijo Phoebe. Estaba a su puerta, bajo los focos, sintiéndose como el sujeto de un experimento llevado a cabo por un ser superior.

Dicho ser estaba allí sentado, observándola, eclipsando la magnificencia del entorno con su aire imponente, de traje, sin corbata. Impresionante.

Y acababa de invitarla a trabajar… con él.

Cuando el desfile de personas hermosas vestidas de satén blanco y negro dejó de llenar su mesa con deliciosos aperitivos y llenaron sus copas con Moët & Chandon, Leandro se recostó en la silla, sin dejar de observarla con aire posesivo.

–Bueno, Phoebe, ¿has decidido cómo vas a intentar convencerme esta vez?

Ella le dio un trago a su copa. Y se la bebió casi entera.

Después de tragar el líquido, consiguió articular palabra.

–Empezaré mordiéndome la lengua. ¿Qué te parece?

Leandro imitó sus acciones, bebió y se pasó la lengua por los labios. Phoebe lo observó, sintiéndose como si fuera ella lo que él estaba saboreando.

–¿Entra eso dentro de tus habilidades?

Ella le dio otro trago a su copa, demostrando que todavía era capaz de desempeñar tareas básicas, como tragar.

–Eso creo. Era famosa por ello.

–Es cierto. Solías mostrar una reserva muy especial. Sólo en lo que tenía que ver con hablar, gracias a Dios. Era una cualidad que yo valoraba mucho.

–Sí, una mujer desatada en la cama y que sabe mantener la boca cerrada debe de ser el sueño de cualquier hombre.

A Leandro le brillaron los ojos. ¿Era sorpresa lo que mostraba?, se preguntó Phoebe. ¿Por qué? Ella no había hecho más que decir llanamente lo que él pensaba.

–Yo no soy un hombre cualquiera, Phoebe. No valoraba tu reserva sólo porque quisiera acostarme contigo.

Phoebe se sirvió un champiñón relleno de cangrejo y lo cortó con el cuchillo.

–¿No? Me tenías engañada.

Él afiló la mirada.

–¿Quieres decir que te mostrabas reservada porque yo te cohibía con mi actitud?

Ella le dio un bocado a la comida. No reparó en su sabor.

–En realidad, no. No tenía nada que decir. Pero, con lo ocupado que estabas entonces, supongo que no me hubieras escuchado si hubiera querido decirte algo.

–¿Con que nada que decir? Es extraño cómo puede haber dos perspectivas tan diferentes sobre la misma situación. Pensé que no hablabas mucho porque me comprendías de forma innata y porque nuestra situación trascendía la necesidad de expresión verbal. Pensé que no usábamos las palabras porque estábamos en la misma frecuencia, sin necesidad de ellas. Parece que, de nuevo, me equivoqué.

Phoebe se esforzó por concentrarse. Le costó tragar. Lo que él decía implicaba…

Podría implicar cualquier cosa en realidad, se dijo ella. Desde la más conmovedora y profunda a la más vana y superficial.

Prefería apostar por la segunda posibilidad, pensó Phoebe. Aquél era el hombre que la había dejado irse y que no había intentado volver a llamarla en ocho años. Dudaba mucho que él sintiera nada conmovedor o profundo por ella.

Al parecer, Leandro estaba esperando su respuesta. Cuando ella no dijo nada, él suspiró.

–Así que sigues teniendo talento para mantener la boca cerrada. Espero que no sigas haciéndolo mucho tiempo. He descubierto que me gusta tu nueva belicosidad mucho más que tu tranquilidad y tu complacencia.

–Debe de ser la madurez. El joven que quería dominar el mundo sin que nadie se le opusiera se ha convertido en un hombre seguro de que el mundo es suyo y necesita retos que lo motiven.

Leandro echó la cabeza hacia atrás y soltó otra de sus frases matadoras, llena de seductora masculinidad.

–Ah, Phoebe, *siete una sincera, genuina, autentica shaitana rajeema y esperare ardentemente* que no cierres la boca nunca más.

Resignada a tener constante arritmia cuando estaba en presencia de él, Phoebe tomó lo que resultó ser una alita de pollo al sirope de

arce con whisky y la mordisqueó.

–Así que, aunque te has despojado de otros viejos hábitos, sigues mezclando el italiano, el árabe y tu idioma.

Leandro rió sin dejar de mirarla y ella lo imaginó mordisqueándole los labios, el cuello, más abajo…

–Sólo cuando un único idioma no posee las palabras necesarias.

–¿Tu idioma no te basta para decir que soy una verdadera, bendita y malvada diablesa?

–¡Me has entendido! –exclamó él, con ojos relucientes y llenos de aprobación.

Ella se sintió como una niña recibiendo un aplauso de su héroe. Como una tonta.

–No, no podría expresarlo sólo en mi lengua –continuó él–. Tu traducción es perfecta pero esas palabras no tienen todos los matices que yo quería transmitir. Dominas muy bien el italiano. ¿Pero cuándo has aprendido árabe? Casi ninguna de las ciudades de Castaldini lo sigue usando.

Phoebe tomó su vaso. Intentó tragar el nudo que sentía en la garganta.

¿Debía confesarle que lo había aprendido para poder entender lo que él le había dicho cuando había estado en la cima de su éxtasis? Aquellas palabras que habían quedado sin explicar, pues ella nunca se había atrevido a preguntarle su significado.

Tras esforzarse en seguir respirando, Phoebe decidió admitir parte de la verdad.

–Me intrigaba mucho cada vez que lo usabas. Me sonaba tan… primitivo y apasionado… Diferente de mi lengua y de los demás idiomas que conozco. Y, aunque ya no se usa tanto, es una parte integral de las culturas que se entretejen en Castaldini. Pensé que debía aprender todo lo que me fuera posible. No capto muy bien los detalles, pero me manejo bien en una conversación. Mi pronunciación es terrible, sin embargo.

Leandro pareció sopesar su respuesta. Luego, le tomó la mano, fría y húmeda por el sudor, y la envolvió en la calidez de sus dedos largos y preciosos.

–Di algo… –pidió él.

–*Shai’* –dijo ella.

Leandro soltó una carcajada.

–Iba a añadir que no te lo tomaras de forma literal y dijeras *shai'*.

–¿Y si no digo nada? *La shai'?*

Él rió de nuevo y le apretó la mano. Ella sintió como si le quemara con sus dedos.

–De acuerdo. Di cualquier cosa.

–*Ai shai'*.

Leandro alargó la mano por encima de la mesa y le tocó los labios a Phoebe, con ojos divertidos y… excitados.

–*Ai shai'* que salga de esos labios debería estar prohibida por ser un arma letal. Pero en árabe se convierte en un arma de destrucción masiva. Tu acento no es malo, es muy sensual.

–Sólo he dicho una palabra –murmuró ella, preguntándose qué pasaría si se metiera los dedos de él dentro de la boca, que se le estaba haciendo agua al tenerlos tan cerca.

Por suerte, consiguió contenerse y no lo comprobó. Él le acarició los labios durante un segundo incendiario y apartó la mano.

–Me ha quedado claro que necesito prepararme mejor antes de poder escuchar una frase entera.

Phoebe se recostó en su silla, esperando estar así lejos del alcance de sus destructoras caricias.

–Ahora sabemos por qué hablo árabe. ¿Y tú? Ninguno de los jóvenes D'Agostino de tu generación lo hace.

–Yo no soy uno de los jóvenes. En mi generación, nos obligaban a aprenderlo en el colegio.

–Pero nadie lo habla, aparte de frases hechas que han entrado a formar parte del habla de Castaldini.

–Hay una parte de la población que lo habla como dialecto original. Para los demás, ha quedado en desuso como cualquier segunda lengua aprendida en la escuela. Yo tenía más incentivos para aprenderlo. Mi abuela materna era bereber de pura sangre.

–¡De ahí te viene tu espíritu nómada y guerrero!

Leandro dejó su copa, se puso en pie, dio dos pasos hacia ella y, sin previo aviso, se inclinó y la tomó entre sus brazos.

–Me temo que la decoración del lugar no ha sido una buena idea.

Antes de que ella pudiera parpadear, él la guió a un rincón oculto en el piso de arriba. La llevó a un sillón de cuero rojo,

sentándose demasiado cerca de ella.

Phoebe estuvo a punto de acortar los centímetros que los separaban, lanzándose a su cuello. Si no podía bajarse del tren del deseo, ¿por qué no rendirse a él?

Entonces, un equipo de camareros los rodeó, llenando la mesa baja que había delante de ellos con platos calientes.

En cuanto desaparecieron los camareros, Leandro tomó una gamba, mordió un pedazo y se inclinó para acercar el resto a los labios de ella. Phoebe se preguntó de nuevo qué pasaría si le mordisqueaba los dedos junto con el bocado que él le ofrecía.

Manteniéndole la mirada, Phoebe mordió con fuerza. Sólo la gamba. Él contuvo el aliento, mirándola con intensidad.

Leandro le dejó comer el bocado entero, hasta que sólo quedó su dedo delante de la boca de ella, acariciándole el labio con suavidad. Hasta que ella se estremeció, mirándolo con los ojos de par en par.

No pensaba lamerlo, se dijo ella. No. Aunque le fuera a estallar el corazón en el intento de contenerse.

Al final, Leandro apartó la mano y la dejó caer con una exhalación estremecida. Descansó la cabeza en el sofá y cerró los ojos. Al menos, ella no era la única que estaba al rojo vivo, se dijo Phoebe. Él estaba empleando un arma de doble filo.

Leandro abrió los ojos y la miró. Phoebe se dio cuenta de que estaba recostada en la misma posición que él. Sus respiraciones estaban sincronizadas, mientras ambos se miraban a la cara, como queriendo comprobar la diferencia que había entre la realidad y los recuerdos.

De pronto, Leandro le tocó la cara con un dedo.

–Ernesto y tú parecéis admiraros mutuamente y en secreto.

–¿No se lo has preguntado a él? ¿Temías llevarte un buen capón? Pues yo no soy más fácil de interrogar que él.

–¿Qué puedo decir? Cuanto más difícil sea algo, más me gusta. Las confrontaciones arriesgadas son lo único que merecen mi tiempo.

Ella ignoró el calor ascendente que sentía entre las piernas.

–No es la mentalidad de un hombre capaz de despachar cualquier negocio, incluido el de rey. Desde luego, no es así como pensaría el rey de un país que ha sabido evitar las confrontaciones y el riesgo a lo largo de toda su historia. Por cómo lo dices, suena

como si estuvieras dispuesto a provocar una guerra para disfrutar con el conflicto.

–Oh, no iría tan lejos –repuso Leandro y le acarició la mandíbula–. Pero de vez en cuando les daría a mis enemigos, y a mis amigos, algunos sustos y algunas noches de no dormir. Así se mantienen despiertos y su compañía se hace más interesante.

Phoebe suspiró, derritiéndose en el sofá. Ante su influjo.

–¿Y te preguntas por qué el consejo y el rey Benedetto tenían recelos hacia ti? Ellos buscan estabilidad, evitar las crisis a toda costa.

–¿Ese «a toda costa» incluye la libertad de expresión y unos cuantos derechos humanos de vez en cuando, verdad? –replicó él, arqueando las cejas con gesto retador.

–Lo haces sonar como si fuera una dictadura en vez de un reino pacífico.

–¿Donde todo el mundo vive un final feliz? ¿Estás segura de que no estás hablando de un reino de uno de los cuentos de hadas que les lees a tus sobrinas de cinco y siete años para dormir?

Ella se preguntó cómo sabía Leandro sus edades.

–Sí, seguro. Siempre les cuento a Alba y a Gemma historias de heroínas que salvan a alguien y cabalgan hacia el atardecer en busca de nuevas aventuras.

–¿No hay ningún caballero andante en tus cuentos? –preguntó él, fingiendo sorpresa genuina.

Phoebe no pudo evitar reírse.

–Ni caballeros andantes, ni ardientes, ni irresistibles.

A Leandro se le dilataron las pupilas antes de que ella se diera cuenta de lo que había dicho. Avergonzada, se incorporó en el asiento y empezó a llenar un plato con comida. Notó que él se movía, tirando de ella para volver a tenerla pegada. Luego, él exhaló:

–Dime lo que el rey y el consejo quieren de mí.

Phoebe dejó el plato en la mesa para que no se le cayera encima.

–¡No me digas que habías rechazado la oferta antes de escucharla!

–Oh, sí, la escuché. Me ofrecen volver, recibir el perdón, devolverme mis títulos y añadir un par más, el de príncipe heredero y el de regente serían parte del paquete. También se me asegura el

puesto de futuro rey, siempre que viva más tiempo que el rey B.

–¡Rey B! –exclamó ella, riendo–. Oh, cielos… rey B. Me preguntó qué diría si lo llamaras así a la cara.

Leandro sonrió.

–Esperaré a que estés allí para hacerlo, para que puedas observar su reacción de primera mano.

Phoebe se resistió a saborear los hoyuelos que a él le salían al sonreír.

–Te has relajado mucho, ¿verdad? Antes no tenías tanto sentido del humor.

–¿Es que insinúas que antes era un aburrido de trasero apretado? –preguntó él, fingiendo estar ofendido.

Phoebe recordó cuando se había fijado en aquella parte de su anatomía la noche anterior y estuvo a punto de responder que el trasero lo tenía todavía más prieto que antes.

–No lo sé. Estaba demasiado embelesada como para darme cuenta.

Pero no había sido una buena respuesta, se dijo Phoebe. A juzgar por cómo a él se le incendió la mirada, no había sido buena en absoluto.

Sin embargo, Leandro pareció tomar la decisión de cambiar de tema.

–Así que… siguen sin ofrecerme sus disculpas, ¿no es así?

Ella asintió, sin gustarle hacia dónde iba la conversación.

–No pueden dignarse a admitir su culpa. Quieren que todos crean que soy yo quien suplica. Y, a cambio de su clemencia, ¿qué me ofrecen? Algo que yo ya no quiero.

–Que lo quieras o no es la cuestión. Eres necesario.

–¿Lo soy? ¿Soy más necesario que mi poder y mi riqueza? ¿O es que mis puntos de vista, que me costaron el exilio, se han vuelto de pronto necesarios? ¿O acaso esperan que renuncie a ellos?

–Estoy segura de que podemos llegar a un término medio satisfactorio para todos.

–Si eso es todo lo que te autorizan a ofrecerme, déjame decirte lo que significa «término medio» para ellos: que me doblegue a su voluntad. Lo que quieren en realidad es que sostenga las políticas con las que estaba en profundo desacuerdo en el pasado. ¿A quién se creen que están engañando?

–Creo que ya no es momento para engaños –afirmó ella, suspirando.

–No te creo. Por ejemplo, supongo que el rey B no te ha dicho que no me necesita con tanta desesperación como dice. Olvidó mencionarte, seguramente, que hay dos hombres más que también son capaces de desempeñar el papel de rey, ¿no es así?

–La verdad es que sí me lo mencionó.

–¿Te ha hablado de Mario y de Ferruccio? –inquirió él con genuina sorpresa.

–No me dijo sus nombres. Sólo que siempre había habido tres candidatos a la corona, tú el primero.

–¿Te explicó por qué yo encabezo la lista?

–Me dijo que tú eras el menos problemático, el que menos lo odia a él y a Castaldini.

–Viejo zorro. Siempre dice lo justo para hacer que su lógica sea irrefutable, callándose el resto. Lo único que tengo yo y ellos no es mi posición en la familia real. Por eso, ellos quedaron fuera, porque la ley de sucesión no permite que lleguen al trono.

–¿Mario? ¿Mario D'Agostino, el hijo mayor del rey Benedetto? –preguntó ella, entendiendo de pronto.

Él asintió.

–Vaya. El hijo primogénito del rey. La ley impide que suceda al rey actual.

–Incluso cuando más lo necesitan, esos viejos anticuados no son capaces de pasar por alto una ley que debió haber expirado hace tiempo.

–En su defensa, tengo que decir que esa ley es lo que ha hecho que Castaldini sea uno de los reinos más estables del mundo.

–Y el más estancado.

–Tú mismo te aprovechaste de la ley, que exigía que el heredero no fuera hijo del rey –replicó ella–. Mario te parecía igual de buen candidato que tú, pero no moviste un dedo para cambiar la ley y darle, así, las mismas oportunidades.

Leandro se enderezó, con ojos relampagueantes.

–Eso me avergüenza. Y me avergüenza más todavía no haber visto mi error a tiempo. Pero ahora que tengo la oportunidad de enmendarlo, voy a hacerlo. Les reto a que dejen ganar al mejor.

–Creo que ellos piensan que ése eres tú.

–Sólo soy el mejor a sus ojos porque soy popular entre la gente del pueblo y porque soy el que mejor cumple los requisitos de las viejas leyes.

–¿No es eso un punto importante a tener en cuenta? ¿Acaso no tienes tú en cuenta esos mismos factores cuando eliges a los directores de tus empresas?

–Si alguna vez subo al trono, será para borrar las leyes que anclan Castaldini en el pasado. Empezaría asegurándome de que la gente pudiera decidir quién es mejor para el país sin tener que cumplir una lista de requisitos anticuados, humillantes y llenos de prejuicios en lo que al nacimiento se refiere.

Ella lo miró, digiriendo sus palabras.

–¡Eres un reformista social!

–Lo dices con repugnancia, como si estuvieras diciendo que soy un mujeriego o algo peor.

–No es repugnancia. Es que me acabo de dar cuenta. Estoy sorprendida. Me han hecho creer que eras un revolucionario, pero no en ese sentido.

–¿En qué sentido, entonces?

–En el sentido de romper la estabilidad y el ecosistema del país.

–¿Y tú lo creíste?

–¿Por qué no? Eres impasible a la hora de absorber una nueva empresa y tus negocios consisten en desarrollos urbanísticos gigantescos.

–¿Y qué? Mis logros están prosperando. Pregúntale a las empresas que llevan más tiempo bajo mi sello, te dirán que no cambiarían nada. En cuanto a los proyectos urbanísticos, los llevo a cabo en lugares donde promueven el desarrollo social y no afectan al ecosistema, después de cuidadosos estudios previos. No voy por ahí trazando urbanizaciones a diestro y siniestro y agotando los recursos naturales.

Phoebe creyó todo lo que decía. Y debió haberlo dejado estar, pero no pudo evitar añadir:

–¿Y por qué iba a producirme repugnancia que fueras un mujeriego? No es asunto mío.

–¿De veras? Interesante –repuso él y puso gesto serio–. Pero no lo soy.

–¿Qué?

–No soy un mujeriego. Tengo demasiadas limitaciones para serlo.

–¿Limitaciones?

–Me canso enseguida, soy desconfiado, soy alérgico a los objetivos sin sentido…

–¿Acaso la gratificación física no es el objetivo de los hombres?

–¿Siempre vas por ahí lanzando acusaciones contra todo el género masculino o soy yo el único afortunado? Además, ¿es que niegas que las mujeres también le dan importancia a la gratificación sexual? ¿Vas a defender el viejo mito de que las mujeres sólo se fijan en los sentimientos y los hombres sólo quieren sexo?

–Ese mito ha sobrevivido al paso del tiempo y concuerda con la experiencia de la mayoría. Eso no significa que pueda aplicarse a todo el mundo.

–Te aseguro que no puede aplicárseme a mí. Y la gratificación sexual implica un montón de esfuerzo, soportar caprichos femeninos, exigencias y problemas.

–En otras palabras, va unida a un ser humano con sentimientos –comentó ella–. ¿Cómo puedes encontrar mujeres que no te molesten pidiéndote nada? ¿No te parece ilógico? Precisamente, tú, que criticas el gobierno de Castaldini de ser poco razonable.

–Lo que yo espero de las mujeres no afecta a generaciones presentes y futuras, por eso puedo permitirme ser todo lo poco razonable que quiera. No necesito hacer concesiones, tampoco, pues las artimañas femeninas ya no me afectan.

–¿Es que alguna vez te afectaron?

–Oh, sí, mucho.

A Phoebe estuvo a punto de salírsele el corazón del pecho.

¿Había estado él… enamorado? ¿Antes o después de estar con ella? Y le estaba contando todo eso… ¿por qué? ¿Para atormentarla?

De pronto, Leandro se inclinó hacia delante en el asiento y deslizó la mano sobre el pelo de ella, jugueteando con uno de sus rizos.

–Este color te queda muy bien, incluso más que tu color original, pero dime ¿por qué te has teñido el pelo? –preguntó él, intentando cambiar de tema.

Ella lo miró como si la hubiera abofeteado.

–¿Te refieres a por qué dejé de teñirme el pelo de rubio?
–¿El moreno es tu color natural? –preguntó Leandro, atónito.
–¿No lo sabías? Bueno, es lógico.
–¿A qué te refieres?
–No sabías nada sobre mí, parece ser.
–Sabía mucho de ti. Te conocía a la perfección.
–¿Estás hablando de conocer en el sentido bíblico? Qué original.
–Te conocía en todos los sentidos.
–¿Sí? De acuerdo, pongamos a prueba tus conocimientos. ¿O vas a decirme que tienes lapsus de memoria porque fue hace mucho tiempo?
–Tengo más memoria que una manada de elefantes.
–Y la misma capacidad potencial de arrasar con todo.
–Nunca he arrasado nada –protestó él.
–Claro que no. Eres demasiado organizado como para eso, te gusta planificar bien las cosas. O debería haber dicho invadir. Así actúas tú, tanto en lo personal como en los negocios.
–Por definición, una invasión es algo que encuentra resistencia. Yo no recuerdo más que… aceptación, ánimos a continuar. En lo personal, quiero decir.
–Le produces ese efecto a las personas que invades, debe de ser algo así como el síndrome de Estocolmo. Yo tardé un año en darme cuenta de lo que habías hecho conmigo.
–¿Qué hice contigo? –inquirió él, petrificado.
Phoebe meneó la cabeza y soltó una pequeña carcajada.
–Ni siquiera te habías dado cuenta de que me teñía el pelo.
–Eso me convierte en un… ¿insensible? ¿Negligente, tal vez? ¿Qué más cosas se supone que te hice?
–Vives en un universo donde tú eres el protagonista, ¿no es así? Las demás personas no son más que peones para ti.
–¿Por qué dices eso? Tú sabes que, entonces, no era verdad.
–No pretendo criticarte ni echarte la culpa…
–¿No? Pues tienes una manera muy extraña de no hacerlo. Por cómo lo dices, yo te parecía un bastardo egocéntrico y explotador. Ahora que lo pienso, recuerdo un comentario que me hiciste antes de desaparecer de mi vida. Algo sobre lo absorbido que estaba conmigo mismo. ¿Es ésa la explicación de cómo acabaron las cosas entre nosotros?

–Nuestra relación habría terminado antes o después, y tú lo sabes. Fue mejor para los dos…

–¿Por qué no hablas por ti misma?

–Bien, pues fue mejor para mí no quedarme contigo para experimentar el deterioro de la relación antes de que llegara a un inevitable final desagradable.

¿Estaba Phoebe diciendo que sus acciones sólo habían estado guiadas por el interés personal?, se preguntó él. ¿O habían sido una forma de protegerse nada más?

¿Por qué seguía dándole vueltas a lo mismo?, se reprendió Leandro. Aquello era agua pasada. El presente era lo que tenía delante.

E iba a centrarse en el presente, se dijo Leandro. Y, cuando llegaran a su final en esa ocasión, él no se pasaría ocho años más agonizando y rompiéndose la cabeza para comprender el porqué. Las razones serían de su propia cosecha. Y él marcaría el tiempo.

Leandro se puso en pie. A Phoebe se le encogió el corazón al contemplar su fuerte y alta figura. De pronto, comenzó a sonar la música, entrelazándose con la cacofonía de sus recuerdos.

Y Leandro le tendió la mano, con una mezcla de invitación y autoritarismo.

–Baila conmigo.

Eso mismo le había dicho él la noche que se habían conocido, recordó Phoebe. Incluso antes de que los hubieran presentado. Leandro la había tomado entre sus brazos y ella había sentido que volaba. Luego, él la había besado y eso había cambiado el rumbo de su vida para siempre.

En ese momento, estaba pasando lo mismo. Él la estaba rodeando con todo su cuerpo, moviéndose con ella, dominándola como si controlara todas sus terminaciones nerviosas. Los dos, convertidos en uno solo… de forma mágica.

De repente, Leandro la impulsó unos pasos atrás, agarrándola de la mano, la hizo girar y volvió a apretarla contra su pecho, en un abrazo que hizo que ella se emocionara hasta el borde de las lágrimas.

Phoebe empezó a temblar. Los recuerdos de su intimidad juntos eran demasiado vivos, encendían su pasión… Y los ojos de él la

miraban como dos hogueras.

–Leandro, yo… yo…

Él no le dejó encontrar las palabras. La levantó del suelo, haciéndola sentir como si fuera una pluma. Y la apoyó en su pecho, donde ella se había acurrucado en el pasado durante horas, bajo el que se había retorcido de placer, con el que no había podido dejar de soñar durante los últimos ocho años.

Phoebe gimió sin poder evitarlo, dándole la bienvenida. Los ojos de él brillaban de voracidad, dos volcanes en erupción. Ella deseó que la devorara, que la hiciera pedazos.

Pero Leandro no hizo más que mirarla, transmitiéndole un mar de sentimientos. ¿Por qué no la besaba?, se preguntó Phoebe. ¿Qué quería él a cambio, además de su rendición total?

Phoebe sucumbió. Le agarró de la cabeza y tiró hacia ella. Leandro gimió desde lo más profundo de su ser y se acercó a los labios entreabiertos de ella. Ella lo besó, devorando su aliento incendiario. Pero él seguía sin besarla.

–Por favor… –rogó ella al fin.

Aquella súplica pareció derrumbar lo que fuera que lo había detenido hasta ese momento. Leandro la besó con pasión, con profundidad.

Sí… sí… Leandro…

Leandro. Desde el primer momento, todo en él había ido más allá de la lógica, más allá de la frontera del bien y del mal, se dijo Phoebe.

El cuerpo de Leandro le confesó cuánto la había echado de menos, apretándose contra ella, demostrándole la fuerza de su erección. Ella lloró en su interior, emocionada, recordando sus encuentros pasados, lista para recibirlo de nuevo.

Entonces, de pronto, Leandro se apartó. Ella gritó como si la hubiera partido en dos y lo buscó con la boca, necesitando el aliento de él para respirar, necesitando los latidos de su corazón para poder seguir viviendo. Él dejó que ella lo atrapara entre sus manos y enterró el rostro en su cuello, en sus pechos…

–Lo haré –rugió él.

–¿Quieres decir que aceptas la sucesión al trono? –preguntó ella, tambaleante.

–Tendremos que esperar para ver si la acepto. Pero volveré a

Castaldini. Con una condición.

–Yo… sabía que impondrías tus exigencias –dijo ella, temblando.

–Una exigencia nada más. ¿Sabes cuál es?

Ella se mordió el labio, poseída por la tentación y el deseo.

–Algo que tiene que ver conmigo.

–¿Qué otra cosa podría ser? Recuerda que soy un hombre que mezcla lo profesional con lo personal, tú misma lo dijiste. Vamos, adivínalo.

–Quieres que yo… que… –balbuceó ella, incapaz de continuar.

Leandro sonrió, haciendo que de nuevo ella se sintiera excitada… y asustada. Entonces, él susurró algo, suave. Y aniquilador.

–Hasta que decida si voy a aceptar la sucesión al trono, voy a quedarme en la casa de mi familia en El Jamida, en la costa oeste de Castaldini. Mi condición es que vivas conmigo allí.

Capítulo 5

–¿Vivir contigo?

Leandro se apartó. Llenó dos copas de champán y le tendió una a Phoebe.

–¿Alguna objeción a mi condición? ¿O es que no te gusta el término «vivir»? ¿Cómo prefieres llamarlo? ¿Sobrevivir conmigo? ¿Existir conmigo? ¿Ocupar el mismo espacio temporal conmigo?

Él la condujo a la mesa y los dos se sentaron en los relucientes taburetes de metal y satén rojo. Phoebe se sintió como si la hubiera conducido al borde de un precipicio.

Leandro acercó su taburete al de ella, rozándole la parte izquierda del cuerpo con su calor. Phoebe se quedó mirándolo con la misma fascinación que alguien observaba una catástrofe en plena acción.

–¿Qué te parece ser mi invitada y mi guía? He perdido el contacto con Castaldini y necesito que alguien me ponga al día de su situación actual. Ya sabes, lo que se dice en la calle, las preocupaciones cotidianas, la opinión pública respecto a todo, desde el deporte a la política.

¿Era eso lo que Leandro quería de ella en realidad? Phoebe sintió una extraña combinación de alivio y decepción.

–Puedo darte una lista de personas que serían mucho mejores para ese trabajo, castaldinos de nacimiento y educación que estarían deseando complacerte en todo lo que necesites.

–Yo te quiero a ti.

Phoebe se atragantó. Por la intensidad de él. Por el recuerdo de todo lo que podía haber sido y nunca sería. Leandro siempre la quería por las razones equivocadas.

–¿Por qué?

–Porque la mayoría de la gente no dudaría en embellecer la realidad o en mentirme directamente para conducirme a tomar la decisión que ellos desean. Tú eres la única capaz de conseguirme información objetiva. Y necesito la verdad antes de tomar una

decisión.

Aquello no sonaba como una razón equivocada, pensó Phoebe. Sonaba muy bien. ¿Demasiado bien como para ser verdad? Igual no era la única razón.

Sólo había una manera de averiguarlo.

–Y, además de necesitar mi visión y mi candor para iluminarte, ¿también quieres retomar nuestra relación donde la dejamos?

–Sí.

Esa única palabra hizo que a Phoebe se le cayera media copa encima. Leandro le tomó la copa de la mano y luego le tomó los dedos húmedos y los chupó.

–No hay palabras suficientes para decirte lo mucho que te deseo. Nunca las hubo. Y no me cabe ninguna duda de que tú me deseas a mí con la misma fuerza. Ahora somos adultos más complejos y nos conocemos mejor a nosotros mismos y al mundo. Y eso no ha hecho más que aumentar la atracción que sentimos.

Él le soltó la mano después de hacer pedazos la poca lógica y resistencia que le quedaban a Phoebe.

–Pero sólo estoy diciendo lo que pretendo. Esta vez, no pienso arrastrarte a la cama. Depende de ti cuándo decidas venir a mí.

–¿Y si decido que nunca?

Él le dedicó una mirada serena, como queriendo ponerla a prueba. Pero lo cierto era que ella ya se había rendido. Quería ir a él. Y en ese instante.

Phoebe buscó algo que decir que no fuera mentira pero que tampoco la convirtiera en una tonta.

–¿Y qué me dices de las especulaciones que levantaría tu propuesta? ¿No te importa lo que tus posibles futuros súbditos piensen de tu conducta?

–Claro que no. Tendrás un puesto oficial de la más elevada categoría –continuó él–. Lo que nosotros decidamos añadir a tus tareas es cosa nuestra. Ambos somos libres y adultos y no tenemos por qué preocuparnos por lo que piense la gente.

–No era eso lo que pensabas en el pasado, cuando estabas obsesionado con mantener en secreto nuestra… aventura –señaló Phoebe y creyó ver un ápice de dureza en los ojos de él.

–Mis razones para mantenerlo en secreto han dejado de existir.

Sí, eso ella ya lo sabía. Leandro ya no debía preocuparse porque

su relación pudiera perjudicar su subida al trono. En esa ocasión, el consejo se lo daría aunque él tuviera todo un harén.

–Y, como nosotros y las circunstancias hemos cambiado, nos debemos a nosotros mismos explorar la atracción que sentimos al máximo, sin las restricciones que suponía nuestra antigua situación.

–Así que de eso se trata. De explorar la atracción que sentimos. Ya. ¿Y no tiene nada que ver con tu manía por imponer siempre tu voluntad, después de todos estos años?

–¿Es que crees que se trata de una especie de… venganza?

–¿Por qué no? Eres un hombre acostumbrado a que todo el mundo te complazca. Tanto Castaldini como yo te fallamos en eso. Ahora quieres la revancha.

–Sigues pensando que soy de los que se vengan, ¿verdad? No, Phoebe, esto no tiene nada que ver con imponer mi voluntad, ni sobre ti ni sobre Castaldini. Es sólo lo que quiero. Lo que deseo ardientemente.

Phoebe se obligó a tragar, pensando que el corazón iba a salírsele por la garganta.

–Pero si dices que es una condición necesaria para que vuelvas a Castaldini, entonces parece un chantaje, más bien.

–Es una declaración de intenciones. De todas maneras, ¿qué razón tienes para negarte? Está claro que ninguno de tus amantes ha estado a mi altura.

Leandro hizo una pausa. ¿Estaría esperando que ella lo confirmara?, se preguntó Phoebe. Podía esperar toda la vida.

–Yo no he encontrado a nadie que pueda compararse a ti tampoco –continuó Leandro–. Y eso que la imagen que guardo de ti es menos impactante que la mujer en que te has convertido ahora. En el presente, apenas me atrevo a imaginar cómo sería nuestra unión. Pero pretendo averiguarlo. Tengo que hacerlo. Y creo que tú también lo necesitas. Y los dos deberíamos aprovechar cada segundo de tiempo que tengamos.

Phoebe se esforzó por salir a la superficie para tomar una última bocanada de aire, antes de dejarse arrastrar al fondo de las tinieblas.

–Genial. Has dejado muy clara cuál es tu postura respecto a mí –dijo ella y tomó aliento–. En cuanto a tu postura respecto a Castaldini, admito que me dejé llevar por mis prejuicios cuando

pensé que serías lo peor que podía pasarle al país. Pero sigo creyendo que eres más un contratiempo que una ayuda. No me malinterpretes, creo que con los métodos que utilizaste para construir tu imperio financiero y con tu forma de pensar, serías un gobernante formidable. Pero no creo que seas el más apropiado para Castaldini.

Leandro rió con fuerza. Luego, se secó los ojos, llorosos de tanto reír.

–Ah, Phoebe, con cada palabra tuya siento más dudas. ¿Hablas como embajadora de Castaldini, sabiendo que tus acusaciones no harán más que empujarme a aceptar el reto? ¿O lo dices sólo por tu instinto de pelea y eres tan poco profesional como me acusas a mí de ser?

–Me encantaría decirte que es por la primera opción. Pero no puedo –afirmó ella y lo miró con gesto huraño–. Me distraes demasiado.

–¿Así que te estás dejando llevar por tu instinto de pelea y por tu poca profesionalidad?

–Muy a mi pesar, aunque no sea nada diplomático admitirlo. Creo que eres increíblemente poderoso e inteligente. Pero también eres obcecado y poco flexible. Podrías ser un rey magnífico si tuvieras en cuenta otros puntos de vista diferentes al tuyo, si pudieras templar tu forma de pensar y tus métodos. Si no lo haces, tu gobierno supondría el final de la monarquía.

–¿Y todavía te preguntas por qué sólo me sirves tú? –indicó él y la tomó en sus brazos de nuevo.

Lo único que Phoebe quiso hacer fue frotarse contra él, olerlo, besarlo, saborear su virilidad y olvidarse de todo lo demás.

Leandro la sentó en su regazo y tomó su rostro entre las manos con gran gentileza. Todo dentro de ella se encendió.

–¿Y que yo esté a tu servicio es condición indispensable para que vayas a Castaldini?

–Sí. Tienes que entender una cosa, Phoebe. Tengo la intención de darle una oportunidad al consejo, pero si rechazas mi condición, me sentiré aliviado, pues con eso tu misión habrá terminado. Y, sin la excusa del deber por medio, te haré mía de nuevo mucho más pronto.

–Entonces, no vas a tomarte muy en serio la propuesta de subir

al trono –dijo ella–. Es sólo un pretexto para lo que quieres de veras.

–Siempre le dedico a cualquier empresa mis mejores intenciones para obtener los mejores resultados posibles. Pero tienes razón. Lo que realmente quiero eres tú. En el pasado, sabías lo mucho que te deseaba. Eso no es nada comparado con cómo te deseo ahora. Antes puse el deber y las expectativas de los demás por delante de mis propios deseos. Pero he aprendido de la experiencia y ahora sé lo que de veras me importa. Tenerte, saciar mi hambre de ti, es mi prioridad número uno. Cualquier otra cosa es secundaria. Depende de ti. Pero, elijas lo que elijas, voy a hacerte mía de nuevo. Depende de ti que lo haga dando otra oportunidad a Castaldini al mismo tiempo o no.

–¿Es inútil resistirse, verdad?

Él le acarició la oreja con los labios, le recorrió la mandíbula y el borde de la boca, antes de llegar a sus labios temblorosos. Un contacto de alta tensión.

–¿Quieres resistirte? ¿Crees que debes hacerlo? ¿Por qué? ¿Con qué fin?

Leandro sabía tan bien como ella que no podía resistirse, se dijo Phoebe. Eso no significaba que no pusiera sus propias condiciones. Algo que no le hiciera sentir como si estuviera saltando de un avión sin paracaídas.

Phoebe detuvo las caricias de los labios de él con un beso. En los brazos de la pasión, a punto de rogarle que la poseyera en ese instante, allí mismo, Phoebe apartó la boca y pronunció las palabras que, hacía apenas unos minutos, había pensado que nunca diría.

–Te deseo, Leandro –admitió Phoebe y enterró la cara en el cuello de él, admitiendo que su atracción era mucho más fuerte que ella misma. Le rompía los esquemas y anulaba su raciocinio. Pero ya no le importaba. Lo deseaba. Contra toda lógica–. Y sí… te deseo más que nunca. Pero no hay prisa, ¿verdad?

Phoebe levantó la cara hacia él y supo lo que él vería en ella: vulnerabilidad, nerviosismo, rendición, excitación… deseo.

–Te tomo la palabra respecto a eso –añadió ella.

–Y yo siempre cumplo mi palabra, Phoebe. No te arrastraré a mi cama. Tú vendrás a mí esta vez.

Phoebe cerró los ojos, dejando que las palabras de él le robaran

el último resquicio de cordura. Se sintió maravillada al pensar lo mucho que habían cambiado las cosas en unas horas. Había ido allí con la intención de exponer sus argumentos, mantenerse alejada de él y correr a Castaldini para ocultarse hasta que él tomara una decisión. En ese momento… sólo quería ocultarse entre sus brazos.

Entonces, Leandro se puso en pie, la levantó de la banqueta y la llevó flotando de nuevo a la pista de baile.

Tras una eternidad de lánguido y erótico tormento, Phoebe sintió su susurro en el cuello.

–Tengo otra promesa, *bella malaki*. No me apresuraré, pero no habrá ni un momento en que no te demuestre lo mucho que quiero tenerte entre mis brazos y en mi cama.

Capítulo 6

¿Era posible que un hombre creciera, amasara una experiencia y una fortuna inmensas y no tuviera ni un ápice de buen juicio o de contención? ¿Era posible que siguiera siendo el mismo tonto de siempre?, se dijo Leandro.

Sumido en sus pensamientos, dejó escapar una exhalación, estremeciéndose mientras miraba a la causa de su pérdida total de control. Ella le mostraba la elegancia de su perfil, sus hermosas pestañas y su mirada plateada, iluminada por la claridad del horizonte mientras conducían por la costa hacia la capital, Jawara.

Qué bella. Su belleza había sido la única capaz de dominarlo y de hacerle perder el control. La belleza de Phoebe era capaz de hacer perder la cabeza a cualquiera, pensó.

Durante todo el viaje a bordo de su avión privado, Phoebe había intentado hacer que fluyera la comunicación, hablar de cosas superficiales y de fácil conversación, y él se había esforzado por imitarla.

Pero no había servido de nada. Había demasiada tensión y demasiada pasión entre ellos. Demasiadas expectativas, demasiado… Demasiado.

Para colmo, cuanto más se acercaban a Castaldini, más difícil le estaba resultando a él mantener la estrategia que había ideado. Había mirado su isla por la ventana cuando el avión había empezado a descender y había sentido una presión en el pecho, un nudo en la garganta, lágrimas en los ojos.

En la limusina, maldijo para sus adentros por lo mucho que le costaba estar allí, por cómo tenía el estómago en un puño. Era sólo una isla, sólo un país hermoso más con un bello paisaje y un clima excelente. Disfrutar de las vistas no le haría ningún daño.

Pero sí le hizo daño. Leandro sintió el corazón en un puño cada vez más apretado, mientras iban adentrándose en Castaldini. Durante ocho años, había vivido con la certeza, la desesperanza, de que nunca volvería a pisar esa tierra.

No había imaginado cómo se iba a sentir al hacerlo. Había creído que hacía tiempo que había dejado atrás los sentimentalismos y que su tierra había dejado de representar nada importante para él.

Leandro meneó la cabeza, decepcionado consigo mismo, sucumbiendo a una tormenta de sentimientos que había creído que nunca volvería a albergar… por la tierra que lo había repudiado y por la mujer que lo había abandonado.

Sí. Era un tonto incurable. En mucho sentidos.

En la limusina, Phoebe mantuvo la mirada en el paisaje de Jawara.

Probablemente, era la única capital del mundo que no tenía ningún edificio construido después del siglo XVIII. Su mezcla de arquitectura gótica, barroca y morisca se consideraba la mejor conservada del mundo. O, al menos, así había sido en el pasado.

Los programas de restauración habían sufrido recortes en los últimos veinte años, pues los fondos habían tenido que ser canalizados a necesidades más acuciantes. Y los castaldinos se quejaban del declive de su legado histórico.

Mientras se acercaban al casco antiguo, presidido por el enorme palacio real, en lo alto de una colina, Phoebe se dio cuenta de algo. Aquel lugar se estaba volviendo viejo y gastado. Igual que su gobernante. Por eso, era imperativo que un nuevo rey tomara las riendas. Un hombre poderoso como Leandro sería la salvación para Castaldini en muchos sentidos.

Entonces, Phoebe lo miró. Nunca se cansaba de mirarlo. Nunca se cansaría. Pero, en ese momento, una preocupación la inquietaba más que nada. ¿Cómo vería él el lugar? ¿Tendría la misma magia y el mismo potencial a sus ojos que para ella? ¿O lo vería con una sombra de amargura y con el ojo crítico de un experto en desarrollos urbanísticos? ¿Cómo se sentiría él mientras se acercaban al palacio real? En el pasado, Leandro había soñado con vivir allí y había visto sus sueños violentamente despedazados.

Pasaron junto a la Librería Nacional, el Museo Real, las salas de ceremonias y las oficinas gubernamentales, de camino a las estancias reales y a la sala del trono.

Phoebe no había conocido ni la cuarta parte de las más de mil

habitaciones del palacio. Sólo había visitado las salas más famosas por su decoración y su diseño y las estancias del rey y la reina. Había tenido la oportunidad de hacerlo con Julia hacía tres años. Aquellas habitaciones habían sido, sin duda, dignas de verse, rebosantes de majestuosidad, aunque un poco descuidadas.

Por otra parte, sin embargo, Phoebe se lamentaba de haber visto los aposentos reales. Se había quedado para siempre con su imagen en la memoria y sabía que, algún día, pertenecerían a Leandro, si él aceptaba la sucesión al trono, y a la mujer con la que él decidiera casarse.

Phoebe había dejado de engañarse soñando que esa mujer sería ella. Se preguntó cómo había podido albergar la esperanza de serlo alguna vez. Sin duda, ella no tenía madera de reina. Pero, en el pasado, no había pensado en eso. Lo único que había querido había sido estar con Leandro. Nunca había pensado lo que significaría estar con él cuando él se convirtiera en príncipe heredero y en rey.

Phoebe imaginó los aposentos reales reformados para la nueva pareja, el rey y la reina, sabía que había una habitación que los conectaba, con una cama de matrimonio con dosel, en la que Leandro y su… su…

Con brusquedad, Phoebe intentó no pensar en ello y apartó los ojos de Leandro. Pero no sirvió de nada. Podía seguir imaginándolo, llevado por la pasión, igual que había estado con ella hacía años. Aunque con otra mujer. Leandro. Rugiendo de placer, excitado al límite de la locura por las caricias de otra mujer, su cuerpo magnífico sobre el de ella, ondulándose a las puertas del éxtasis, hundiéndose en ella, derramándose…

Phoebe se mordió el labio e intentó dejar de temblar. Era un estúpida por pensar esas cosas. En esa ocasión, él se había propuesto hacerla arder y fundirse en sus propias llamas. ¿Acaso ella iba a ponérselo más fácil todavía?

La limusina se detuvo ante las puertas que conducían al despacho del rey. Phoebe se sintió aliviada por la explosión de actividad que surgió a su alrededor cuando Leandro salieron del coche. Docenas de personas los rodearon para ofrecerles sus saludos y abrirles las puertas.

–*Per Dio*, este sitio se está cayendo a pedazos –comentó Leandro cuando se hubieron quedado a solas.

Phoebe frunció el ceño. El palacio no estaba en buena forma. El rey Benedetto no había hecho ninguna renovación, ni reparación, desde hacía demasiado tiempo. Ella se preguntó si la falta de interés del rey en preservar sus propias estancias sería, tal vez, una forma de guardar luto por la muerte de su esposa y la ausencia de su hijo mayor. ¿Y de su decisión de enviar a Leandro al exilio?

El secretario del rey interrumpió sus elucubraciones. Les informó de que el rey esperaba a Leandro en la sala del trono.

Antes de entrar, Leandro echó otro vistazo a su alrededor con mirada sombría.

–Parece que los edificios viejos también se consideran una tradición a preservar en Castaldini –le dijo Leandro a Phoebe–. Te va a costar mucho convencerme de que Castaldini no está anclado en el pasado. Incluso yo diría que está yendo hacia atrás en el tiempo.

Phoebe le apretó el brazo, ansiosa por atenuar su decepción.

–Creo que el estado en que están estas habitaciones es resultado del estado de ánimo del rey Benedetto. Aunque eso tampoco mejora las cosas.

–No sería tan malo si no fuera porque toda Jawara está en el mismo estado.

–Jawara no está tan mal como esto –le rebatió ella.

–Espero que no, porque esto está… *Dio*, esto es inaceptable –protestó él–. Espero que tengas razón al decir que estas habitaciones están peor que el resto y que, cuando la vea de cerca, Jawara no me parezca tan deteriorada. La verdad es que has tenido razón en muchas cosas. Para empezar, cuando me dijiste que yo era castaldino me gustara o no. Al volver a poner el pie en mi país me sentí como si estuviera regresando al peor día de mi vida, pero eso no fue nada comparado a lo que sentí al adentrarnos en sus calles, al ver menguada la majestuosidad del lugar y comprobar que mis peores temores se habían confirmado.

Phoebe podía decirle que las cosas no estaban tan mal. Que él podía mejorarlas. Pero se quedó sin palabras. No podía soportar verlo así… tan abatido.

Entonces, ella hizo algo que nunca creyó que haría. Lo rodeó con sus brazos y lo abrazó. Sin más, lo abrazó. Con todas sus fuerzas, transmitiéndole toda su empatía y compasión.

Phoebe estaba a punto de apartarse, pero él la abrazó también, con fuerza. Cuando Leandro la dejó volver a respirar, ella parpadeó para disimular su agitación. Leandro apoyó su frente en la de ella y la acarició, como un poderoso león mostrando afecto a su compañera.

Entonces, el susurró de él la envolvió con su suavidad y su sensualidad. Con su sinceridad.

–*Grazie, tesoro mabuba,* lo necesitaba.

Leandro la dejó temblando ante sus cariñosas palabras, pues la había llamado amado tesoro. Entonces, le tendió el brazo y ella parpadeó.

–Les has conseguido el premio que querían, aunque no valía tantos esfuerzos –dijo él con tono de broma–. No me digas que vas a dejarme presentarme ante mis depredadores sin escolta.

Capítulo 7

–Leandro*, il mio figlio, sed benvenuto*.

«Bienvenido, hijo mío».

Phoebe se encogió mientras le parecía que las palabras del rey Benedetto resonaban en todos los resquicios de la sala del trono.

El rey estaba subrayando el significado y la naturaleza oficial de su reunión, además del respeto y el afecto que sentía por Leandro, al recibirlo allí. Gran error, pensó Phoebe. Ella hubiera preferido que lo recibiera en sus aposentos privados. Y hubiera preferido que fuera una reunión cerrada, de forma más personal.

Por si fuera poco, el rey todavía tenía que complicar más las cosas, dándole la bienvenida a «casa» y llamándolo «hijo».

Phoebe contuvo el aliento, temiendo la respuesta de Leandro. ¿Qué estaría el pensando? ¿Qué estaría sintiendo? Ella recordó cómo lo había encontrado hacía ocho años, hundido en la angustia de haber perdido sus objetivos y su identidad. ¿Sería para él suficiente la bienvenida a lo que el rey llamaba su hogar, el palacio?

Leandro cruzó las manos y se las llevó al corazón en un gesto típicamente castaldino.

–*Grazie molto*… –dijo Leandro y le hizo a Phoebe un gesto rápido con las cejas– rey B.

La gran sala se llenó de gritos sofocados, como un vendaval soplando en un bosque de hojas caducas. Los presentes se quedaron tan conmocionados como si Leandro hubiera hecho algún gesto obsceno. Todos, menos el rey. No era fácil adivinar lo que pensaba el rey en la distancia, pero Phoebe percibió su reacción. De alivio. Debía de haber estado preparado para recibir una respuesta mucho peor que aquel irreverente saludo.

A Phoebe se le hizo un nudo en la garganta. ¿Estarían reabriéndose sus heridas y borrándose sus intenciones de negociar?

Entonces, Leandro le hizo un guiñó con gesto cómplice, antes de volver a mirar al rey.

–Este sitio está abarrotado. ¿Y si reducimos… –comenzó a decir Leandro, recorriendo con la mirada a los miembros del consejo– la producción de dióxido de carbono?

Hubo más exclamaciones de protesta. Él meneó la cabeza.

–Es mejor que hagas algo rápido. Los niveles de oxígeno están bajando a ritmo vertiginoso.

A Phoebe le dio un salto el corazón. Pero fue de emoción. Estaba disfrutando de lo lindo. Durante todos esos años, había amado y había deseado a Leandro y nunca había sospechado lo malvada y deliciosamente ingenioso que era.

Ella tenía ojos sólo para Leandro, mientras él estaba parado en medio de la inmensa y opulenta sala, eclipsándolo todo, sin mostrarse afectado por las quejas de los miembros del consejo mientras obedecían la seña silenciosa del rey, ordenándolos salir.

Cuando las puertas se hubieron cerrado detrás del último miembro del consejo, Leandro le dio la mano a Phoebe y caminó con ella hasta el final de la alfombra roja que conducía al trono tallado en madera y al hombre que lo ocupaba.

–Tienes buen aspecto –murmuró Leandro.

El rey cerró los ojos. Cuando los abrió, estaban más brillantes que antes. Su voz reflejó su agitación.

–No espero que seas cortés conmigo, Leandro, ni amable.

–Me han llamado muchas cosas –repuso Leandro y lanzó una mirada provocativa a Phoebe–. Pero nunca me habían llamado amable. Esperaba encontrarte en mala forma, después de lo desesperadamente que habéis intentado que vuelva. Ahora, me pregunto por qué me has hecho venir. A mí me parece que estás lleno de vitalidad. ¿Cuál es tu juego?

–Puedo ser culpable de muchas cosas, algunas imperdonables, en lo que a ti respecta, Leandro, pero hay algo que nunca he hecho contigo: mentir. No estoy bien. Estás aquí porque te necesito. Porque Castaldini te necesita.

–Tienes a Mario y a Ferruccio. No soy la única opción –dijo Leandro, encogiéndose de hombros.

–Eres nuestra mejor opción.

–No necesito que me engorden el ego. Ya no cumplo con los requisitos de la vieja ley. Es hora de que los repases y te deshagas de los que han quedado obsoletos. Te da demasiado miedo hacer

cambios. Y los del consejo son un puñado de esnobs que no pueden ver más allá de los requisitos de linaje y nacimiento.

–Te he querido desde que naciste, Leandro. Osvaldo estaría muy orgulloso de ti si hubiera podido vivir para ver hasta dónde has llegado. Pero si yo no respetara las leyes, ¿no crees que habría elegido a mi propio hijo para sucederme?

–Claro. Si te atrevieras a acercarte a él. Pero no te atreves.

–Nos juzgas con demasiada dureza. ¿No se te ha ocurrido nunca que podemos haberte elegido por otra razón?

–¿Quieres decir que hay más razones, aparte de que Mario te odia y que yo soy el mal menor, incluso después de que me considerarais enemigo público número uno? Y ni siquiera has mencionado a Ferruccio. Sus pecados son todavía peores a tus ojos, ¿verdad? Es más fácil restaurar el título a un príncipe errante que cumple todos los requisitos que reclutar al hijo pródigo o, Dios no lo quiera, a un hijo ilegítimo.

Se hizo el silencio. Poco a poco, Phoebe comprendió. Hasta entonces, había estado dándole vueltas a qué Ferruccio podía cumplir los exigentes requisitos de la ley de sucesión. No había encontrado a ninguno dentro de la familia D'Agostino. El único hombre que ella había conocido en Castaldini, que estaba a la altura de Leandro y cuyo nombre era Ferruccio, era de la familia Selvaggio. Resultaba que ese Ferruccio era, también, un D'Agostino.

–¿No te resulta conveniente hablar de ello? –inquirió Leandro.

–Mario ni siquiera llamó cuando sufrí un infarto. No le importa si vivo o muero. Nunca aceptaría ser mi heredero –admitió el rey con desolación–. Y sí, el parentesco de Ferruccio lo hace ser muy… problemático. No sé cómo sabes que es un D'Agostino.

–Ferruccio me lo contó en secreto. No me dijo quiénes eran sus padres con exactitud. Yo me pregunté si tendrías las agallas necesarias para mandar la ley al diablo y pedirles a él o a Mario que fueran los herederos a la corona. Pero estás tomando el camino más fácil.

–No es eso, de verdad, Leandro. Una cosa es que haya rumores de que Ferruccio sea un D'Agostino y otra muy diferente es que sea válido para subir al trono. Podría ser imperativo divulgar su origen para que la gente supiera cuál es su verdadero apellido. Pero exhumar secretos enterrados podría provocar un efecto indeseado

en la familia. El consejo tuvo buenas razones para considerarlo la tercera opción.

–Entiendo –afirmó Leandro. Pero siguió sin gustarle–. Así que no lo haces por privarle de lo que merece, el reconocimiento de su apellido y su candidatura a la corona, sino que lo haces por miedo a que se tambalee la estabilidad de la familia y a herir la beata sensibilidad de las masas, ¿no?

–Los compromisos no son nunca totalmente justos ni aceptables. Pero es un hecho que ni Mario ni Ferruccio han querido nunca ser el rey de Castaldini. Al elegirte a ti, no les privo de algo que ellos quisieran.

Leandro meneó con la cabeza con resignación.

–Podemos seguir andando en círculos para siempre. Así que vayamos al grano. ¿Qué me hace, de pronto, digno de vuestro perdón?

–Siempre lo fuiste, Leandro. Pero tú sabes muy bien por qué me vi obligado a echarte del país.

–Lo sé muy bien. Te puse contra la espada y la pared.

–Te hiciste muy poderoso demasiado rápido, Leandro. Tenías objetivos demasiado abrumadores. Sobrepasaste tus propios límites.

–Ah, ¿así que ahora dices que yo estaba pasando una especie de crisis? ¿Pensabas que era demasiado poderoso como para dejarme actuar solo? ¿Por eso actuaste, para controlar los posibles daños que yo pudiera causar?

–Eso es –asintió el rey con gravedad–. Aunque tenías ideas valiosas, no querías tener en cuenta los matices de la realidad, ni si era apropiado implantar tus propuestas en nuestro entorno. Tú querías hacer las cosas a tu modo y lo querías de inmediato. Empezaste a actuar con una volatilidad que me sorprendió, pues no era típica de ti. Temí tu influencia en la comunidad internacional. Tú tenías la opinión exterior a tu favor y empezaron a presionar para que tus ideas políticas fueran puestas en marcha de inmediato y para que tú subieras al trono. Yo no había esperado que te pusieras en contra mía para hacerte con la corona.

Leandro preparó una respuesta letal.

–Y yo nunca había esperado que cometieras una injusticia para protegerte.

–Fue una de las decisiones más difíciles que he tomado. Con tu

pasión y tu poder, lo que proponías era más un golpe de estado que una sucesión. Quizá, tú pensabas que ibas a tenerlo todo bajo control, pero los enemigos de Castaldini se hubieran aprovechado de tus políticas revolucionarias y se habrían infiltrado en el país amparados por el pretexto de la globalización. Temí que, una vez que me dejaras de lado, tu reinado marcaría el comienzo del fin de Castaldini.

Phoebe le había dicho que lo creía capaz de causar tal desastre. Y su rey le acababa de repetir lo mismo. Leandro se quedó en silencio.

–¿De veras creías eso? –dijo Leandro al fin–. ¿De verdad temías que yo marcara el final de la monarquía?

–Sí –afirmó el rey con tristeza.

–¿Y qué ha cambiado ahora? Sigo siendo el mismo hombre.

–No eres el mismo. El tiempo te ha templado y lo mucho que te ha costado mantenerte en la cima te ha enseñado que existen múltiples puntos de vista. También has aprendido que es fundamental aplicar lo que funciona, no lo que tú crees que es lo mejor. Estoy seguro de que ahora, incluso a pasar de que tus opiniones no hayan cambiado, conoces los peligros y encontrarás el modo de hacer realidad tus ideas, protegiendo al mismo tiempo la soberanía de Castaldini.

Silencio. Entonces, Leandro soltó una carcajada que retumbó en los techos abovedados como un disparo.

–Eres bueno. De hecho, eres demasiado valioso como para abandonar el trono ahora. Tienes mucho más que ofrecer a tu pueblo.

–Siempre me has creído más valioso de lo que soy, no era posible igualar el concepto que tenías de mí, por eso sufriste tanto cuando te decepcioné. Pero cuarenta años de pruebas están empezando a pesarme demasiado. Voy a seguir al pie del cañón sólo el tiempo necesario hasta que pueda pasar el relevo. Tómalo tú ahora, Leandro. Me merezco descansar. Déjame hacerlo.

–Siempre que no te refieras al descanso eterno, el que se hace cuando te entierran.

El rey sonrió. Fue la primera sonrisa sincera que Phoebe le había visto esbozar desde que había sufrido el infarto.

La sonrisa de Leandro se desvaneció, pero sus ojos siguieron

llenos de… afecto.

–Déjame aclarar mi posición, mi plan. Me ocuparé de las amenazas inmediatas, incluso aunque tú creas que soy más peligroso que una bomba atómica. Luego, tendré que considerar tu propuesta mejor. Tengo que saber lo que implicaría tomar el relevo, para Castaldini y para mis propios intereses –señaló Leandro–. Y, aunque has conseguido algo que yo creía imposible, hacer que sea un placer volver a verte, sólo nos encontraremos de nuevo si decido aceptar el rol de príncipe heredero o regente. Si decido no hacerlo, me iré sin más.

Luego, Leandro se giró hacia Phoebe y le tendió la mano. Ella se la apretó, intentando ayudarle a salir del torbellino emocional en que sabía que se encontraba.

Leandro la acercó a su lado y se volvió hacia el rey de nuevo. La forma en que él la sujetaba era una manera de demostrar, por primera vez en la vida, la naturaleza de su relación ante los demás.

Con timidez, Phoebe miró al rey Benedetto y lo saludó, pues no había tenido ocasión de hacerlo antes. En sus ojos, encontró un gesto de aprobación.

–Tengo que darte las gracias por una cosa. Por enviarme a Phoebe –dijo Leandro–. Ella es la única persona que podría ayudarme a tomar una decisión así. La mejor decisión para todos –añadió y salió con Phoebe de la sala.

–Un obstáculo menos, *ariana 'yooni*.

Phoebe se estremeció. La había llamado «ojos de plata».

–Sólo queda uno más. Luego, te tendré para mí solo durante todo el tiempo que quiera –le susurró él al oído.

Phoebe se preguntó cuánto tiempo sería eso. ¿Pero qué más daba, si ella no tenía elección? Quería aprovechar cada segundo que pudiera estar con él. Aunque fuera por última vez.

El verdadero problema llegaría cuando no le quedara más remedio que dejar a Leandro. De nuevo. Y, en esa ocasión, para siempre.

Capítulo 8

Leandro estaba acostumbrado a ganar. Sólo se conformaba con la victoria. En cualquier cosa, frente a cualquiera. Y siempre empezaba triunfando sobre sí mismo.

Sin embargo, en esa ocasión, estaba perdiendo. Sus sentimientos estaban fuera de control. Debía mantenerlos raya, pues no quería infectar a Phoebe con su tensión.

Demasiado tarde. De camino a su destino, Leandro vio el reflejo de los dos en unos grandes espejos que había en la calle. Él parecía un hombre atormentado. Phoebe parecía una mujer de camino a la guillotina.

Y todo se debía al siguiente obstáculo, el que le quedaba por superar antes de tener a Phoebe para él solo. Su hermana.

Phoebe había insistido en que tenía que informar a su hermana de sus planes, explicarle la situación cara a cara.

Leandro tenía ganas de arrancar a esa tirana del trono desde el que había manejado la vida de su Phoebe. Quería sacarla de sus garras, aunque eso significara cortarle los tentáculos.

Leandro creía que gran parte del rechazo de Phoebe en el pasado había sido debido al miedo que ella había tenido a abandonar a su hermana. Él se había reído de la supuesta necesidad de Julia pero, con el tiempo, había comprendido que Phoebe creía que era una necesidad real. E interminable.

Leandro había visto a Julia dos veces. En ambas ocasiones, él había sentido pura animosidad hacia ella. Había tardado en comprender por qué: la frágil Julia representaba la tiranía del débil.

Y, en ese instante, estaban acercándose a los aposentos de dicho monstruo. Phoebe parecía tensa. Maldición, ¿la aterraba tanto poner sus propias necesidades por encima de las de su hermana que temía incluso dejarla durante unos pocos días?, se dijo él.

¿Unos pocos días? ¿Sería eso lo que Phoebe quería? ¿Y lo que quería él? ¿Cómo iba a poder darse por satisfecho? Con ella, nunca tenía suficiente. Nunca.

Él sólo quería estar con ella. Era un impulso tan elemental que escapaba a toda definición. Pero ¿y ella?

Tal vez, Phoebe seguía sintiendo que estaba obligada a ocuparse de su hermana. Quizá, lo que ella quería era estar con él, pero prefería no hacerlo. Leandro no pudo soportar pensar que él tuviera la culpa de que ella estuviera tan tensa.

Entonces, Leandro la agarró del brazo, la condujo por la puerta más cercana a una sala vacía y cerró las puertas tras ellos. Luego, posó las manos en los hombros de Phoebe. Ella lo miró con ojos alarmados, confundidos.

–Quiero quitar la condición que te puse. Quiero cambiar mi promesa. Me quedaré en Castaldini, escucharé tu opinión y me dejaré guiar por tu consejo. Encontraremos una manera de colaborar aunque vivamos en extremos opuestos de la isla.

Los ojos de Phoebe se llenaron de emoción. Parecía sentirse… ¿herida?

Leandro esperó su reacción. Al fin, ella habló, con labios temblorosos, en un susurro.

–¿Ya no deseas que yo… vaya contigo?

–Si te deseara más, tendríamos que ir a urgencias ahora mismo –repuso él, soltando una sonora carcajada.

–¿Entonces por qué retiras tu invitación?

–Porque no fue una invitación en realidad.

Los ojos de ella lo miraron llenos de emoción, sobrecogiendo a Leandro hasta lo más íntimo. La expresión de ella demostró comprensión y alegría.

Entonces, despacio, muy despacio, Phoebe se apretó contra él, con los labios entreabiertos hacia su boca.

–Pues hazme una invitación de verdad –susurró ella.

Leandro utilizó todo su autocontrol para no devorarla en ese mismo instante. Estaba paralizado. Pero eso no le impidió obedecerla.

–¿Quieres venir conmigo, Phoebe? ¿Por tu propia voluntad? ¿Quieres otorgarme el placer de tu compañía?

–Sí –dijo ella con voz suave, cargada de feminidad, y apoyó la cabeza en la camisa de él.

Leandro creyó que el corazón iba a salírsele del pecho en ese instante.

–Ahora prométemelo otra vez –pidió ella.

–Esperaré a que vengas a mí. Pero no dejaré de recordarte lo mucho que te deseo, lo maravilloso que será cuando decidas hacerlo.

–Tengo que verlo para creerlo –replicó ella, con una sonrisa provocadora.

–Lo verás –afirmó él, conteniéndose para no recorrerla con sus manos–. Y lo creerás. Cuando tú lo decidas.

–Oh, ya he tomado una decisión. Has tardado sólo veinticuatro horas en conquistarme. Pero necesito un poco más de tiempo para pasar a la acción.

–Tómate tu tiempo. Aunque no lo creas, tengo una resistencia impresionante –comentó él.

–Claro que lo creo. Me lo has demostrado. Espero que mi resistencia pueda estar a la altura de la tuya –repuso ella, riendo con alegría genuina–. Y yo no sé tú… pero yo estoy deseando despedirme ya para poder conocer tu casa –añadió ella, acariciándole el pecho con un dedo.

–Y yo me muero por verte dentro de ella.

–Vamos, pues –dijo Phoebe, tomándolo del brazo.

Sintiéndose como si tuviera alas, Leandro intercambió una sonrisa con ella y se apresuraron a ir a los aposentos de su hermana. Julia ya no le parecía un peligro.

Hasta que posó los ojos en ella.

Julia se parecía a Phoebe, aunque más pequeña y sentada en una silla de ruedas, como una reina rodeada de sus súbditos: Paolo, su marido, el puñado de hijos que ella le había dado y, por el tamaño de su vientre, pensaba seguir dándole, y un ejército de niñeras y criadas.

En cuanto Phoebe y Leandro entraron en el salón familiar, las dos niñas y los dos niños corrieron hacia su tía como cachorros excitados. Paolo le dedicó una sonrisa.

Paolo había mantenido el contacto con Leandro en la distancia. No habían sido amigos íntimos antes de su exilio, pero su amistad había ido creciendo con los años. Leandro lo apreciaba. Aunque no apreciaba la esposa que había elegido.

–¡Leandro! Me alegro mucho de verte en Castaldini –saludó Paolo, lo abrazó y lo besó en ambas mejillas–. Espero que esta vez

estés aquí para quedarte.

Leandro sonrió, apartándose con incomodidad. Estaba deseando dar por terminada la visita. Y fue directo al grano.

–Eso sigue en el aire –indicó Leandro y explicó su plan y el papel que Phoebe jugaba en él.

Cuando terminó sus explicaciones, Leandro tuvo una molesta sensación. Phoebe había clavado los ojos en él. ¿Había querido ella dar las explicaciones en vez de él? ¿Había empeorado las cosas sin querer, cuando sólo había querido ayudarla?

Leandro intentó comprender la reacción de Phoebe, que estaba rodeada de niños. Los pequeños parecían extensiones de su vida, de su carne. Y lo eran, en parte. Al verla así, él recordó los sueños que había tenido de formar una familia con ella, sueños a los que había renunciado cuando se habían separado…

Paolo interrumpió sus pensamientos.

–Espero que tomes la decisión correcta. Tú ya sabes lo que yo opino. Serías un rey excelente, Leandro.

–No hace falta que le hagamos la pelota todavía, Paolo. No sabemos si va a ser el príncipe heredero esta vez o si lo fastidiará todo de nuevo.

El silencio cayó como una lluvia ácida en el salón ante el comentario de Julia.

–Querida esposa, qué mala diplomática eres –replicó Paolo entonces, con una carcajada–. Parece que Phoebe se quedó con todo el tacto que había en los genes de vuestra familia.

–Sí, y no la envidio por el papel que le ha tocado.

Julia ni siquiera intentó disimular la enemistad que sentía por Leandro. Encantado, él se sintió con licencia para hacer lo mismo.

Sin embargo, en vez de darle ninguna lección a la tirana de Julia, lo único que Leandro quería hacer era sacar a Phoebe de allí. Y no dejarla regresar nunca.

–Oye, cariño, ¿por qué los niños y tú no le enseñáis esto a Leandro?

Leandro le mostró los dientes a Julia en la parodia de una sonrisa.

–Gracias, pero no. Nos vamos ya.

–Bueno, ya que no entiendes una indirecta, te lo diré de otro

Phoebe no pudo creer que Leandro sucumbiera a la invitación de Paolo y la dejara sola con Julia. Había creído que él iba a explotar. Había esperado una discusión entre las dos personas más importantes para ella, que se detestaban a muerte.

Julia la miró con gesto acusativo, acercando su silla de ruedas a ella. Luego, se puso en pie.

Phoebe se encogió. El esfuerzo que Julia tenía que hacer para levantarse siempre la dejaba traumatizada.

Entonces, con más esfuerzo todavía, Julia dio dos pasos hacia ella.

–Así que ése es tu secreto –murmuró Julia con voz furiosa y ofendida–. La razón por la que has estado congelada desde que llegamos aquí, por eso has hecho todo lo posible para evitar tener una vida propia.

–Tengo vida, Julia. Soy una persona y estoy viva…

–Phoebe, cállate. Estoy tan furiosa que me dan ganas de darte una patada en el trasero. Sigues pensando que soy una inválida, ¿verdad? ¿Sigues creyendo que tienes que protegerme de todo? ¿Qué puedo hacer para convencerte de que ya no te necesito como antes? Tengo el apoyo de la gente que me quiere. ¿Cuándo vas a dejar de dármelo todo y aceptar de una vez que yo también puedo darte a ti?

–Hermana, claro que tú puedes…

–No me des la razón como a los locos, Phoebe. No estamos hablando de mí, maldición. No soy el centro del universo, por todos los santos. Estamos hablando de ti.

–¿Qué pasa conmigo? Tengo una familia maravillosa que no deja de crecer, un palacio donde vivir, y el que no haya encontrado todavía al hombre adecuado…

–Ése es el problema, ¿verdad? Crees que lo encontraste hace diez años y, por eso, no le has dado una oportunidad a nadie más. Ni a Armando, ese pedazo de pan. Lo echaste a perder todo con él. Y todo es por ese ex príncipe de pacotilla, ¿no es así?

Phoebe hizo una mueca, entre molesta y divertida.

–Le han devuelto el título de príncipe esta mañana, por cierto.

–No te rías, esto es muy serio, ¿me oyes?

–Creo que toda la ciudad puede oír tus gritos, querida.

–¡No me llames querida o te insultaré! Todo este tiempo, me has

tenido en la sombra, mientras tú sufrías en silencio…

–¿Quién dice que sufría?

–Yo lo digo. Debí haber adivinado por qué era. El día de mi boda, cuando ese tipejo casi te hizo el amor en la pista de baile y te llevó luego a la terraza, reapareciste luego como si te hubiera cambiado la vida. Al verte así, me preocupé por ti. Me pasé la mitad de la noche de mi boda interrogando a Paolo sobre él. Paolo me dijo que respectaba a Leandro como príncipe y como empresario, pero que como hombre era el más frío del mundo. Quise hablar contigo cuando regresé de la luna de miel, pero tú lo negaste todo, como si no hubieras vuelto a verlo. ¿Seguías viéndolo en secreto, verdad?

–No todo el tiempo, Julia. Él no vivía en Castaldini, ¿lo recuerdas?

Julia se dejó caer de nuevo en la silla de ruedas, furiosa.

–¡Me engañaste como a una tonta, haciéndome creer que ni un dios del Olimpo podría llegar a tu corazón! Yo estaba en baja forma en esos tiempos y lo dejé pasar. Cada vez que me dabas motivos para sospechar que algo andaba mal contigo, yo me convencía de que no podía ser eso. Pero Paolo comentaba, a veces, que cómo era posible que Leandro pudiera venir a Castaldini con tanta frecuencia. Venía para verte, manteniéndote como un sucio secreto, obligándote a mentirme a mí y a todos, ¿no es verdad? Ahora ha vuelto y quiere jugar un poco más contigo… ¡Bastardo!

Así que no había sido lo bastante buena actriz, se dijo Phoebe. Bueno, era hora de destapar la verdad. Suspiró.

–Hablas como si hubiera sido una menor seducida por un libidinoso, Julia. Él no me obligó a nada.

–¿Pero ahora sí te está obligando, no? Dime que sí. No puedes ser tan estúpida como para tropezar dos veces con la misma piedra.

–No es tan malo como crees, Julia. De hecho, estoy descubriendo que es muy, muy bueno.

–Oh, no. Ya te ha lavado el cerebro otra vez.

–Quizá, pero aunque no lo creas estoy emocionada con lo que está pasando. Voy a hacer de enlace entre él y Castaldini y creo que puedo prestarles un gran servicio a él y al país.

–¡Ése no es tipo de servicio que él espera de ti!

–Ah, ya lo sé –repuso Phoebe, riendo–. Pero te aseguro que no le

hace falta obligarme a nada.

–Me parece que sí habrá que obligarte a apartarte de él.

Phoebe rió otra vez. Julia la conocía muy bien. Aunque ella sabía que, cuando llegara el momento de separarse, se iría sin rechistar.

–¿Y qué tiene de malo estar con el hombre que más me ha gustado nunca?

–¿Quieres que enumere todo lo que tiene de malo? Uno, no estáis en condiciones de igualdad. Él quiere entretenerse, tú quieres compromiso, algo serio, para siempre…

–Julia, lo dices como si fuera una aburrida –le interrumpió Phoebe, dando un respingo.

–Como quieras. Lo entiendo, de verdad. Yo amo locamente a Paolo y, aun así, me dejé impresionar por Leandro. Cuando entró en la habitación y habló… vaya. El hombre tiene un gran poder de seducción, no lo niego. Y te comprendo. ¡Pero debes resistirte a la tentación del lado oscuro!

–¿Así que ahora me enfrento al regreso del Jedi? –bromeó Phoebe–. Oh, Julia, siento no habértelo contado en su momento. Pero soy yo quien tiene que elegir, ahora igual que antes. Y yo quiero hacerlo. Y, cuando me vaya, no te atrevas a volcar tu frustración contra Paolo, ¿me oyes? Pórtate bien o te enviaré a Stella.

A Julia se le encendió la mirada al oír el nombre de la mujer que, una vez, había intentado destruir su matrimonio con Paolo.

–Eres una manipuladora nata, ¿verdad? Y yo que no lo sabía…

–Tengo muchos talentos ocultos.

–¿Y cuánto vas a esperar para ser tú misma?

Julia hizo la pregunta con sinceridad. Y a Phoebe se le quitaron las ganas de seguir fingiendo ligereza.

–Nada. Empezaré yéndome al oeste con Leandro, disfrutando de cada día.

–No me engañas. Ya has hecho eso antes con él.

–Oh, era diferente –afirmó Phoebe. En el pasado, había saltado hacia lo desconocido con él. En el presente, sabía bien dónde se estaba metiendo–. Esta vez, al fin tomaré carrerilla para emprender la vida que debí haber emprendido hace años.

Antes de que Julia pudiera responder, Phoebe le dio un abrazo

de oso y escapó por la puerta por la que habían salido Leandro, Paolo y los niños.

Al final de los jardines, encontró a Leandro, la única cosa que Phoebe deseaba tener en el mundo. Y, por la forma en que él la miró, hubiera jurado que también ella era su más absoluta prioridad.

De pronto, un hombre se interpuso entre ellos, saliendo del pórtico con su figura imponente enmarcada por el sol poniente. Era Armando. Su ex prometido. Y se dirigía hacia ella.

Capítulo 9

Phoebe notó cómo Leandro se ponía tenso. Armando la alcanzó primero y Leandro se quedó allí parado, como un volcán a punto de estallar, dejando que los niños le saltaran alrededor y Paolo le hablaba sin parar.

Armando se detuvo delante de ella, masculino y atractivo, irradiando vitalidad y poder. Se inclinó, la besó en la mejilla y Phoebe se preguntó por qué no podía sentir ni el menor ápice de deseo por él. La respuesta estaba unos metros más allá.

–Estás preciosa, como siempre –comentó Armando, sonriendo, aunque con ojos serios–. Le pedí a Julia que me avisara cuando volvieras. Me ha informado hace media hora y me alegro de haberme dado prisa, porque creo que te vas de inmediato.

–Sí. ¿Cómo has estado, Armando?

–He estado pensando en nosotros… lamentándome por haber aceptado romper nuestro compromiso. Sé que tienes que irte, pero escúchame y piénsalo mientras estás fuera. Puede que nunca pueda amarte como te amé en el pasado y que yo no desate tu pasión como piensas que corresponde a un esposo, pero con tu temperamento sereno y sólido, nuestra relación podría ser poderosa y duradera. Las emociones desatadas son adictivas y destructivas, y no dan la felicidad.

Sí, eso Phoebe ya lo sabía. Exhaló.

–Puedes tener esa clase de relación con cualquier otra mujer, Armando. Yo no estoy destinada a construir algo poderoso y duradero contigo. Y no soy ni serena ni sólida, te lo aseguro.

–Te subestimas, cuando tu influencia ha sido altamente estabilizadora para Castaldini. Sin ti, el país se habría ganado muchos enemigos y no podría haberle parado los pies a viejos oponentes. Y, sin ti, el matrimonio entre tu hermana y mi primo no hubiera durado más de un año y, mucho menos, diez. Ahora son un matrimonio tranquilo y Julia es una buena madre y esposa gracias a ti.

–Oh, ni hablar, yo no tengo nada que ver. Julia se esforzó mucho y Paolo, también. Puede que yo la ayudara, pero ella habría hecho lo mismo por mí.

–¿Así que crees que lo que has hecho no es digno de admiración?

–No me importa la admiración, gracias. Pero, sea como sea, mi misión ha terminado.

–Exacto. Y ahora eres libre para empezar una nueva fase de tu vida. Yo sólo te pido el honor de compartirla conmigo. Tú y yo somos espíritus afines.

–Puede que sí, Armando, pero no tengo nada que ofrecerte. De pronto, Armando se encogió y una chispa de comprensión saltó a sus ojos.

–¿Cómo no me he dado cuenta antes? Ha habido otro hombre, ¿verdad? Un hombre al que amaste y perdiste. Un hombre que te lastimó, ¿no es así? Pero sigues sin poder superarlo. Sigues esperándolo.

Sin estar segura de cómo responder, Phoebe asintió.

–No dejes que ese hombre te haga perder más tiempo –le dijo Armando con tono apasionado.

–Ya estoy harta de dejar que los demás hagan lo que quieran con mi vida, no te preocupes. A partir de ahora, yo voy a tomar las riendas.

–Eso espero. Phoebe… Es Leandro, ¿verdad?

Ella no lo negó. Incluso le contó cómo estaba la situación. Estaba harta de ocultar cosas.

Armando digirió la información con el ceño fruncido.

–Puede que Leandro sea lo que Castaldini necesita ahora, pero siempre fue como una fuerza de la naturaleza, imparable e indiscriminado en su camino al poder. Ahora que es más poderoso que nunca… –dijo Armando y tomó a Phoebe de los hombros–. Phoebe, mantente alejada de él.

Ella desvió la mirada, para posarla en Leandro.

–No puedo, Armando.

–Si antes te lastimó, ahora acabará contigo.

–No te preocupes, ya no soy una veinteañera inocente.

–Lo que me preocupa es que eres una mujer de treinta años sensible y madura. Lo que sentiste cuando eras apenas una adulta

palidecerá comparado con lo que eres capaz de sentir ahora.

–Puede que las cosas terminen de otra manera. Igual, consigo verlo con más perspectiva y seguir con mi vida.

Armando apretó los dientes, sin creer que eso fuera posible.

–Puede que yo no sea tan poderoso como él… todavía. Pero, si vuelve a lastimarte, lo destruiré. Díselo.

Dicho aquello, Armando se dio media vuelta y se fue.

Leandro caminó hacia ella, con una mezcla de peligro y deseo en los ojos.

–Habéis tenido una conversación muy profunda, al parecer.

–Sí.

–¿No tienes nada más que decir?

–Te gusta preguntarme eso, ¿verdad? –dijo ella a su vez y suspiró.

–No hay nada que me guste menos preguntarte. Tienes la costumbre de obligarme a hacerlo.

–¿Estoy forzando al gran príncipe a hacer cosas contra su voluntad?

–Podrías hacer que un ejército de grandes príncipes saltaran en el aire y se quedaran flotando allí según tu voluntad.

–Vaya, debo de ser superpoderosa –bromeó ella.

–Y superexasperante, también.

–¿Qué he hecho ahora? –preguntó Phoebe con fingida inocencia.

–Hablas mucho, pero no dices nada –repuso él, le tomó la mano y se la besó.

–Mira quién habla, el gran diplomático.

–Phoebe, hermosa diablesa, dime qué te ha dicho Armando. ¿Por qué vuestra conversación parecía tan seria?

–¿Por qué no se lo preguntas a él? Es familia tuya, después de todo.

–Sí, y solía caerme bien. Ahora me cae como una patada en…

–Curioso, porque él piensa lo mismo de ti –replicó ella con una risita.

–No me importa lo que piense de mí, ni él ni nadie, ni si preferiría verme colgado.

–Vaya. Qué agresivo. ¿Te han dicho alguna vez que estás muy sexy cuando te enfadas?

–Maldición, Phoebe. Eres capaz de poner a prueba la paciencia

de un santo.

–Me alegro de que pienses eso.

–Pero por cómo maldices, voy a pensar que no quieres llevarme a tu casa.

Leandro murmuró algo, tomó el rostro de ella entre las manos y la besó con pasión.

Capítulo 10

–¿Por qué no me habías dicho que tenías una casa en el paraíso?

Phoebe miró a su alrededor maravillada por el paisaje bajo el sol mediterráneo. Los poetas moriscos habían descrito aquel lugar como «perla entre esmeraldas» y eso era lo que parecía.

El palacio se erigía sobre una montaña, rodeado de prados, naranjos, rosales y olmos. El agua corría por varias fuentes y cascadas.

Leandro se acercó a ella y se detuvo sólo a unos milímetros, creando un campo magnético de increíble sensualidad entre los dos.

–¿Qué te parece si exploramos tu paraíso? –propuso ella.

–¿El paraíso del que fui expulsado?

Leandro habló con tono de broma. Sin embargo, Phoebe percibió el dolor del pasado dentro de él.

–Puedes volver a vivir en tu hogar, si lo deseas.

–Oh, lo deseo –repuso él, envolviéndola en sus brazos, incendiándola con su mirada–. Cuánto lo deseo.

–Íbamos a dar un paseo, ¿recuerdas? –dijo ella y se apartó un poco.

–Bien, aunque ha sido una decisión unilateral –repuso él y se metió las manos en los bolsillos para colocarse su tremenda erección. Tras unos instantes, añadió, mirando a su alrededor–: Este lugar es lo único que lamento de ser quien soy. Mi forma de vida nunca me ha permitido disfrutar de él.

Phoebe se acercó, sintiendo la necesidad de reconfortarlo. Le tomó la mano.

–Siento que tuvieras que sacrificar estar donde querías a cambio de ser quien querías ser.

–Curioso, ¿verdad? El éxito te obliga a renunciar a las cosas que quieres de verdad –comentó él y suspiró.

Phoebe parpadeó, pensando si eso la incluiría a ella también. Apreció que él le mostrara su parte más vulnerable, pero no podía soportar verlo tan desanimado.

–Todo eso puede cambiar.

Leandro cambió de expresión y, con gesto alegre, ordenó a los criados que pusieran la mesa en la terraza.

–Déjame que te dé de comer. Si vamos a ir de excursión, necesitaremos fuerzas –dijo él.

Phoebe se dejó guiar a la mesa que habían puesto, con manteles blancos, copas de cristal y cubiertos de plata brillando bajo el sol. Leandro despidió a los criados e hizo que ella se sentara en su regazo.

Phoebe notó la dureza de su miembro y se derritió un poco más, soltando un gemido. Leandro la apretó contra su cuerpo y ella tuvo deseos de devorarlo, de fundirse con él en ese mismo instante, en la silla.

–Quédate aquí, por favor –pidió él–. Y te daré de comer.

Haciendo un gran esfuerzo de voluntad, Phoebe se levantó y se dejó caer en la silla vecina.

–Puedo comer sola, gracias.

–¿Y quién me lamerá los dedos? –preguntó él con tono de buen humor.

–¿Así que eso era lo que querías?

–Si no fuera porque no quiero que me des otro sermón sobre el derroche, te diría lo que estoy dispuesto a pagar por que me lamas los dedos.

Phoebe se inclinó hacia delante y, sin dejar de mirarlo, le tomó la mano y se introdujo uno de sus dedos en la boca. Ella estuvo a punto de desmayarse por la excitación que le producía y le satisfizo comprobar que estaba produciendo en él el mismo efecto.

–Prepara la chequera, te daré una lista de mis ONGs favoritas –dijo ella, tras apartar la boca.

–Es mejor que tenga cuidado, o perderé todo el dinero que tengo.

–¿Sólo por chuparte un dedo?

–¡Pero de qué manera…!

Leandro levantó la tapa de plata de una cacerola y los envolvió el aroma a pollo con verduras y especias. Luego, miró a Phoebe con expresión de… ¿ternura? y comenzó a comer.

–Nunca he vivido aquí ni en Castaldini más de unos meses seguidos desde que cumplí siete años –comentó él tras un

momento–. Mi padre quedó inconsolable tras la muerte de mi madre. Mi tía materna me llevó a vivir con ella durante dos años. Regresé cuando mi padre enfermó y murió. Entonces, me fui con otros familiares, que vivían repartidos por el globo terráqueo. Ernesto siempre me acompañó, hasta que cumplí diecisiete y empecé a vivir solo en el extranjero. Por eso, no soy muy castaldino.

A Phoebe le había empezado a resultar difícil tragar, mientras imaginaba a un niño huérfano, tan pequeño.

–Eres castaldino de pura cepa –protestó ella–. Por tu habilidad para analizar los problemas y diseñar soluciones. Lo único que te hace falta es adaptar tus capacidades a lo que necesita Castaldini.

–¿De veras lo crees?

–Me has contratado para que te diga lo que pienso, ¿recuerdas?

–Sí, y tu ayuda es una bendición para mí y para Castaldini.

–Entonces, debo de ser un ángel y no una diablesa, como siempre me llamas –bromeó ella–. Háblame de este lugar…

–Se llama Castello del Jamida y, como su nombre morisco indica, es un castillo hecho para perdurar. Fue construido por el mismo rey Antonio. Durante cuatro siglos, fue el palacio real, antes de que se trasladara la capital a Jawara en el siglo XVII –explicó él–. Puedo mostrarte lugares de ensueño en los alrededores, si quieres empezamos ahora mismo –añadió y la tomó de la mano para que se levantara.

Leandro la llevó al jardín del castillo para empezar la visita, señalándole los detalles con la pasión de alguien que amaba realmente el lugar.

Cuando estaban lo bastante lejos como para tener una visión general del edificio, Leandro se detuvo.

–El diseño de todos los patios de palacio gira en torno al mismo tema.

–¿Qué tema?

–El paraíso terrenal –respondió él, sonriendo.

–¡Lo sabía!

–Eres un genio. ¿O es que te han dado alguna pista los pórticos de columnas, los jardines interiores, los estanques, el sol y el viento corriendo libremente por su interior y las decoraciones con tonos oro, bronce y plata?

Los dos rieron juntos y corrieron al final del parque, donde un descenso conducía a la fuente más grande de todas.

Más adelante, se encontraron con varios vendedores de fruta que iban de camino al palacio para ofrecer sus productos.

Cuando vieron a Leandro, todos se sobresaltaron y corrieron a rodearlo. Él la tomó de la mano y ambos fueron arrastrados al carromato principal. Allí subidos, fueron conducidos a las calles del pueblo. Todo el mundo conocía a Leandro en el pueblo, lo amaban y lo respetaban. Y lo habían echado mucho de menos, comprobó Phoebe.

Todos le ofrecían su casa y comida. Leandro, para no rechazar la generosidad de nadie, se encargó de que todos los regalos que le hacían fueran llevados al palacio.

La gente no los dejó marchar hasta bien entrada la noche y sólo porque Leandro les prometió que volvería dos semanas después para celebrar la fiesta Merraba.

Cuando Leandro acompañó a Phoebe a su habitación, lo único que ella quería era hacerle entrar y poner fin a ese tormento. Él se detuvo un momento bajo el quicio de la puerta. Luego, la levantó en sus brazos y la besó, devorándola.

A continuación, la dejó en el suelo y se apartó, vibrante de tensión. Ella pudo adivinar sus fantasías, imaginó las cosas que él soñaba con hacerle con la punta de los dedos, con los dientes, con la lengua…

Con un explosivo rugido, Leandro se dio media vuelta y se alejó por el enorme pasillo hasta desaparecer en la oscuridad.

Ella no corrió detrás de él. Algo que no podía, no quería definir la detuvo. Entonces, se dejó caer en la cama, sin quitarse la ropa, y rezó por quedarse dormida.

Capítulo 11

Estar juntos no les estaba sirviendo para exorcizar el deseo que los consumía. Durante la última semana, la armonía entre ellos no había hecho más que crecer, junto con el aprecio, la confianza y la comprensión el uno del otro, cosas de las que no habían disfrutado en el pasado.

Por eso, su relación no parecía una continuación sino, más bien, un comienzo. Lleno de magia y de atractivo. Phoebe estaba segura de que prosperaría.

Cada día, fiel a su promesa, Leandro le pedía a Phoebe su opinión sobre asuntos de Castaldini y discutían de la política interna del país. Y él le devolvía el favor conduciéndola a más visitas guiadas por el palacio y sus alrededores.

Durante uno de sus paseos por el palacio, Phoebe descubrió que Leandro no había dejado nunca de ser el príncipe de El Jamida.

–Mi padre fue el último en añadir algo al palacio, la torre. Pero quedó destruida por un rayo y tuvimos que restaurarla hace seis años.

–¿Seis años? ¿Así que eso era lo que Ernesto estaba haciendo aquí entonces?

–Sí, en esas ocasiones cuando tú lo veías. Parece ser que Ernesto es un agente doble. Nunca me dijo que te veía y a ti nunca te dijo para qué venía a Castaldini. Quizá, por eso ha desaparecido desde nuestra llegada. Se habrá dado cuenta de que, antes o después, descubriríamos su juego. Humm. Creo que tengo que hablar con él.

–Deja al pobre Ernesto. ¿Entonces te has seguido ocupando todo este tiempo de mantener el lugar? Por cómo te recibieron los aldeanos, parece que están muy contentos contigo.

–La aldea está bajo mi protección. Es mi responsabilidad mantenerlo todo en buenas condiciones –repuso él.

–Por eso, esta zona tiene la suerte de ser una de las mejores cuidadas del planeta.

–Es una de las razones por las que no guardo rencor al rey. Me

exilió a mí, pero no impidió que pudiera seguir ocupándome de preservar mis posesiones y proteger la aldea.

–¿Y ofrecerías también tus servicios de protección a Castaldini si fueras rey?

–Lo haría, incluso aunque no fuera rey. Quiero que Castaldini recupere todo su esplendor. Y quiero supervisar el trabajo de cerca, convivir con la gente, escuchar sus quejas y buscar soluciones con ellos.

Phoebe lo miró con el corazón acelerado. Estaba tan orgullosa de él…

–No sólo eres castaldino de pura cepa, sino que eres un patriota. Y, además de reformista, eres un demócrata. Oh, Leandro, ¿qué vamos a hacer?

Leandro la tomó en sus brazos.

–Vamos a mantenerlo en secreto. Y, como me das confianza, te voy a contar algo más. Un secreto de familia.

–No se lo contaré a nadie, lo prometo. O, igual, sí –bromeó ella, radiante.

Leandro le dio un pellizco en el trasero, sonriente.

–Te dije que el castillo tenía tres partes…

–¡Y sólo me has enseñado dos! El área administrativa y la zona de ocio. ¿Cuál es la tercera? ¿Es una catacumba llena de esqueletos? ¿Un laberinto con tesoros escondidos?

–Es un harén.

–No lo puedo creer –gritó ella–. Me estás tomando el pelo.

–No. La pena es que ha estado abandonado desde que mi madre murió. Pero yo lo he restaurado. Si te gusta, puedes quedarte allí. Yo me quedaré en mis aposentos y tendré fantasías contigo en uno de sus cuartos, entre sábanas de satén y seda de colores rojo, azul y oro…

¿Y por qué no le pedía que la llevara allí en ese mismo instante?, pensó Phoebe. Entonces, le pareció oír susurros en la sala en la que acababan de entrar.

–Y te imaginaré en la sala principal, la que está abierta a los elementos. Te imaginaré flotando en la bañera caliente mientras el agua te masajea, o tumbada en la plataforma de mármol, mojada y caliente, retorciéndote mientras piensas en mí y el viento te acaricia los pezones, entre los muslos y…

Phoebe le puso un dedo en los labios para acallarlo. Y le pareció escuchar risitas y murmullos de aprobación.

–Y éste es otro secreto –dijo Leandro, besándola de nuevo.

Entonces, él se apartó de Phoebe en la enorme galería elíptica abovedada en que se encontraban. Cuando estuvo al otro lado de la sala, a unos sesenta metros de ella, se giró. Ella le vio mover los labios.

–Te deseo, Phoebe.

Oh, cielos… Era una galería de susurros. Phoebe había oído hablar de ellas, pero nunca había pensado que fueran tan… efectivas. Parecía imposible lo bien que había escuchado el susurró de él, como si se lo hubiera dicho al oído, a pesar de la distancia que los separaba.

Una oleada de deseo envolvió a Phoebe. Lo único que tenía que hacer era ponerle fin a esa tortura y caminar hacia él. Ofrecerse a él. Dárselo todo.

Entonces, reconoció lo que la impedía hacerlo. El miedo. Miedo de que, si se entregaba a él, la sintonía mágica que había entre ellos se rompiera.

Y Phoebe no podía arriesgarse a perder a Leandro de nuevo. Antes, debía asegurarse de que lo suyo podía durar. Por eso, tenía que esperar a estar segura.

–Te deseo, Leandro –susurró ella, también.

Su susurro pareció impactar a Leandro con la misma fuerza. Y esperó a que ella cumpliera lo que prometían sus palabras.

Tras unos cinco minutos de mirarse el uno al otro con cuerpos temblorosos, Leandro se giró y salió de la galería.

–¿Qué es la fiesta Merraba? –preguntó Phoebe a Leandro, mientras daban un paseo a caballo–. No lo he encontrado en Internet.

–No me extraña –repuso él, sonriente.

Después de su desencuentro en la galería de los susurros hacía una semana, Leandro se había disculpado por haberse ido así, achacándolo a una intoxicación de testosterona. Y habían vuelto a llevarse de maravilla, cada vez parecían estar más en sintonía.

–Es una fiesta única en El Jamida. Como indica su nombre, es una fiesta en la que se preparara mermelada.

–Oh, no lo sabía… –comenzó a decir ella. Inhaló, frunciendo el ceño–. Leandro, ¿no hueles algo?

–¡Fuego! –gritó él.

Entonces, Phoebe vio una nube negra sobre parte del pueblo. Y llamaradas. Cielos, era muy grande.

Leandro sacó su móvil, llamó a los bomberos y al equipo de atención médica y se giró hacia ella.

–Yo me ocuparé de organizar la ayuda. Vuelve al castillo. Te llamaré cuando esté todo bajo control –dijo él y salió galopando.

Phoebe se quedó atónita, viéndolo alejarse. Entonces, comenzó a galopar detrás de él. Cuando consiguió alcanzar el caballo de Leandro, él ya se había bajado, para entrar en un establo en llamas.

Y el fuego pareció tragárselo.

Capítulo 12

Al ver a Leandro entrar en las llamas, Phoebe no lo pensó. Con los ojos fijos en él, lo siguió al infierno y salió corriendo de nuevo cuando el fuego estuvo a punto de quemarle la piel.

Lo había visto allí dentro. Leandro estaba ayudando a la gente. Dentro, había niños atrapados y adultos desorientados por el fuego y las llamas. Otros que habían entrado a ayudar habían corrido la misma suerte. Pero Leandro se había envuelto en telas mojadas que le tapaban la boca. Se había puesto gafas de sol. Sin dudarlo, Phoebe lo imitó.

Y entró de nuevo en el incendio, detrás de él.

Leandro no había conocido el terror hasta que vio a Phoebe rodeada por las llamas.

Entonces, en medio de la macabra escena, el miedo dejó de hacer presa en él y no hizo más que infundirle fuerza para superar todos los obstáculos. La salvaría. Aunque le costara la vida.

Cuando al fin salieron, lo único que le preocupaba a Leandro era que ella estuviera bien. Phoebe respiraba entre sus brazos, ilesa.

Sin poder deshacerse del terror que había sentido, Leandro la apretó con fuerza. Y la regañó por haberlo seguido. Nunca, jamás, se recuperaría de aquel recuerdo, aquellos minutos en que había luchado por salvarla a ella y a los niños que tenía bajo los brazos. Su imagen poblaría para siempre sus peores pesadillas.

Pero Phoebe no había necesitado que la salvaran. Ella lo había ayudado a salvar a otros. Y había sobrevivido.

Más tarde, Leandro la acompañó a su cuarto.

–Ese niño… Oh, cielos, Leandro… –gimió ella entre sus brazos.

Se refería a un niño que había sufrido quemaduras graves. Leandro la abrazó con más fuerza.

–Yo me ocuparé de él. Durante toda su vida. Y de todas las víctimas. Te lo prometo.

Ella asintió, escondiendo la cabeza en su pecho. Entonces, Phoebe comenzó a tirar de él con todas sus fuerzas para tumbarlo en su cama. Le descubrió el cuerpo y lo besó con frenesí. Leandro le arrancó las ropas como un león enloquecido mientras ella disfrutaba con su fiereza, agarrándole del pelo, clavándole las uñas en la piel, colocándose debajo de él.

Pero, de pronto, Leandro recuperó la conciencia y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Y de lo que ella le pedía. Se quedó petrificado. No podía hacerle eso. A ella, no. Así que utilizó todas sus fuerzas para apartarse de los brazos de Phoebe, se puso en pie e intentó caminar hacia la otra punta de la habitación.

Phoebe corrió a su lado, tirando de él hacia la cama.

–No has empezado tú –jadeó ella con pasión–. Has mantenido tu promesa. No es necesario que te vayas. Soy yo quien ha empezado.

–Phoebe… –dijo él y le tomó las manos–. Estás bajo efecto de shock. Ni tú ni yo queremos que vengas a mí de esta manera.

Ella se soltó las manos y le sujetó la cabeza, acercándoselo a la boca.

–Entonces, llevo ocho años en estado de shock. No hay ninguna razón que nos impida disfrutar de esto. Quizá, sólo he necesitado verte al borde de la muerte para vencer mis estúpidos miedos. Compláceme, por favor.

–Phoebe, te deseo tanto que me asusta.

–Tómame –rogó ella–. Te necesito dentro de mí… por favor…

Aquel ruego convirtió a Leandro en una bestia. Gimiendo, la llevó a la cama y la observó mientras ella se arqueaba como una ola, ofreciéndole sus pechos, su cuerpo, borrando en él toda capacidad de pensamiento.

Phoebe se abrió a él, ofreciéndose a su invasión. Él no necesitó comprobar que estaba lista. Lo sabía y eso le incendiaba la piel, lo arrastraba con sus instintos más primarios.

Leandro la penetró y ella respondió con un grito de placer que le llegó al alma. El grito de una mujer cuyos deseos más poderosos estaban siendo satisfechos. Él se hundió en su esencia, en su suave carne. Se sintió sumergido en lava, en su vientre, mientras ella se mecía para acomodarlo.

Leandro salió y volvió a entrar y, en esa ocasión, el grito de ella lo ensordeció con su provocación e hizo que el miembro se le

endureciera aún más. Ella era como una hoguera debajo de él, un fuego que lo consumía, todavía más destructora que el incendio en que se habían adentrado hacía unas horas.

Él la montó y sintió cómo el interior de ella se apretaba a su alrededor, cómo su aroma se intensificaba con el placer, sus gritos eran cada vez más fuertes, más largos, hasta que desembocó en un gran orgasmo interrumpido por cortos jadeos.

Leandro se sumergió más y más dentro de Phoebe con cada espasmo, mientras ella se arqueaba y se apretaba contra él, como si quisiera hacer de los dos cuerpos uno solo. Los movimientos de él se aceleraron en un frenesí de fricción, hasta que ella volvió a retorcerse en la cima del éxtasis. Aquél fue el estímulo final que él necesitaba. Su cuerpo detonó también, entre convulsiones, derramando todo su ser en el vientre de ella, llenándola.

Los gemidos de ambos se entrelazaron hasta que quedaron abrazados, jadeantes, como dos víctimas de una electrocución…

Leandro se apoyó en ella, corazón con corazón, derritiéndose en sus brazos. No podía haber sido de otra manera. Después de todo el deseo, toda la ansiedad por volver a estar con ella… Todo el… amor.

Sí. Amor, se repitió Leandro. Pero… no. Necesitaba otra palabra para describir la magnitud de su unión, imposible de contener en unas cuantas letras. Por primera vez, su amor era real, no juvenil y posesivo como había sido en el pasado. Aquel nuevo sentimiento, aunque también estaba teñido por la carnalidad, estaba libre de egoísmo. Era puro, completo.

Capítulo 13

–¿Estás lista para que te sorprenda?

Tumbada boca abajo, Phoebe mantuvo los ojos cerrados, sumergiéndose en el placer de estar con él.

–Sigue hablando.

–¿Qué clase de respuesta es ésa?

–El tipo de respuesta que merece tu pregunta contradictoria. Habla. Quiero escuchar tu voz. Si no sabes qué decir, léeme el listín telefónico.

Leandro no dijo nada. Ella gimió cuando le mordió con suavidad un glúteo y se puso a cuatro patas. Él murmuró algo y la montó mientras ella levantaba las caderas, ofreciéndose a él.

Phoebe había creído que, después de tres semanas de sexo maratoniano, su deseo iba a disminuir. Pero había sido al contrario, no había hecho más que aumentar.

Quería que él la tomara en ese instante, por detrás, para poder ver su rostro sólo en la imaginación, no sentir más que su fuerza. Y el placer.

Si el mundo se acabara al día siguiente, Phoebe sólo podía sentirse agradecida por haber experimentado tantas cosas con el único hombre que había amado.

Entonces, Leandro le mordió en el cuello como un león apareándose, haciéndole sentir su tremenda erección aún cubierta por las ropas.

–Háblame. Y tómame, maldición –pidió ella, sin poder contenerse.

Leandro empezó a reír y se echó a su lado en la cama. Ella se giró, se colocó encima de él, lo besó y le acarició el miembro hasta que él empezó a gemir y a moverse contra su mano.

–¿Sigues teniendo ganas de reír? –preguntó ella, susurrando contra sus labios.

–Si la risa significa felicidad, sí.

Leandro se incorporó, la tumbó de espaldas y le recorrió el

cuerpo con las manos y los ojos, hasta llegar a su parte más íntima. Entonces, deslizó dos dedos entre sus pliegues. Ella abrió las piernas, pidiendo más. Él la penetró con sus dedos, mientras le acariciaba con el pulgar, llevándola al borde del clímax. Y se detuvo. Ella gritó de frustración y él rió de nuevo y se lamió los dedos.

–Ahora sí que estás lista para la sorpresa.

–Seguro que sí.

–Me has pedido que siguiera hablando, pero yo soy un hombre de acción.

Leandro se incorporó, se puso en pie, la envolvió en las sábanas y la tomó en sus brazos. Ella se retorció al darse cuenta de que la estaba sacando del dormitorio, medio desnuda. Cualquiera podría verlos, pensó. Pero, por suerte, todo parecía vacío.

–¿Ésta es la sorpresa? –preguntó Phoebe, apoyando la cabeza en su hombro–. ¿Has mandado a por tabaco a todos los habitantes del palacio para poderme hacer el amor en cualquier parte?

–Sería una buena idea, pero no es eso –repuso él y, al doblar una esquina, comenzó a subir con ella unas escaleras iluminadas con velas.

Phoebe soltó un grito sofocado al ver las cortinas que colgaban de la pared de piedra, como una cascada de damasco de vivos colores.

–Dime, ¿dónde están todos?

–Han ido a comprarme tabaco –bromeó él y la besó en los párpados, haciendo que cerrara los ojos–. No los abras hasta que yo te diga.

Phoebe obedeció y dejó que sus sentidos se deleitaran con el aroma que los rodeaba, una mezcla de almizcle e incienso, velas y brisa marina, jazmín, cientos de flores y frutas.

Entonces, Leandro le quitó la sábana, muy despacio, dejando que la tela se deslizara por cada centímetro de su cuerpo, y la colocó sobre el suelo. Los pies de Phoebe tocaron algo frío… ¡arena!

Leandro la urgió a caminar una docena de pasos y, de pronto, el suelo bajo sus pies se transformó en algo suave… hierba. Doce pasos más y Phoebe sintió que caminaba dentro de agua templada, sobre piedras de canto rodado.

–Por favor… –suplicó Phoebe, rindiéndose al efecto que el poder

de los sentidos estaba causando en ella.

Leandro la levantó por detrás, hasta colocarla encima de su erección.

–No digas «por favor» más. Esta noche es para ti. Ahora abre los ojos, *hebbi preziosa*.

Phoebe escuchó sus palabras como una caricia. Mi precioso amor. Su hombre león no dejaba de inventar nuevas maneras de decirle lo mucho que le gustaba su unión, pensó, maravillada.

Al abrir los ojos, Phoebe parpadeó, sin poder creer lo que tenía delante.

Aquello tenía que ser el harén. Una cámara gigantesca, abovedada, que parecía representar La Tierra, con piscinas que simbolizaban los mares; arena que representaba los desiertos y hierba, los campos. También hacía una docena de escalones de mármol que parecían representar valles y montañas. Había sofás y *chaise lounges* de los mismos vivos colores que las cortinas. Había bañeras de burbujas y tumbonas para masaje. Y, a través de todo, fluía un camino de agua, como un río en miniatura. Había incienso y velas encendidas en todas partes. Miles. Brillando alimentadas por la brisa nocturna.

–Seguro que has sido tú quien ha mantenido este lugar.

–Antes no era así. Yo lo he restaurado, para ti. Y, para que no tengas prejuicios, te diré que el lugar nunca fue usado para tener a las esposas y concubinas del rey. Era para todas las mujeres de la familia real, los niños y las sirvientas. Cayó en desuso cuando las mujeres empezaron a querer sus baños privados, aunque más pequeños y menos opulentos. Lo que es una suerte para mí –afirmó él y le acarició la espalda–. Ahora puedo hacer lo que yo quiera en este lugar, que ha sido diseñado para mimar a una mujer.

–Seguro que yo también te puedo mimar a ti aquí.

–Shh. Esta noche, la voy a dedicar a ti, a darme un festín contigo, a hacerte sentir todo el placer de que es capaz tu cuerpo de diosa. Jugaré contigo, te atormentaré, te haré suplicar y te haré derretirte en el éxtasis.

–Eso no tiene nada de especial –susurró ella, frotándose contra él–. Me haces eso todos los días.

–Ya lo veremos.

Leandro la llevó a la piscina donde se reflejaban los arcos de

columnas y las velas. Se detuvo debajo de un columpio. La sujetó con fuerza y la levantó hasta dejarla sobre el asiento del columpio. Ella se agarró a las cuerdas de seda y miró hacia abajo mientras él le separaba las piernas. Entonces, ella lo entendió. La cabeza de él estaba al mismo nivel que su parte más íntima.

Leandro le tocó por todas partes, menos donde ella ardía en deseos de que le tocara. Esperó hasta que Phoebe se echó hacia atrás en el columpio y le rodeó el cuello con los muslos, entregándose por completo. Y la tocó un instante. Con la lengua.

Ella lanzó un grito de placer. Intentó acercarse la boca de él con los muslos pero él se lo impidió y la apartó. Echó el columpio hacia atrás y, cuando el balancín regresó, la estaba esperando con la lengua preparada, para deslizarla dentro de ella. Phoebe gritó con más fuerza y adivinó por qué él había hecho que se fuera todo el mundo. Estaba segura de que sus gritos podrían oírse en dos kilómetros a la redonda.

Cada vez que Phoebe regresaba en el columpio, él le hacía algo más provocativo. Ella le suplicó que terminara y él la dejó envolverlo más de cerca con sus muslos. Entonces, Leandro le agarró las caderas y comenzó a balancearla hacia detrás y hacia delante contra su boca, cada vez más deprisa, mientras ella gritaba su nombre, recibiendo el orgasmo con fuerza estremecedora.

A continuación, Leandro repitió la misma operación sólo con los dedos, luego combinando ambas cosas. Al fin, Phoebe se quedó casi tumbada en el columpio, con la cabeza colgando hacia atrás.

Leandro la incorporó y se sacó unas cintas de satén del bolsillo. Le ató las manos a las cuerdas y empezó a lamerla todo el cuerpo de nuevo, volviéndola loca de excitación sin que ella pudiera devolverle tan exquisita tortura.

Entonces, él la pintó con miel y se arrodilló delante de ella, la lamió desde los dedos de los pies mientras ella se retorcía de placer, hasta llegar al orgasmo de nuevo. Pero, en vez de estar saciada, seguía queriendo más.

–Leandro… si de veras quieres que esta noche sea para mí… yo quiero entregarme a ti… en todos los sentidos.

Leandro la miró a los ojos y sonrió. Le desabrochó la ataduras de satén, la llevó a una de las bañeras de burbujas, le limpió el resto de miel y la sentó en uno de los sofás.

Él se quedó de pie entre las piernas de Phoebe, con su erección a la altura de la boca de ella.

–Esto es para ti. Úsame como tú quieras. Soy tuyo.

–Además, vas a disfrutarlo…

–Aunque no me creas, disfruto más con tus orgasmos que con los míos.

–Te creo. A mí me pasa lo mismo –repuso Phoebe y acercó la boca al miembro de él, todavía embutido en los pantalones.

–Libérame –pidió él.

Phoebe le bajó la cremallera con dedos temblorosos y se le hizo la boca agua al tenerlo delante de los labios. Lo exploró, lo saboreó, lo olió y lo tocó, perdida en un nirvana sensorial. Intentó rodearlo con la mano, pero no fue capaz de cerrarla, deslizó la mano hacia arriba y hacia abajo, chupó su cabeza, recorriéndola con la lengua, mientras él mostraba su apreciación con continuos gemidos de placer. Entonces, cuando Leandro se acercaba al clímax, ella se introdujo todo lo que pudo de él en la boca, mientras se sentía cada vez más mojada, más caliente.

De pronto, Leandro la detuvo, poniéndole una mano en la cabeza. Pero ella quería disfrutar del abandono de él, de su semilla, de su placer.

–Déjate llevar, cariño.

–Sé que lo necesitas. Dime «por favor», Phoebe…

–Oh, menos mal. El placer es mutuo al fin.

–Sólo porque es lo que tú quieres ahora. Luego, volveré a centrarme sólo en ti.

–Yo no dejaré de decir… por favor…

–Y yo te complaceré hasta que no puedas seguir hablando…

Leandro se tumbó a su lado, invitándola a tomarlo como prefiriera. Ella se deslizó sobre él hasta que sintió su erección a las puertas de su entrada. Él le sujetó de la cintura y la acarició con manos temblorosas.

Phoebe se hundió en él de una sola arremetida, sintiéndose completa de nuevo. Temblaron juntos durante un largo momento, saboreando su conexión, su baile de sumisión y dominación.

Leandro le lamió los pezones, que se endurecieron cada vez más, mientras ella subía y bajaba sobre él. Entonces, Phoebe lo besó en los labios, sus almas se fundieron.

Llegaron al orgasmo juntos, mientras la semilla de él se derramaba en el vientre ella, bañándolo, llenándolo.

Phoebe recuperó la conciencia poco a poco, mientras él la acariciaba. Leandro era la satisfacción en persona.

–Podrías mandar a un hombre a la tumba con una sonrisa en la boca y el deseo de revivir para poder volver a morir en tus manos. Podrías hacerle querer hacer cualquier cosa para ganarse tu estima y tu respeto. Me haces ser el mejor hombre que puedo ser –dijo él y la besó–. Por eso, sí, Phoebe, aceptaré ser príncipe heredero.

Ella gritó de alegría, por él, por Castaldini, y lo abrazó.

Durante el resto de la noche, siguieron disfrutando el uno del otro. Aunque, en lo más profundo de su conciencia, algo se inquietó dentro de Phoebe, preguntándose por qué él no le había pedido que formara parte de su futuro. Tal vez, si esperaba, lo haría…

Capítulo 14

Se quedaron dos semanas más en el paraíso.

Leandro no quería alertar a los medios, ni hacer ningún festejo para celebrar su nombramiento como príncipe heredero. Por eso, no se dieron prisa por volver a Jawara.

El día de su regreso a la capital, Phoebe salió un momento a comprar algo. De vuelta en palacio, entró en el baño y salió transfigurada. Estaba embarazada.

Ella había planeado tomar la píldora antes de tener relaciones con Leandro, pero no había tenido tiempo de hacerlo hasta el día después de su primera vez. Lo que habían compartido la noche del incendio había sido tan intenso que había sembrado vida dentro de ella.

Era un milagro. Iba a tener un hijo de Leandro, se dijo, rebosante de alegría, deseando correr a buscarlo y lanzarse en sus brazos.

Pero algo la detuvo. Era el día de la ceremonia de sucesión, en que Leandro debía aceptar el bastión del poder. Tendría que esperar, pensó Phoebe, a pesar de lo impaciente que estaba.

Sin embargo, poco a poco, mientras se preparaba para la ceremonia, Phoebe fue sintiéndose cada vez menos alegre, cada vez más fría. Cada vez… más corroída por la duda.

Leandro se había portado con ella como el mejor de los amantes. Pero no le había prometido un futuro juntos. En los días anteriores, él le había hablado de todo, de lo que le gustaba, de lo que sentía… Pero no había dicho nada sobre el futuro. ¿Quizá él había estado aprovechando el momento, sin ninguna intención de continuarlo en el tiempo?

Entonces, Phoebe recordó la acusación que Leandro le había lanzado, la de haber ido detrás de su estatus real. ¿Y si él pensaba que se había quedado embarazada a propósito para cazarlo?

Todos los sueños que Phoebe había albergado en las últimas semanas comenzaron a transformarse en pesadillas. No podía

dejarse llevar por el miedo, reflexionó ella. Debía confiar en Leandro. No debía dejar que sus inseguridades eclipsaran su historia de amor, se dijo.

Tras ponerse el vestido que Leandro le había pedido que llevara, Phoebe corrió a la sala del trono. Allí estaban todos los representantes de la familia D'Agostino y el consejo. Leandro estaba magnífico con su uniforme de príncipe heredero, con los colores oro y rojo del escudo de Castaldini. Se acercó delante del rey, se arrodilló y recitó su juramento. El rey Benedetto le tocó en el hombro con el cetro y él se levantó al instante, se giró y agradeció a todo el mundo que hubiera asistido, claramente pidiéndoles que se largaran. La ceremonia terminó en menos de cinco minutos.

Entonces, Leandro se quedó mirando a la multitud. Parecía querer una audiencia privada con el rey. Y de inmediato. La gente, decepcionada, fue marchándose. Phoebe se encontró con la mirada de Leandro, unos ojos que decían tantas cosas, con tanta intensidad…

«Oh, mi amor, yo también», le respondió ella con la mirada.

Radiante de alegría, Phoebe se dirigió a sus aposentos y se dejó caer sobre la cama.

–Crees que es todo tuyo, ¿verdad, ramera americana?

Phoebe cerró los ojos. Conocía esa voz. Volvió a abrirlos y se sentó. Allí estaba, majestuosa y hermosa como siempre. Stella la Serpiente, como la llamaban su hermana y ella.

–Me gustaría poder decirte lo mismo, pero «ramera» sería un piropo para ti.

–Ahórrate tu ingenio, basura de baja cuna. Puede que tu hermana cazara a un principito, pero…

–Lo cazó y se lo quedó –le interrumpió Phoebe con fiereza–. A pesar de todos tus esfuerzos por impedirlo, deshecho de sangre azul.

–Paolo era un niño cuando ella lo atrapó. Yo lo dejé marchar porque no quería hacer de mamá de sus cerditos.

–Lo que pasa es que Paolo supo ver que dentro de tu belleza escondes un monstruo. Él fue quien huyó de ti, no al revés. Y todos los sabemos.

–Di lo que quieras. Pero no dejaré escapar al otro.

–¿Te refieres a Leandro? Claro. ¿Por qué perseguir al hijo del rey

actual cuando puedes ir tras el futuro rey?

–Piensa el ladrón que todos son de su condición –replicó Stella con malicia–. Tú eres quien quiere pescar a Leandro. Crees que acostándote con él, su honor le obligará a hacerte su reina. Pero no voy a consentir que lo chantajees ni que lo manipules.

–¿Y cómo vas a detenerme? –le espetó Phoebe, furiosa–. ¿Vas a ir a contarle que he estado intentando pescarlo sólo por el interés?

–Sí. Y le libraré de una buscona como tú.

–Bueno, pues buena suerte. Es tu palabra contra la mía. ¿A quién crees que creerá?

–Él no significa nada para ti, ¿verdad? Es un hombre increíble y lo único que ves en él es un pasaje a la realeza. Estás tan segura de tu poder sobre él que crees que hará lo que tú le pidas.

–Sí, mi poder sobre él es total. Así que adelante, intenta librarlo de mi hechizo.

–Eres… una vil… manipuladora –le espetó Stella–. Aunque consigas engañarlo ahora, yo le ayudaré a ver tu verdadera cara algún día.

–Sí, sí. Guárdate el aliento para tus conspiraciones. Y vete al diablo.

Stella le lanzó una mirada heladora y salió de su cuarto. En cuanto se hubo cerrado la puerta, de un portazo, Phoebe comenzó a temblar. De pronto, comenzaron a rodarle lágrimas por las mejillas.

Leandro estaba furioso. Nada más aceptar la sucesión, el maldito consejo se había atrevido a exigirle que aceptara su elección de la futura reina. Aseguraban que era la voluntad del rey, que estaba demasiado enfermo como para hablar. Incluso habían sugerido que pensaban hablar con Phoebe para hacerle ver la urgencia de que el príncipe heredero se casara con una mujer de sangre azul, preparada para cumplir con las exigencias de su puesto.

Él se había negado en redondo. Se casaría con quien quisiera y elegiría una mujer capaz de desbancar a todas las reinas de la historia. No era negociable.

Leandro se había pasado las dos últimas semanas pegado a Phoebe, por miedo a que intentaran hablar con ella o presionarla para que lo dejara. Por otra parte, por respeto al rey, había dado su palabra de que no declararía a Phoebe sus intenciones hasta haber

hablado primero con Benedetto.

Después de la ceremonia, había ido al cuarto de ella. Las puertas habían estado abiertas. Y había escuchado su voz con un tono desconocido para él, fría y cruel.

Stella la había acusado de querer atraparlo para ser reina. Y… Phoebe lo había admitido, regodeándose del poder que ejercía sobre él.

Stella había salido de su cuarto llorando, sin darse cuenta de que él había estado allí parado, anonadado.

Era como una pesadilla. Phoebe lo había engatusado, fingiendo ser perfecta. Y todo había sido… irreal. Cada palabra, cada mirada, cada caricia… no habían sido más que las tretas de una manipuladora. Todo había sido una mentira.

Leandro entró en la habitación. Phoebe estaba tumbada en la cama. De pronto, ella levantó la cabeza.

–Leandro, cariño…

Ella parecía… destrozada. Tal vez, había adivinado que él había escuchado su confesión y estaba intentando arreglarlo, pensó Leandro, sintiendo en su interior como si fuera un rascacielos desmoronándose.

–He elegido una esposa, Phoebe –dijo él, sin pensarlo y observó atormentado la expresión fingida de ella, su rostro lleno de esperanza, confianza, adoración–. ¿Quieres saber quién es? La única mujer capaz de complacerme, de ser mi reina, de ser madre de mis hijos, dueña de mi corazón…

Ella se quedó esperando, representando el papel de enamorada de forma magistral, a los ojos de Leandro.

–Una mujer pura y noble, castaldina –continuó él y observó cómo se hundía en la agonía, antes de añadir–: ¿Qué te parece Clarissa D’Agostino?

Phoebe se quedó mirándolo. Leandro, el hombre al que amaba con toda su alma, el padre de su hijo. Debía de ser una broma, se dijo ella. No era posible…

–No, Leandro, no es… no es… –balbuceó Phoebe, presa del pánico.

–¿Gracioso? ¿Crees que estoy bromeando? Pues no. Dime, ¿cómo te sientes cuando crees tener todo el mundo a tus pies y te lo arrancan de un solo golpe? ¿Cómo te sientes al saber que no

significabas nada?

Phoebe cerró los ojos. Se quedó paralizada. Conmocionada.

¿Lo había tenido él todo preparado? ¿Lo había hecho todo sólo por el placer de vengarse de ella? ¿Cómo podía ser tan cruel?, se preguntó Phoebe.

Y allí estaba Leandro, mirándola con un brillo felino en los ojos. Ella se había quedado sin palabras, mientras la verdad iba poco a poco asentándose y rompiéndola en dos.

–¿Qué te parece mi elección, Phoebe? La hija del rey será estupenda, ¿no crees? Dime, ya sabes que valoro mucho tu opinión.

–No puedo creer que tengas el coraje de preguntarme… a mí…

–¿Por qué? Oh, ¿no me digas que esperabas que te eligiera a ti?

–¿No era eso lo que querías que esperara? Te has esforzado mucho en hacérmelo creer. Lo tenías todo planeado, ¿verdad? –le espetó ella, llorando de rabia, anonadada ante su crueldad–. ¿Has apaciguado ya tu orgullo? ¿Ya te sientes vengado? ¿Estás satisfecho por haberme roto en pedazos? Pero no puedo culparte. Tengo lo que merezco. Y, aunque sé que mi opinión y yo no valemos nada para ti, te diré lo que pienso de Clarissa. Será una reina excelente, sólo le desearía no tener que compartir su vida contigo.

Debía salir corriendo, se dijo Phoebe. No por orgullo, sino por instinto maternal. Debía sobrevivir, reunir fuerzas. Y allí estaba él, mirándola como un loco, con ojos que daban miedo.

–Vete al infierno, Leandro. Al mismo al que me has enviado a mí –le dijo ella antes de irse.

Capítulo 15

Leandro se quedó parado, mientras ella se iba, pensando que debía disculparse, que debía retirar sus palabras. Pero se había quedado mudo. Entonces, cuando Phoebe hubo desaparecido, cayó al suelo de rodillas y se quedó allí durante horas, recordando las palabras de ella, sufriendo por cada lágrima que la había hecho derramar.

Luego, había salido a buscarla, pero había sido demasiado tarde. Se había encontrado con Julia, que se había lanzado sobre él con la rabia de una leona. Paolo y ella le habían ocultado el paradero de Phoebe.

Habían pasado tres meses desde entonces.

Y Leandro se había convertido en un loco malhumorado. La gente ya no estaba tan ansiosa por que fuera rey. Tener un gobernante tan poderoso fuera de sus cabales era todo un peligro.

Él necesitaba a Phoebe. Tenía que encontrarla, echarse a sus pies, suplicarle que lo perdonara, retirar todo lo que le había dicho. Pero no podía. Y se estaba volviendo loco.

Esa misma mañana, había echado a un delegado durante una negociación televisada. Delante de las cámaras, lo había agarrado como si fuera un guiñapo y lo había echado del palacio. La noticia daría la vuelta al mundo en cuestión de minutos.

Pero a Leandro no le había importado. Después del enfrentamiento, había salido en su jet privado a buscar a Phoebe una vez más, siguiendo la última pista que había recibido. Había sido una pista falsa y, dejándose llevar por la rabia, había cerrado la agencia de detectives que había contratado para buscarla.

–¿Cuándo vas a acabar con esta rabieta interminable? –le reprendió Ernesto.

–No es buen momento para sermones, Ernesto.

–Ella no quiere que la encuentres. ¿Por qué no sigues con tu vida?

–¿Y tú, Ernesto? Ten cuidado, antes de que tenga otra rabieta…

–Si ponerte violento te hace sentir bien…

–Nada me hace sentir bien.

–Ya está bien de ser tan melodramático. Si te digo la verdad, quizá no merezcas encontrarla.

–No, Ernesto, no merezco encontrarla –admitió él–. Pero tengo que hacerlo, aunque sólo sea para darle la oportunidad de acabar conmigo.

–No puedo ni imaginar lo que le has hecho esta vez –repuso Ernesto, apretando los labios–. Si te ha dejado a ti, a Castaldini y a su familia, entonces el daño ha sido irreparable. Incluso peor que la primera vez, cuando te dejó porque pensaba que no significaba nada para ti.

–¿De dónde has sacado eso? –preguntó Leandro, incrédulo–. ¿Te ha dicho ella…?

–Ella no me dijo nada. Nunca.

–¿Así que es tu interpretación? ¿Cómo puedes pensar algo así, Ernesto? Tú sabes lo mucho que la necesitaba.

–Lo que sé es que eras joven y apasionado, pero eso no indicaba que sintieras nada duradero por ella. Muchas veces, cuando la llevaba contigo, sufría por ella, al verla tan enamorada. Y veía su cara cuando pasabas delante de ella en un acto oficial del brazo de otra mujer –explicó Ernesto–. Entonces, te recomendé que la dejaras en paz, no porque pensara que el trono era más importante que ella, sino porque no estabas tratándola con el respeto y la consideración que merecía.

–Cielos, ¿cómo pudiste dudar de mis intenciones? ¿No adivinabas lo comprometido que me sentía con ella?

–La verdad es que te comportabas de forma extraña y yo no entendía qué te proponías. Pero sí sabía que te habías esforzado por conseguir la corona desde niño. Y creía que lo harías aun a costa de dejar a Phoebe de lado y tomar por esposa a una mujer de sangre azul.

–¿Cómo pudiste equivocarte tanto conmigo? –preguntó Leandro, furioso–. Lo mantuve en secreto sólo porque sabía que no me darían la oportunidad de ser heredero si sabían de antemano que iba a casarme con Phoebe. Pero tenía el plan de hacer que ella fuera mi reina, pasara lo que pasara. Y, si hubiera tenido que elegir entre la corona y ella, la habría elegido a ella.

–¿Y a quién se lo dijiste? Estoy seguro de que a ella, no.

–Tú sabes que no hablo nunca de mis planes antes de ponerlos en práctica.

–Y esperabas que ella… ¿lo adivinara? ¿Esperabas que confiara en ti sin más?

–Sí.

–Esperabas que confiara en ti basándose en intenciones que nunca le expresaste… eso es más que perverso.

–¿Qué tiene de perverso esperar que la mujer que me confió su cuerpo y su alma creyera que soy un hombre de honor?

–Ella pensaba que no tenía ningún futuro contigo, que tú no estabas ligado por honor a ella, pues no le habías hecho ninguna promesa. No había ninguna indicación de que el majestuoso futuro que te esperaba fuera a incluirla a ella.

Leandro sintió que le iba a estallar la cabeza. El corazón se le aceleró.

–¿Cómo es posible que me haya comportado de tal manera que os haya confundido a los dos, al hombre y a la mujer que más valoro? ¿Cómo puede ser que no supiera haceros ver mis sentimientos y mis intenciones?

–Siempre fuiste el mejor en todo menos en una cosa: las relaciones.

–Sin embargo, aunque fuera un inepto a la hora de comunicar mis sentimientos, cuando la vi en Nueva York, le dije que la necesitaba…

–¿Como qué? ¿Y por qué en ese momento y no antes? Sin duda, ella pensaría que la necesitabas como amante complaciente, como sosiego para las turbias emociones que te invadían entonces. A Phoebe le quedó suficiente dignidad como para no rendirse a eso y dejarte antes de que la destruyeras.

–¿Cómo pudo pensar algo así? Debió de haberme creído un monstruo sin escrúpulos…

–No es necesario. Quizá sólo te viera como un hombre dolido en busca de consuelo. Para ella, eso no significaba que la necesitaras para siempre.

–¿Y cuando te envié con un mensaje para ella, después de cinco años? ¿No pensaste que eso confirmaba mi devoción por Phoebe?

–No, cuando llegué a Castaldini y supe que se había prometido

con Armando, pensé que lo único que querías era hacer que rompiera con él.

–¿Creíste eso de mí? ¿Es que no me conoces, Ernesto?

–No podía pensar en otra razón. Y, cuando la vi, todavía esperando tener noticias tuyas, se me rompió el corazón y no pude darle tu mensaje. Tú estabas demasiado ocupado haciéndote la víctima como para ocuparte de ella. ¿Y qué ha sido diferente esta vez? Aparte de mostrarle tu deseo, ¿le has confesado tus sentimientos?

–Se los he demostrado con mis acciones. Lo que siento por ella es mucho más fuerte que en el pasado.

–Seguramente crees que se lo has demostrado. Lo mismo te sucedió en el pasado y te equivocaste. No tiene nada de raro que se haya ido otra vez.

–Eso no… es lo que pasó. Ernesto… todo era perfecto y yo había recuperado la confianza en ella, hasta que escuché sus palabras…

–¿Sus palabras? –preguntó Ernesto, frunciendo el ceño–. ¿Diciendo qué? ¿En qué contexto y a quién?

–Estaba alardeando de su poder sobre mí, con Stella…

–¿Stella? –repitió Ernesto con sumo desprecio.

Leandro comprendió al instante. Después de su exilio, él había comprendido que Stella era una criatura vil y taimada.

–*Dio*… seguro que Stella la había provocado, sin duda Phoebe sólo se estaba defendiendo. Pero yo… perdí la cabeza. Pensé que mis peores pesadillas se habían hecho realidad, que me había manipulado… Le dije que había elegido una esposa y que no sería ella… Y, cuando conseguí controlar mi rabia, ella se había ido –recordó Leandro, reviviendo las terribles cosas que le había dicho a ella en ese momento.

Ernesto lo miró horrorizado.

–Has utilizado una lógica barata para condenar a Phoebe. No sólo la has acusado, la has castigado también. ¿Y ahora te atreves a buscarla? Creo que esta vez has ido demasiado lejos. Has perdido a una mujer que no te merecías.

–No. No puedo perderla –rugió Leandro–. Fue una locura sospechar de ella y no volverá a pasar. Quiero vivir el resto de mis días con ella, dedicarme por completo a hacerle sentir feliz.

Ernesto lo observó, como intentando leerle la mente. Entonces,

justo cuando Leandro iba a empezar a liarse a puñetazos con las paredes, dejándose llevar por la rabia y la frustración, Ernesto asintió, como si hubiera tomado una decisión.

–Puede que merezcas otra oportunidad.

–*Grazie* –repuso Leandro con una explosión de amargura–. Pero tu opinión no importa. Sólo importa la de ella.

–Oh, mi opinión sí importa –afirmó Ernesto, sonriendo con malicia–. Si no me hubieras hecho cambiar de opinión, nunca te diría dónde encontrarla.

Capítulo 16

Leandro estaba parado delante de una casa de dos pisos. Allí vivía Phoebe.

De pronto, percibió su aroma y se giró. Allí estaba ella, con pantalones blancos, una blusa azul y una cola de caballo, tan preciosa que él se emocionó al verla.

Phoebe se quedó petrificada, con gesto de terror.

–Perdóname, mi *galia amore*.

Ella salió corriendo, intentando esconderse en la casa. Pero él la siguió hasta la puerta, impidiéndole cerrarla.

–¿Qué quieres? ¿Sexo? ¿Quieres jugar conmigo todavía un poco más?

–No, no… Phoebe, no…

–¿No quieres sexo? ¿Has encontrado otra ninfa a la que seducir?

–Te lo imploro… sólo quiero tu perdón.

–¿Por qué? ¿Te pesa la conciencia por haber cargado de forma tan brutal contra mí? Si es que tienes conciencia, Leandro…

–Sin ti, no tengo nada.

–Tú… bastardo. ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué te ha hecho acordarte de mí de pronto?

–Te he estado buscando desde el día en que te fuiste.

–Mentiroso. Siempre me has mentido. Y sigues haciéndolo. Aquel día me mostraste tu verdadera cara. La de un monstruo. Si crees que podré olvidarlo…

–¿Era la cara de un monstruo o de un hombre enajenado, Phoebe?

–No me importa, no eras el hombre que yo creía conocer y amar, sino alguien cruel, enfermo, malvado…

–Sí, Phoebe. Insúltame, grítame, desahoga tu rabia.

–Sal de mi casa. Y si vuelves a acercarte a mí, te arrepentirás –advirtió ella, apartándose de su lado.

–No, Phoebe, debes darme otra oportunidad…

–Vete, Leandro. Si no quieres acabar en el dentista para que

ponga dentadura postiza.

–No me voy a ninguna parte. Pégame si quieres, Phoebe. Te juzgué mal y te traté mal. Te hice sentir como si no valieras nada, tanto en el pasado como en el presente. Y el otro día te dije que elegiría a una mujer respetable y de sangre azul como esposa, como si tú no estuvieras a la altura…

–¿Es que no puedes dejarme en paz? –gritó ella y le dio un puñetazo en la mandíbula–. Haces que todo parezca tan sucio…

–No pienso dejarte. Pégame otra vez, Phoebe. Nada de lo que te dije era verdad. Lo único que importa es que te hice daño.

–Sí, y no voy a darte la oportunidad de que vuelvas a lastimarme.

–Nada me impedirá demostrarte que todo lo que te dije ese día era mentira. Me pasaré toda la vida pidiéndote perdón, hasta que aceptes que mi vida es tuya, tesoro. Puedes hacer con ella lo que quieras.

–Cielo santo… lo sabes, ¿verdad? ¡Por eso has venido! –exclamó ella con gesto horrorizado.

–¿Saber qué?

–¿Cómo lo has averiguado? –preguntó ella, sollozando en un mar de angustia.

–Phoebe… ¿de qué estás hablando?

–No puedo soportar verte. No quiero tenerte cerca nunca más… ni pienso dejar que te acerques a mi bebé. Es mío, ¿me oyes? No tiene nada que ver contigo.

¿Bebé? Leandro se quedó paralizado, agonizante. Se acercó a ella, ignorando su propio dolor. Su única prioridad era consolarla.

–Te juro que, si te he ofrecido mi vida, no tiene nada que ver con… Cielos santo, yo no… *hebbi preziosa*… no sabía que estabas…

–No te creo… Harías cualquier cosa para apoderarte de tu heredero…

–Lo juro –dijo él y cayó de rodillas ante ella, abrazándole las caderas, sin poder contener las lágrimas–. He venido porque tú me has hecho descubrir lo que es el amor. La primera vez, no me di cuenta de que estaba estropeándolo todo. La segunda vez, te amé más todavía y lo estropeé todo de nuevo, porque dependo de ti y eso me deja indefenso por completo. Cuando te oí hablando con Stella…

Phoebe se quedó paralizada un momento. Entonces, lo entendió.

–Ya, me amabas tanto que no dudaste en malinterpretar mis palabras.

–Y mi crimen es imperdonable. Te ruego que me comprendas. Temía volver a perderte. Cuando te oí, el dolor y el miedo me nublaron la razón. Nada más que te fuiste, quise buscarte para explicártelo, pero no tenía ni idea de que estabas embarazada. Pregunta a tu familia, a Ernesto. No te habrán contado que estaba removiendo cielo y tierra para encontrarte porque pensarían que estabas mejor sin mí. Pero he venido a buscarte. Y haré cualquier cosa por ti. Ten piedad de los dos, Phoebe, y perdóname. Sé mía y déjame ser tuyo.

Leandro se abrazó al vientre de ella, donde su amor estaba tomando la forma de un ser viviente.

Al fin, Phoebe lo abrazó también, bendiciéndolo con su perdón. Y él le habló del presente y del futuro que pensaba compartir con ella.

–Me has hecho comprenderme a mí mismo, *hebbi*. Y tenías razón desde el principio. No soy el rey que Castaldini necesita. Pero seré regente hasta que el consejo decida proponérselo a Mario o a Ferruccio. Espero que uno de los dos acepte. Luego, seguiré trabajando para mi país, como embajador. Y quiero que la mejor negociadora del mundo esté a mi lado, no sólo como mi pareja, sino como representante de Castaldini. Tú. Mi amor. Mi vida.

Phoebe tardó unos momentos en digerir sus palabras. Luego, lo tomó de los brazos, como si quisiera apartarlo del borde de un abismo.

–¿Qué he hecho? ¡Te convencí de que no serías un buen rey! No, Leandro, sólo intentaba que te tomaras con un poco más de calma tus intenciones de modernizar el país. ¡Serás el mejor rey que Castaldini ha tenido!

–No. Soy demasiado reformista, ¿recuerdas? Pero seré útil para mi patria de otras maneras –afirmó él y, cuando ella siguió protestando, la miró con ojos llenos de picardía y añadió–: ¿O es que te molesta no ser reina?

–No te atrevas a bromear con eso o te pegaré otra vez.

–Pégame. Me encanta.

–¡Vaya! ¡Sabía que tenías algo de masoquista!

–No hacerte reina es lo único que lamento –aseguró él, abrazándola con ternura.

–Lo único que yo quiero es que me ames, ¿lo entiendes? –repuso ella y lo besó–. Yo nunca quise ser reina, ¡pero pienso que tú serías un rey excelente!

–Sólo quiero ser tu rey.

–Para mí, lo eres todo.

Entonces, Leandro se arrodilló ante ella y sacó una cajita de plata y oro del bolsillo. La abrió. Contenía un anillo y un colgante.

Phoebe se emocionó al verlo. El colgante tenía el escudo de la familia de Leandro, con el nombre de ella grabado.

–Con esto te entrego mi futuro y el de mi familia. ¿Quieres ser la reina de mi vida, la guardiana de mi corazón y mi destino?

–Seré lo que tú quieras –respondió ella, cayendo de rodillas ante él–. Mi amor es tuyo.

Leandro la tomó en sus brazos y la llevó a la cama, reparando para siempre lo que nunca más volvería a romperse.

–Durante tu regencia, ¿podemos quedarnos en Castaldini o, al menos, ir a menudo? –preguntó ella entre sus brazos, saciada y completa, en la cama.

–Haremos lo que tú desees. Aunque no es necesario que me quede allí. Pero podemos hacerlo para que veas a tu hermana todo lo que quieras. Así, tal vez, ese monstruo deje de querer arrancarme el corazón –murmuró.

–Mi amor, es sólo un malentendido. Ella creyó que me estabas lastimando. Se pone hecha una fiera en esos casos.

–Ya me lo imaginaba. Esa mujer sería capaz de derrotar a un cocodrilo con una sola mirada.

–Leandro, Julia ya no me necesita y, aunque me gusta verla a ella y a sus hijos, no es por eso por lo que quiero estar en Castaldini. Me gustaría tener a nuestro hijo allí, junto al mar. Quiero que establezca un vínculo con esa tierra mágica desde el principio.

–Tus deseos son órdenes, amor. Estoy tan orgulloso de ti… Y Castaldini es nuestro hogar.

–Nuestro hogar –dijo ella y suspiró–. Nuestro paraíso…

Entonces, Phoebe se deslizó debajo del cuerpo de él, rindiéndose

a sus caricias.

Se tenían el uno al otro. Y no había mejor paraíso que eso.